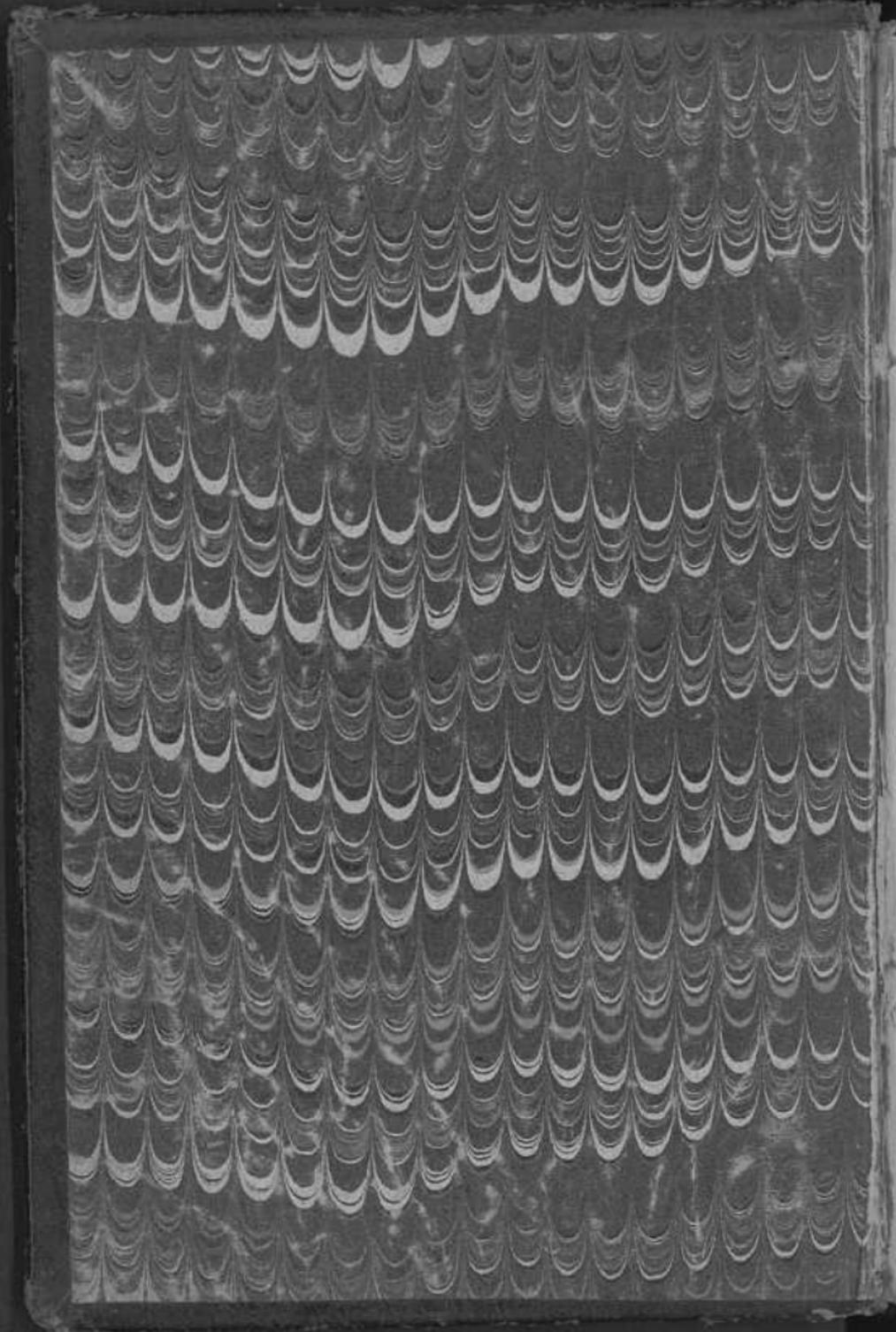


A  
ARCOCHA

63



13563



EL LIBRO DE LOS CONSUELOS.

---

*Esta obra es propiedad, y todos los ejemplares llevan una contraseña consignada como corresponde.*

*Cumplidos todos los requisitos de la ley, con arreglo á ella se procederá contra quien la reimprimiere.*

---

# EL LIBRO DE LOS CONSUELOS.

R. 5016

CONTIENE

EL ESPÍRITU CONSOLADOR,

EJERCICIOS PARA TODOS LOS DIAS DEL MES;

Y

CONFESION Y COMUNION:

PREPARACIONES Y ORACIONES ESCOGIDAS

SACADAS DE VARIOS SANTOS

Y DE LOS MEJORES AUTORES Y DEVOCIONARIOS,

PARA RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS.

ORDENADO BAJO LA DIRECCION

DEL EMMO. SR. D. FERNANDO DE LA PUENTE,

Cardenal Arzobispo que fué de Burgos.

CUARTA EDICION CORREGIDA

*y aumentada con una Misa*

al Sagrado Corazon de Jesús,

arreglada por dicho Sr. Cardenal.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, Isabel la Católica, 25.

1872.



EL LIBRO DE LOS CONSUELOS

CONTIENE

EL ESPIRITU CONSOLADOR.

ESCRITO POR EL REVERENDISIMO PADRE DOMINGO DE SAN MARTIN.

CONFESSION Y COMUNION.

PREPARACIONES Y ORDENES RECOGIDAS

DE LOS SANTOS PADRES.

Y DE LOS REVERENDISIMOS PADRES DEL SACRAMENTO.

PARA REVELAR LOS SACRAMENTOS SACRAMENTOS.

ORDENES PARA LA DIFERENCIA

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

ORDENES PARA LA DIFERENCIA

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

ORDENES PARA LA DIFERENCIA

DEL SACRAMENTO DE LA UNION DE LOS SACRAMENTOS.

ORDENES PARA LA DIFERENCIA

CON HACIENDA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS.

MADRID.

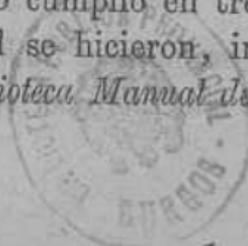
Imprenta de Manuel Tello, Calle de San Mateo, 11.

1842.

En el año de 1851 fué Dios servido de imponer grandes sacrificios á la persona que ha promovido la nueva publicacion del precioso LIBRO DE LOS CONSUELOS. En ménos de quince dias tuvo que llorar la pérdida de una esposa tiernamente amada y modelo de todas las virtudes, de un hermoso hijo, que era la esperanza de la familia, y de otras tres personas de la misma.

En medio de tan profundo dolor, el Señor le permitió que besase humilde la mano que le heria; y á ello contribuyó en gran manera la caridad de un digno Sacerdote de Santander, que puso en sus manos el ESPÍRITU CONSOLADOR.

Agradecido á la Divina misericordia, se propuso divulgar en cuanto pudiese, el conocimiento de este verdadero MANUAL DEL DESGRACIADO. Y este propósito cumplió en tres copiosas ediciones que de él se hicieron, incorporado en la excelente *Biblioteca Manual del Cristiano*.



Publicóse nuevamente en forma de Ejercicios bajo la direccion de un Eclesiástico altamente respetable, que le aumentó con trabajos originales; y enriquecido con otra parte enteramente nueva, sobre todo para recibir los Santos Sacramentos de la *Confesion y Sagrada Communion*, á los cuales con humildad y amor debe el cristiano acudir para buscar los íntimos y verdaderos consuelos.

Hoy publica de nuevo todo el libro el propietario, aumentado con trabajos piadosos de su insigne Hermano el Emmo. Sr. Cardenal D. FERNANDO DE LA PUENTE, y de otros respetabilísimos varones que le han ayudado en tan cristiana empresa.

¡Quiera el Señor bendecir en provecho de las almas estos trabajos, dispensando á todas los mismos ó mayores consuelos que han experimentado los propagadores de esta devocion!

**ADVERTENCIA IMPÓRANTE.**

*Al final se halla el Sumario de Indulgencias concedidas á este Libro por varios RR. Prelados.*

# EL ESPÍRITU CONSOLADOR.

EJERCICIOS PARA TODOS LOS DIAS DEL MES.

## Orden de los ejercicios.

*Puesto el atribulado en la presencia del Señor, y, si es posible, delante de un Crucifijo, implorará ante todo el auxilio de la divina gracia, recitando de rodillas y con toda la atención y devoción posible, el*

### HIMNO DEL ESPÍRITU SANTO.

Veni, Sancte Spiritus,  
Et emitte cœlitus  
Lucis tuæ radium.  
Veni Pater pauperum,  
Veni dator munerum,  
Veni lumen cordium.  
Consolator optime,  
Dulcis hospes animæ,  
Dulce refrigerium.

In labore requies,  
 In æstu temperies,  
 In fletu solatium.

O lux beatissima,  
 Reple cordis intima  
 Tuorum fidelium.

Sine tuo nomine  
 Nihil est in homine,  
 Nihil est innoxium.

Lava quod est sordidum,  
 Riga quod est aridum,  
 Sana quod est saucium.

Flecte quod est rigidum,  
 Fove quod est frigidum,  
 Hege quod est devium.

Da tuis fidelibus  
 In te confidentibus  
 Sacrum septenarium.

Da virtutis meritum,  
 Da salutis exitum,  
 Da perenne gaudium.

Amen.

- ŷ. Emitte Spiritum tuum, et creabuntur.  
 ʒ. Et renovabis faciem terræ.

## EL MISMO HIMNO TRADUCIDO AL CASTELLANO.

Ven, ESPÍRITU SANTO,  
 Y de tu luz envía  
 Al alma que te ansía  
 Un rayo bienhechor.

¡Padre del desvalido!  
 ¡Dador del bien! descende,  
 Y el corazón enciende  
 Con plácido fulgor.

¡Consolador supremo!  
 ¡Dulce huésped del alma!  
 ¡Oh venturosa calma!  
 A consolarnos ven.

Descanso al fatigado,  
 Templanza en los ardores,  
 Y al llanto y los dolores  
 Solaz eres también.

¡Oh llama bienhechora!  
 Inunda con tus dones  
 Los fieles corazones  
 Que anhelan solo á Ti.

¿Qué valen sin tu ayuda  
 Los débiles mortales?  
 Sin Ti, miseria y males  
 En ellos siempre ví.

Las manchas viles lava,  
 Al árido dá riego:  
 Y sana, yo te ruego,  
 Mi herido corazon.

Mi nieve en fuego torna,  
 Doblega mi aspereza:  
 Mis pasos endereza  
 Los que torcidos son.

La gloria de tus dones  
 Dá á tus fieles eterna:  
 De su confianza tierna,  
 Señor, memoria ten.

Inspírales virtudes;  
 Sus obras perfecciona,  
 Y de inmortal corona  
 Circúndales la sien.

Dios, del alto tu espíritu envia,  
 Y creadas las cosas serán:  
 Tus palabras tambien lozanía  
 Y otra faz á la tierra darán.

En seguida dirá el Acto de Contrición:  
 SEÑOR MIO JESUCRISTO, y despues la siguiente

ORACION DIARIA PARA PREPARARSE Á LA  
MEDITACION.

Aquí estoy, Señor, en vuestra presencia, yo que me tengo por desgraciado. Pero, ¿lo soy tanto como creo, ó como el mundo piensa? O más bien; ¿lo soy por otros motivos distintos de los que causan mi afliccion?

Yo deseo derramar mi corazon delante de Vos. Á Vos quiero levantar mis ojos; á Vos, de donde únicamente puede venirme el consuelo. Hablad, Dios mio: enseñadme á sondar las heridas de mi alma, y haced que para ello haga con fruto la meditacion que voy á emprender en vuestro Santo Nombre.

*Aquí se leerá con la debida reflexion una de las meditaciones siguientes, la que corresponda al dia segun la fecha del en que se está.*

*Concluida la meditacion, se dirá el siguiente*

OFRECIMIENTO.

¡Dios mio y Señor mio! ¿Quién podrá que-

jarse cuando piensa en lo que Vos sufristeis, y cuando considera que Vos mismo habeis de ser la recompensa del que padece?

Cortad, Señor, herid aquí, para que perdoneis allá. Solamente, pues me mandais las penas, dadme que las sufra por Vos. Os lo pido por vuestras espinas, por vuestra Cruz, por los dolores de vuestra Santísima Madre, y por la intercesion del Misterio ó del Santo á quien por todo el día de hoy tendré como Patrono. Amen.

*Aquí se volverá á buscar la meditacion del día, la misma que se ha leído, á cuyo final se hallará el Misterio ó Santo que corresponde al día; y despues de practicar la que allí se expresa, se podrá decir la oracion que se halla al final de estos Ejercicios.*

## DÍA PRIMERO.

*Se dará principio este y todos los demás dias por la preparacion y oraciones que se ha-*

llan al principio de estos Ejercicios hasta la página 11 inclusive; y luego se hará esta Meditación.

#### MEDITACION DEL DIA PRIMERO.

Oh vosotros, los que trabajais, y os sentís cargados bajo el peso de vuestras miserias, venid á mí; que yo os salvaré. (*Math. 11.*)

Así como una madre tierna acaricia á sus hijos, así yo os consolaré. (*Isai. 66.*)

Este mundo es como un grande y dilatado Calvario, en el que cada uno lleva su cruz. El pobre, cubierto de llagas, no es el solo que puede exclamar y decir con Job, que la vida le sirve de carga: *Tædet animam meam vitæ meæ* (*Job. 10*). Tambien los grandes de la tierra, los Reyes, y aun el mismo Salomon, usaron del mismo lenguaje: *Tædui me vitæ meæ* (*Eccles. 2*). Las lágrimas anunciaron mi entrada en este mundo; las he derramado casi sin cesar en todo el curso de mis penosos años; las derramo bien amargas en este estado á que Dios por su infinita bondad me ha reducido, y estoy cierto de que lo mismo será hasta exhalar el último aliento de

mi vida. Y en medio de esta necesidad de padecer y sufrir, indispensable á todos los hombres, ¿en dónde podré hallar consuelo?

¿Le encontraré acaso en mis amigos? ¡Ah! bien seguro que no. Desde que he comenzado á ser infeliz, casi todos han juzgado tener derecho para desconocerme y despreciarme. Mi adversidad los aparta de mí; y cuando me han abandonado, no me han dejado otra cosa que el pesar de haberlos yo tenido por fieles; ¡sin duda amaban mi prosperidad, y no á mí! Por otra parte, ¿qué conversaciones me tienen de ordinario aquellos, que en mi triste situación me vienen á visitar? Discursos vagos é insustanciales, que dejan á mi corazón todo el peso de la angustia que padece; palabrerías, que no sirven sino de renovar las llagas que ellos mismos, al parecer, quisieran curar; argumentos y razones, que, lejos de moderar mi dolor, muchas veces, á pesar de mí mismo, despiertan la ira contra aquellos que le han causado; discursos, finalmente, tales como los que Job escuchaba de boca de sus amigos. Por es-

to concluía él de todo lo que le decían, que le hablaban mucho, pero que no le daban consuelo; que no eran sino consoladores molestos y pesados: *Verbosi amici consolatores onerosi* (Job. 16, 21, 2).

Pero la razon, al ménos, ¿no me servirá de algún socorro? ¡Ay de mí! que lo mismo que Job, conozco y siento que nada podré hallar dentro de mí mismo que me alivie y consuele: *Ecce non est auxilium mihi in me* (Job. 6). En los males de la vida, especialmente si son vivos y penetrantes, apenas puede hacer otra cosa la razon sino irritarlos más, por medio de la reflexion. Y en efecto; conozco que cuanto más pienso en mi aflicción, más tengo que padecer y sufrir. De todos los infelices, el que más lo es en verdad, es aquel que en toda su extension, y mejor que los otros, comprende la desgracia que padece. Es cierto que la razon me dice, que las cosas de este mundo están sujetas á mil vicisitudes y mudanzas; que por lo mismo no debe entristecerme tanto su pérdida. Pero con esta reflexion no con-

sigo estimar ménos, ni deajo de sentir lo que he perdido. Tambien me dicen en nombre de la razon, que el sábio se basta á sí mismo, aun en medio de sus mayores desgracias. Pero ¡ay! no es verdad: el saber no cierra la puerta al dolor.

En fin, ¿buscaré algun alivio á mis males en los placeres y diversiones del mundo? De ninguna manera. En pos de los placeres siguen los remordimientos, que aumentan más y más el peso de la afliccion y el dolor. Por otra parte, la diversion pasa, y la afliccion, como embargada por algunos instantes, vuelve inmediatamente con toda su amargura. Y de tal suerte es la que yo padezco, que las diversiones más agradables no serán capaces de darme el menor consuelo; y aun la misma diversion de los otros me sirve de nueva pena. Aun durante la diversion, mi dolor no desea otra cosa que entregarse á la soledad, y desquitarse allí de la opresion en que ha estado por espacio de algunas horas.

Dios solo es quien puede servirme de

consuelo en medio de mis tribulaciones, y por lo mismo me convida repetidas veces en sus libros santos á que recurra á Él con confianza. Él mismo es quien me dice: Venid á mí, todos los que os habeis fatigados con el peso de vuestros trabajos: venid á mí, contadme vuestras penas, y yo las aliviaré: me portaré con vosotros como una madre tierna y cariñosa, que vé llorar á un hijo querido entre sus brazos. Tambien el Señor se ha hecho llamar Dios de la paz, Dios de todo consuelo (*Philip. 4, 2. Cor. 1*). Porque, en efecto, solamente en Él puede encontrar el alma afligida la verdadera paz y el verdadero consuelo. El profeta David decia y confesaba con reconocimiento (*Psaln. 95*), que Dios le habia proporcionado los socorros convenientes en medio de sus mayores trabajos, y que siempre habia dado algun consuelo á su dolor. ¡Ay de mí! Los Santos se manifestaban tan alegres, y sentian tanto consuelo en sus tribulaciones, que ellos mismos no han podido ménos de declararlos cuando alguna vez en sus escritos nos han

hecho relacion de sus grandes trabajos. ¿Pero no érais Vos, oh Dios mio, el que, viendo que ellos no buscaban para remedio de sus males consuelos humanos y terrenos, derramáis sobre sus trabajos aquella uncion divina, que los hace infinitamente preciosos?

Dignaos, Señor, derramarla sobre los míos: no quiero, ni busco otro consolador que á Vos mismo; y aunque es verdad que sufro y padezco mucho, es en vuestra presencia y postrado á vuestros piés. No rehusos, Padre mio, la cruz que me habeis depurado; únicamente os pido por vuestro amor el que me concedais la gracia de llevarla con alegría. Iluminad mi entendimiento, para que conozca todo el precio del favor que me dispensais en mi afliccion: llenad mi corazon de aquella uncion divina que, en medio de los más vivos dolores, hace saborear unas dulzuras, que no puede dar el mundo, ni ha conocido jamás; que hace hallar la calma por medio de la tempestad, y que, para servirme de la expresion de San Agustin, hace

coger entre las mismas espinas aquellas rosas inmortales con que queréis coronarme.  
—Amen.

*Aquí la Oracion de Ofrecimiento que se halla en la página 11.*

Elegiré por Patrono el día primero á JESÚS CRUCIFICADO, para que tenga yo siempre en el corazón y en la mente estas palabras:

Aparta, Señor, de mí

Lo que me aparta de Tí.

Se rezará un CREDO á JESÚS CRUCIFICADO, y se suplica en caridad un Ave-Maria por la intencion y por las almas de los que promovieren esta devoeion.

*Aquí la Oracion que está al final de estos Ejercicios.*

## DIA DOS.

Alegraos y regocijaos, oh vosotros, cuando seais participantes de los sufrimientos de Jesucristo. (1, Petr. 4.)

Alentaos y fortaleceos con el pensamiento de que el mismo Señor ha padecido en su propia carne. (Ibid.)

¡Qué bondad la de mi Dios, en hacerme participante de la Cruz del Salvador! Él hace conmigo lo que hizo con su propio Hijo. Toda su vida, como dice el Venerable Kempis, no fué sino cruz y continuado martirio: *Tota vita crux fuit, et martyrium* (Lib. 2, cap. 12). La Escritura me le representa, mientras estuvo en este mundo, siempre lleno de oprobios, y tratado como vil gusano de la tierra (*Trhen.* 3). Cuando pienso que la vida del mismo Hijo de Dios fué una vida toda de lágrimas, penas y dolores, ¿cómo puedo pretender pasar la mía en medio de la paz y las delicias? ¿Seré yo acaso infeliz, porque tengo una suerte se-

mejante á la suya? No debe el discípulo ser sobre su maestro, ni el esclavo sobre su señor (*Matth. 10*). Penoso y difícil es el camino, es verdad; pero cuando pienso que el mismo Jesús le ha andado primero que yo, y no se ha separado de él jamás, encuentro en esta consideracion gran dulzura en mis trabajos.

El mismo Señor dice que no recibe en el número de sus discípulos sino á aquellos que están resueltos á llevar la cruz en pos de Él, y á llevarla constantemente (*Luc. 14*). El mundo habla á sus discípulos de placeres, honras y riquezas; pero el Hijo de Dios, cuya doctrina es opuesta directamente á la del mundo, no me habla sino de humillaciones, de abnegacion y de crucifixion. Los Santos median la extension de su dicha por el peso de su cruz. Dos de los discípulos de Jesucristo les suplicaron que les concediese la gracia de estar sentados á su lado cuando fuese á su Reino; pero el Señor les respondió, que antes era necesario beber el cáliz que Él mismo habia de beber, y que, para

tener parte en su Reino, era preciso participar antes de sus ignominias. La condicion es necesaria, como tambien es justa, porque ninguno hasta ahora ha sido coronado, sin que primero haya combatido; y los primeros puestos del Reino de los Cielos están reservados para aquellos que más se hayan señalado en el combate, haciéndose más semejantes á su Maestro.

En calidad de cristianos, somos hijos del Calvario, como dice San Agustin: *Filii Calvarii*. Es decir, que un Dios cubierto de llagas, derramando su preciosísima sangre, y espirando sobre una cruz, nos ha regenerado y dado otra nueva vida, en cierto modo, sobre el Calvario. No es el Calvario el sitio en donde se saborean los placeres y satisfacciones terrenas, ni debemos considerar en él otra cosa más que los sentimientos y deseos de nuestro Redentor, que solo tuvieron por objeto el menosprecio, el oprobio, el sufrimiento y la cruz. Los cristianos, segun San Pablo (*Roman. 6*), debemos ser inertos sobre la semejanza de la muerte de Jesu-

cristo, si queremos serlo algun dia sobre el modelo de su Resurreccion.

Pues ¿porqué, alma mia, te entregas á la turbacion y á la tristeza? Alaba y bendice al Señor, mientras dura la noche de la tribulacion, así como lo ejecutabas durante el dia de la prosperidad. Él te presenta la antorchita de la fé, para que te conduzca por medio de las tinieblas que te cercan y rodean. Lejos, pues, de abandonarte á la tristeza y al dolor, no debes sino darle gracias, y adorar los designios de su infinita misericordia. Cuando pasaba mi vida en la tranquilidad y el reposo, ciertamente que no era yo cristiano sino en el nombre; porque ninguna cosa es más opuesta á una vida cristiana, que el vivir entre delicias y prosperidades. El camino de la cruz es el camino de la salvacion; y yo no dirigia mis pasos por él. Pero, ¡oh Salvador mio! infinitas gracias os doy porque al presente puedo decir con uno de vuestros Santos, en ocasion en que se hallaba lleno de oprobios, que comienzo á ser vuestro discipulo, porque comienzo á tener

parte en vuestras tribulaciones: *Nunc incipio Christi esse discipulus* (S. Ign. Mart. in *Epistola ad Rom.*).

III Mis parientes y mis amigos, así como miraban con satisfacción é interés elevarse mi fortuna y extenderse mi reputacion, así ahora me tienen lástima, y se compadecen de la situacion en que me veo. Pero ¡oh Señor! más bien deberian darme el parabien, porque despues de haberme Vos concedido por vuestra bondad la gracia de la fé, me dispensais tambien la gracia de la adversidad (*Philip. 4*). Los mismos Ángeles, si fuesen capaces de mundanos sentimientos, me tendrían envidia, al ver que, haciéndome participante de vuestra cruz, me dais la mayor señal de distincion que Vos mismo buscásteis en esta vida, y que habeis concedido á vuestros siervos.

¡Oh Verbo de Dios, que sois en los resplandores de la eternidad la imágen de vuestro Padre, y que os dignásteis haceros hombre por nuestro amor!: yo convido á los Ángeles y á los Santos á que os den gracias en

mi nombre por el particular favor que me dispensais, haciéndome, por mis sufrimientos, vuestra imagen y semejanza en la tierra.

*Aquí el Ofrecimiento que consta en la Práctica general de los Ejercicios, pág. 11.*

Patrono para este día. EL SAGRADO CORAZON DE JESÚS, para que me enseñe á amar y sufrir: á amar á los que me hieren, á sufrir á los que amo, hasta que pueda decir:

«Vivo yo, no ya yo, sino Jesucristo es quien vive en mí.»

*Un Credo al SAGRADO CORAZON DE JESÚS, y el Ave-Maria que en caridad se pide por la intencion y las almas de los que promovieren esta devocion.*

*Aquí la Oracion final de estos Ejercicios.*

## DIA TRES.

Nuestra gloria son las tribulaciones. (*Rom. 5.*)

No permitais, Señor, que yo me gloria de otra cosa más que de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. (*Gálat. 6.*)

La cruz que Dios me ha deparado, es un don precioso de su mano, y el único que me da motivo á gloriarme. ¡Qué gloria en efecto! Por el hecho mismo de que el Padre Celestial me hace entrar en participacion de la cruz de su Hijo, si acierto á llevarla con resignacion y humildad, soy ante sus ojos un objeto de ternura y complacencia. Este divino Hijo es su Hijo amado, *Filius dilectus*, porque se sujetó á nacer en la pobreza, á vivir en la ignominia, y á morir con aquel género de muerte que fué más del agrado de su Eterno Padre. Si participo de sus sufrimientos, me hago del número de aquellos bienaventurados, de que habla San Pablo (*Rom. 8*), que ha predestinado el Eterno

Padre para que sean conformes con la imágen de su Hijo. Y entónces soy tambien del número de aquellos que, como dice San Pedro (1, *Petr.* 4), deben regocijarse, porque teniendo parte en los tormentos de Jesucristo, en ellos reposa todo lo que hay de honor, de gloria, de virtud divina, y aun el mismo espíritu de Dios.

Se tiene á grande honra el poseer alguna parte de las reliquias de los Santos. Pero la cruz que yo llevo, cuando me han robado mis bienes, ó herido mi reputacion, cuando sufro y padezco males del cuerpo ó penas del espíritu, ¿qué otra cosa es sino una parte de la cruz del Hijo de Dios, que el mismo Dios se ha dignado enviarme, como testimonio de su amor y señal de predileccion?

Esta es la razon porque San Pablo parece que no se gloria en sus escritos, sino de la cruz del Señor, que tuvo la dicha de llevar. Apenas se atreve á hablar de las maravillas que Dios ha obrado en su favor, ó por ministerio suyo; y si alguna vez habla del asunto, solo es para humillarse y confun-

dirse. Pero ¡qué extremos de alegría manifiesta cuando trata de sus sufrimientos y de los trabajos que padeció por Jesucristo! Jamás conquistador alguno se ha gloriado tanto de las palmas que ha merecido por sus victorias, como San Pablo de las cadenas de que habia sido cargado. Pablo es el Apóstol de las gentes, el vaso de eleccion, y una de las fuertes columnas de la Iglesia; pero nada encuentra en esto que le dé motivo de gloriarse; antes bien se admira de que Dios se haya servido de un instrumento tan flaco para repartir por el universo los tesoros de su gracia. Pero Pablo es puesto en la cárcel por el Señor, preso por Jesús: *Vinctus in Domino* (*Philem. 1*), *vinctus Christi Jesu* (*Ephes. 5*), ¡y qué objetos tan viles son á sus ojos todas las riquezas y todos los honores de la tierra! Bajo el peso de las cadenas que le agobian, San Pablo es Rey; es todo lo que quiere ser: mira el estado en que se halla como más dichoso y digno de preferencia que la posesion de todos los imperios.

Yo veo que todos los Santos han puesto su felicidad y su gloria en llevar la cruz de Jesucristo. Á imitacion de su maestro, hubieran preferido una corona de espinas á todas las coronas de este mundo. San Paulino no hubiera trocado el estado de esclavitud, á que se habia reducido voluntariamente, por el del amor á quien servia. Santa Rosa de Lima no hubiera dado por ninguna diadema la corona de espinas que llevaba debajo de su velo. Tan grande y excesivo ha sido en algunos Santos el amor de padecer y de sufrir por Jesucristo, que llegó hasta el punto de desear que se les dilatase la dicha de ir al Cielo, sólo por gozar más largo tiempo en esta vida de la gloria del cristiano que participa de la cruz del Señor. «Si alguno, decia San Juan Crisóstomo, si alguno me diere á escoger entre todo el Cielo y la cadena con que fué ligado San Pablo, optaria yo por la cadena: *Si quis mihi daret totum Cœlum, aut Pauli catenam, ego illam præferrem.*» (Homil. 8, in Epist. ad Ephes.)

Por lo que á mí toca, Señor, bien conozco

que hasta aquí he sido semejante á Simon Cirineó, á quien los judíos obligaron por fuerza á llevar vuestra cruz. ¡Ah! si él hubiera conocido su dicha, ¿hubiera sido necesario violentarle? Y si yo conociese la mía, ¿encontraría alguna cosa en el mundo que pudiera disputarle mi preferencia? ¡Ah Señor! dignaos por vuestra gracia sostener mi debilidad y mi flaqueza! Es verdad que no he tenido valor para ofrecirme voluntariamente á llevar vuestra cruz; pero, puesto que quereis que la lleve, yo la recibo con todo mi corazón, y me someto humildemente á vuestra santa voluntad. Aún más: como me exhorta el Apóstol San Pedro, me doy el parabien porque tengo parte en vuestros sufrimientos (1, *Petr.* 4). Cuanto más gozo tenga en esta vida en llevar vuestra cruz, tanto más participaré, como dice vuestro Apóstol, de aquel cúmulo de alegría que experimentarán vuestros siervos, cuando se les manifieste vuestra gloria. No, no quiero ni deseo otra ambicion que la de llegar cuanto ántes á aquel trono de gloria, al que vues-

tros combates, vuestras victorias y vuestros infinitos méritos os elevaron en la eternidad. ¡Oh adorable modelo! Sostenido con vuestro socorro, tambien yo quiero combatir, y vencer, y subir al Calvario, y ser crucificado con Vos! La naturaleza, es verdad, tiene horror al sufrimiento; y esta resolucion que abrazo naturalmente, me hace estremecer; pero espero que vuestra cruz renovará en mí el prodigio que se obró por la virtud milagrosa de aquel madero que arrojó Moisés en las amargas aguas de Mará <sup>(1)</sup>, haciéndolas en un instante por este medio dulces y agradables.

*Aquí el ofrecimiento de la pág. 11.*

Eligese por Patrono de este dia AL SAGRADO CORAZON DE MARÍA, que fué formado para

(1) Las aguas que Moisés volvió dulces echando en ellas cierta madera que Dios le manifestó, eran las de una fuente que era amarga, y que Moisés llamó aguas de Mará á causa de su amargura.

padecer, y que al pié de la Cruz nos recibió por hijos.

*Una Salve al SAGRADO CORAZON y el Ave-Maria que en caridad se pide por la intencion de los que promuevan esta devocion.*

*Aquí la Oracion final.*

#### DIA CUARTO.

Corramos á toda prisa, sufriendo con paciencia, al combate que se nos ha propuesto; pongamos los ojos en Jesús, autor y consumador de nuestra fé, el cual, mirando únicamente el estado de gozo y alegría que se le habia ofrecido, padeció el cruel tormento de la cruz, despreciando la confusion, la afrenta y la ignominia. (*Hebr. 12.*)

Traed continuamente á la memoria el duro y sangriento ataque que por parte de los pecadores sufrió el mismo Jesucristo, para que de este modo no os desalenteis en el camino de la cruz. (*Ibid.*)

La cruz, dice San Agustin, es la cátedra en donde nos enseña el Hijo de Dios la práctica de todas las virtudes: *Cathedra Magistri docentis*. En efecto, cuando le veo morir sobre esta cruz por obedecer las órdenes de

su Eterno Padre, en una desnudez absoluta, lleno de los más generosos sentimientos en favor de los mismos verdugos que le arrancan la vida, pronto á padecer por la salud de los hombres, si así lo ordenare su Padre, otra muerte todavía más dolorosa é ignominiosa, ¡qué sentimientos nacen dentro de mi alma! A la verdad que si ésta es dócil á las voces de la gracia, que le habla é instruye en este doloroso espectáculo, no podré ménos de concebir unos sentimientos de la más pronta obediencia á la voluntad de Dios, de profunda humildad, de total abnegacion de mí mismo, de ardiente caridad hácia el prójimo, y aun hácia aquellos que son ménos acreedores á mi amistad, y sobre todo, unos sentimientos del amor más tierno hácia mi Dios, que me ama hasta morir por mí. Las llagas de que está cubierto el Hijo de Dios sobre la cruz, dice San Lorenzo Justiniano, los clavos que le sostienen, y la lanza que traspasa su corazon, son otras tantas voces poderosas y penetrantes que manifiestan el exceso con que debo amarle: *Clavos*

*mant verbera, clavi, lancea, ut toto corde diligatur.*

Pero, aunque es verdad que debemos hacer todos los dias, como el Apóstol, un estudio sério de Jesús crucificado, para aprender la práctica de las virtudes (1, Cor. 2); sin embargo, nunca me es más necesario este estudio que cuando me siento cargado con el peso de la cruz por medio de la tribulacion. Entonces es cuando la gracia me convida particularmente á que abra este gran libro, que fué abierto, hace diez y nueve siglos, á todos los hombres sobre el Calvario, para que aprendiesen en él á no desfallecer en sus trabajos y aflicciones, y á sufrir, en cuanto sea posible, con los mismos sentimientos con que padece todo el Hombre-Dios, pendiente de aquel sagrado leño. Este es el libro en donde todos los Santos, bajo el peso de la cruz con que Dios les habia favorecido, leian y meditaban sin cesar con la mayor atencion. Santa Teresa dice (*In vita sua, cap. 7*), que de alli sacaba toda su fortaleza en los terribles combates que Dios

le enviaba: y el mayor elogio que la Iglesia hace de San Felipe, del Orden de los Servitas, es que miraba la Cruz del Salvador como su libro por excelencia: *Suum appellabat librum* (*In legend. ejusd. Offic.*).

¡Oh! ¡Y cuán feliz sería yo, si la vista de Jesús en la cruz obrase en mí aquella mudanza admirable, que se obró sobre el Calvario en el alma de aquel ladrón arrepentido que padecía al mismo tiempo que Él! Las perversas inclinaciones de este pecador se cambian de repente en sublimes deseos: se reconoce y confiesa culpable; y sus lágrimas, mezcladas con la sangre de Jesús, le sirven de remedio soberano para las enfermedades de su alma. En el inocente que padece á su lado con tanta paciencia y constancia, reconoce y adora el modelo que debe seguir, y se conforma con él; participando del tormento que Jesús padece, concibe una esperanza firme de tenerla también algún día en sus triunfos. ¿Qué me importa, pues, que los hombres, los demonios, y todas las adversidades de la vida me crucifiquen, como yo no

pierda un punto de vista á mi Salvador crucificado? ¡Haced, Señor, saltar sobre mí desde esa cruz alguna gota de vuestra preciosa Sangre, y sufriré con mucho gusto, y como sufrían los Santos! Confórteme en mis tribulaciones su ejemplo; y desprendido de todas las cosas terrenas, no suspiraré de hoy más sino por los bienes infinitos del Cielo, cuya esperanza brota de esas sagradas llagas!

No, Dios mío, no más murmuraciones, no más quejas de mis males, por grandes que sean! Vos habeis sido mi guia en el camino de la salvacion, haciéndoos mi Salvador; y entiendo que no podré conseguirla, sino siguiéndoos en el camino de la cruz, llevándola con Vos, y muriendo con Vos, crucificado. Estoy crucificado con Jesús, diré yo en adelante con San Pablo, *Christo confixus sum cruci* (Galat. 2). Hé aquí todo mi consuelo y toda mi fortaleza.

Pero dignaos, Señor, añadir á la gracia que me haceis de ser crucificado con Vos, la de que imite vuestra dulzura, vuestra pacien-

cia, vuestra sumision y vuestra constancia sobre la cruz. A los ultrajes que me hagan, ya no responderé sino con beneficios. Os glorificaré por mi silencio, así como Vos glorificásteis á vuestro Padre por el vuestro. Y si alguna vez es necesario que hable, mis palabras, Señor, serán de paz, de caridad y de sumision. Pues que quereis que viva y muera pendiente de vuestra cruz, así será, Dios mio! Constante seré en permanecer allí, á pesar de las repetidas instancias que me hagan los pecadores para que baje de ella. Vos no la desamparásteis sinó despues de la muerte, y entonces fué para cedérmela á mi. ¡Oh Salvador mio! yo la acepto, yo la abrazo con todo mi corazon. Amen.

*Aquí la Oración de ofrecimiento, véase la pág. 11.*

Elegiré por Patrono en este dia AL GRAN APÓSTOL SAN PABLO, para que, crucificado con Cristo, nada me aparte de la Caridad de Cristo.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, en caridad, por las inten-  
ciones de los que promueven esta devocion.  
Aquí la Oracion final.*

## DIA CINCO.

Reparad y ved si hay algun dolor semejante á mi dolor. (*Thren. 3.*)

Me ví acometido de una tropa de malvados y furiosos: horadaron mis piés y manos, y en este estado fui para ellos un espectáculo agradable. (*Psalm. 21.*)

Con razon se me ha dicho muchas veces, que en vano buscaba algun alivio á mis trabajos en la sociedad del mundo ó en la de mis amigos. Ahora veo por mi propia experiencia, que al mundo, ocupado todo de sí mismo y de sus placeres, se le da muy poco de los que viven en afliccion; y que los amigos no toman tanta parte como dicen en las adversidades de sus amigos. Pues ¿qué partido adoptaré para encontrar algun consuelo enmedio de esta tribulacion que estoy sufriendo? El mejor, sin duda, será retirar-

me de cuando en cuando, mientras duraren estos días de tristeza, á la habitacion más oculta de mi casa; no para imitar á aquellas personas melancólicas y sombrías, que en cualquiera angustia que padecen, buscan el retiro y la soledad, solo para entregarse allí á tristes y vanas reflexiones, de donde salen con espíritu turbulento y con el corazón más llagado; sinó para procurarme alguna fuerza y dar algun consuelo á mis males, tomándolos de un objeto que verdaderamente puede dármelos! Allí tomaré en mis manos un Crucifijo; y á solas con mi Dios representado sobre su cruz, reflexionaré, me instruiré y aprenderé á sufrir con la paciencia, resignacion y constancia de un alma verdaderamente cristiana. Entonces hablaré, y me diré á mí mismo: ya estoy en la soledad, todo está en silencio alrededor de mí; mi puerta se ha cerrado por un poco de tiempo á todo amigo y á toda visita; nada puede distraerme. Pues escuchemos en paz lo que me dice este Señor crucificado que tengo en mis manos, y la voz de la gracia que me habla en Él.

¿Quién es este que veo tendido y clavado sobre esta cruz? ¡Ay de mi! ¿Quién ha de ser, sinó el más despreciado de todos los señores, el más desconocido de todos los padres, el amigo más abandonado, el esposo más vendido, y el más perseguido de todos los justos? ¿Quién ha de ser, sinó todo un Dios hecho hombre, entregado á toda la malignidad de los hombres, á todos los excesos de la envidia y de la perfidia, á toda la violencia de la barbárie, á todo el furor del infierno, y á toda la justicia del Cielo? ¡Contempla esta sagrada cabeza coronada de espinas; este rostro cárdeno y magullado á fuerza de violentos golpes; esta boca amargada con hiel; estos piés y manos horadados con clavos; este cuerpo todo cubierto de llagas, y este costado abierto con una lanza!

Y á vista de este sangriento espectáculo, ¿tendrás tú valor en adelante para quejarte de tus males? ¿Hay acaso algo en tus dolores que pueda compararse con estos dolores? Si las penas que ves padecer á tu Dios no disminuyen en mucha parte las tuyas, á lo

ménos deben hacértelas más suaves y llevaderas. Sufre, alma mia, con valor y por su amor, algunos trabajos que Él te envíe; para que de este modo puedas tener con Él alguna semejanza, y que, á imitacion del Apóstol y de todos los Santos, lleves dentro de tí misma la imágen de su muerte. *Configuratus morti ejus (Philip. 5).*

Siento, Señor, palpablemente que mi corazon cobra nuevo aliento con estas reflexiones, que derramando sobre mis males una unción divina, mitigan la mayor parte de su rigor. Siempre he tenido yo extrema repugnancia al dolor; pero, sin embargo, ahora experimento que mi corazon halla en él cierta complacencia, y como que le parece que ya no estaria contento sin padecer por Vos. Ahora veo, Dios mio, cómo la virtud poderosa de vuestra cruz puede unir dentro de una misma alma la mayor alegría con la mayor sensibilidad; y comprendo mejor que nunca cómo podian decir y exclamar los Santos, que se hallaban en el mayor júbilo en medio de sus más grandes tribula-

ciones: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra* (2, *Corinth.* 7). Muchas veces habia oido decir, que por grandes que sean un infortunio, una pérdida, son muy poca cosa, y nada se ha perdido cuando se tiene un Crucifijo, y se sabe hacer buen uso de él; pero ahora mi propia experiencia me hace conocer y palpar esta grande y santa verdad.

Soy feliz, pues, Salvador mio: sí, soy feliz en medio de las aflicciones que Vos me enviáis. Vos me habeis redimido con vuestra sangre y en vuestra cruz; y el alma redimida no encuentra ya otro consuelo más que el de participar de la cruz del Redentor. Es verdad que en nada me parezco á Vos; pero, no obstante, hallo un verdadero consuelo en pensar que á lo ménos me acerco algo á Vos en lo poco que sufro por vuestro amor. Haced, Señor, que padezca mis trabajos en agradecimiento de los vuestros, para que de este modo me sean amables y llevaderos; y cuanto mayores sean ellos, tanto más me estrecharé con Vos, con la esperanza firme de que os dignaréis comunicarme la

fuerza y generosidad de vuestros sentimientos. Vos sereis siempre mi refugio en mis adversidades, y me servireis de seguro y santo asilo, en donde aprenda á padecer con resignacion y humildad.

¡Oh cruz de mi Dios! Pues de tí deriva toda mi salud, yo te abrazo con todo mi corazón. Cierto que pareces espantosa á los ojos de la naturaleza; pero ¡cuán dulce y amable eres á los ojos de la fé! Acabad, Señor, á costa de mi salud, de mis bienes, de mi reputacion y aun de mi propia vida, la obra de mi santificacion. Vos sois ¡oh Cruz! el milagro de la fuerza del Todopoderoso, el prodigio de su sabiduria y de sus misericordias, y Vos sereis mi esperanza, mi apoyo y toda mi gloria. Pronto estoy á vivir y morir en vuestros brazos como víctima del Señor. ¡Ojalá que Él me purifique más y más cada día por el fuego de la tribulacion, con tal de que al fin me consuma en el fuego de su amor!

*Aquí el ofrecimiento.*

Eligese por Patrono de este dia AL GLORIOSO ARCÁNGEL SAN MIGUEL, Principe de las milicias celestiales, para que destruya en mí las malas artes del enemigo, y la soberbia de la vida; y enseñándome á clamar siempre ¿quién como Dios? me represente algun dia en la luz santa del Señor.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los que promueven esta devocion.—Y la Oracion final.*

## DIA SEIS.

Los trabajos y tribulaciones que padecemos en esta vida, no duran sino un momento, son bien ligeros, y algun dia nos producirán un peso eterno de gloria, que es sobre toda medida. (2. Cor. 4.)

Todo cuanto podemos sufrir en este mundo, no tiene la menor proporcion con la gloria que resplandecerá en nosotros en la otra vida. (Rom. 8.)

San Pablo, en el tiempo en que padecia las más grandes tribulaciones, fué arrebatado hasta el tercer cielo, y concibió alguna

idea de lo que era la bienaventuranza. Pues, ¿quién mejor que él podrá darnos alguna lección sobre el aprecio que debemos hacer de nuestros trabajos, si los comparamos con la gloria de la otra vida? Es verdad que mis males son dolorosos, y duran ya hace largo tiempo. Pero este mismo Santo me dice, que si los comparo con la bienaventuranza y con las delicias de la eternidad, no encontraré alguna proporción entre ellas y los males que padezco; y que me veré obligado á confesar, que estos son muy suaves y de muy corta duración.

Si la fé no me suministrase estos poderosos motivos para sostenerme en medio de mis trabajos, verdaderamente sería digno de compasión. Porque, en efecto, no puede haber estado más miserable que el de un hombre sin religion, ó el de un libertino, que son acometidos de una enfermedad violenta, ó se encuentran en una grande aflicción. Por de contado, carecen de todo consuelo exterior, porque sus amigos y conocidos, que son de ordinario los mismos com-

pañeros de su vida licenciosa, los desconocen, y los abandonan al cuidado de aquellas personas á quienes la beneficencia ó el interés tienen cerca de ellos. Vénse privados tambien de todo consuelo interior, y aun regularmente le desprecian, porque no conocen su virtud y eficacia. Pero yo, que tengo algun motivo para creer que vivo en gracia y amistad con mi Dios; me consuelo con la dulce confianza de que ocuparé algun dia un lugar en el Reino de los Cielos; pues esta recompensa tiene prometida á los que sufren y vierten amargas lágrimas en el mundo. Así es que, enmedio de la triste situacion en que me veo, cuando abro los ojos á todo el resplandor que derraman las luces de la fé, me encuentro con un espectáculo, que me llena de verdadero consuelo, como el que experimentó en otro tiempo San Estéban cuando espiraba á los golpes de sus enemigos. Al mismo Dios tengo á mi lado, festigo de mis sufrimientos, que me señala, como con el dedo, el peso inmenso de gloria que me tiene preparado en la eternidad.

¿Qué habeis hecho para olvidar? preguntaba uno á cierta persona profundamente desgraciada.—Respondió esta:—Ante todo, no recordar. Y luego, poner entre mi recuerdo y yo estas palabras:

Aparta, mi Dios, de mí  
Lo que me aparta de Tí! <sup>(1)</sup>

En lugar, pues, de hacer continuas reflexiones sobre los males que padezco (que no me servirían de otra cosa sino de hacerme más pesado el yugo de la adversidad), si deseo verdaderamente consolarme y fortalecerme, me entregaré á aquellos mismos pensamientos que me llenarán de regocijo algun dia en la eternidad. Uno de los tormentos de los condenados será pensar que gustos y placeres de un momento les han ocasionado una eternidad de horribles penas; y á los Santos les llenará de contento y satisfaccion, el ver que por unos males pasa-

(1) Fernan Caballero.

jeros, se les da en recompensa una dicha eterna. Si se considera bien la gloria de los Santos, es necesario confesar que son cosas de muy corto momento cuanto han hecho y padecido para conseguirla: *Gratis datur*, dice San Agustin, *quando tam grande est quod emitur*. «De balde se nos da cuando por tan poco se compra.» Los tormentos de los Mártires parecen espantosos; y sin embargo, el Espiritu Santo los llama lijeros, (*in paucis vexati*), á causa de los bienes infinitos que les procuran.

¿Qué juicio formaria yo de un hombre, que se entregase á la mayor tristeza y desesperacion, solo porque otro le hubiese faltado á una pura etiqueta, que él creyera que se le debia por consideracion á su persona; ó por que le hubieran robado una corta porcion de tierra que poseyese en un rincon del universo, cuando por otra parte estuviese llamado á la posesion de un dilatado imperio? Pues esta consideracion debo hacerme á mí mismo continuamente. Cuantos más pasos doy por el camino de la cruz, tanto más terreno

voy ganando para el Reino de los Cielos á que soy llamado. ¡Y no obstante, me abandono á la desesperacion y al dolor, ó porque se me figura que no se hace de mí toda la estimacion exterior y mundana que yo quisiera; ó porque experimento la pérdida de unos cortos bienes, que miraré cuando esté en posesion de la eterna bienaventuranza, como miro hoy en dia el polvo que se lleva el viento!

¡Oh Dios mio! ¡qué amable sois y cuán digno de ser servido! A los Reyes del mundo se sirve á costa de los bienes, del reposo y de la salud; pero de ordinario ni noticia tienen de lo que se sufre por ellos, ya que no se burlen de las mismas desgracias que se padecen para agradarles. Es verdad que prometen mucho; más..... ¿qué recompensas son las que da el mundo? ¿Tienen acaso alguna proporcion con lo que se le sacrifica? Y cuando á él le fuese fácil dar esta recompensa, ¿qué certeza tenemos de que la querria dar? Pero Vos, Señor, cuando haceis entrar á vuestros siervos en alguna pe-

nosa carrera, Vos mismo estais al fin del campo de la pelea, y les animais con una corona eterna en la mano. Espectador de las penas que padecen, Vos mismo contais todos los instantes y los méritos que les produce su resignacion y humildad, y al fin llega el momento dichoso en que desaparece todo el rigor y la duracion de los males, y les dais en premio toda una bienaventuranza eterna.

Si, Dios mio, por duras y largas que sean las pruebas que me ordenais, las padeceré por Vos, y os serviré siempre por Vos mismo, que sois la recompensa que me teneis prometida. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono de este dia al SANTO JOB, Maestro en el sufrir, para que no me ofenda de los consuelos de los hombres, pero tampoco les entregue mi corazón, ni desfallezca, privado de socorro; ántes bien levante mis ojos al Cielo, de donde ha de venirme la luz.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de  
esta devocion.— Y la Oracion finat.*

### DIA SIETE.

Si sufrimos con Jesucristo, con Él seremos glorificados, y reinaremos con Él. (Tim. 2.)

El Hijo de Dios conquistó para nosotros el Reino de los cielos, por su cruz; pero fué con la condicion de que tambien nosotros habiamos de llevar la nuestra. Y aunque es verdad que cuando se separó del mundo, nos señaló el cielo por herencia, para entrar en posesion de ella tenemos que aceptar primero aquella condicion; esto es, abrazarnos con la cruz en que padeció y murió este mismo Señor. A todos nos llama y convida con el Reino de los Cielos, único fin á que debemos encaminar y dirigir todos nuestros pasos; pero para llegar á él es necesario poner primero los medios; y uno de los más podero-

sos es el de crucificarse con Jesucristo, y subir desde la cruz al cielo.

El Reino de los cielos es la realidad de aquella tierra de promision, cuya conquista se habia de hacer á viva fuerza; y el mismo Rey de quien hago profesion de ser vasallo, no entró en él de otra manera. Si quiero reinar con Él, debo antes trabajar y sufrir, pelear y vencer como Él. Porque la corona del cielo, como dice Tertuliano, no se colocará sobre la frente de esos felices del mundo que viven coronados de flores en medio de los placeres, sinó que está reservada para colocarse sobre aquellas cabezas que el mundo haya cubierto de ignominia, y sobre las de aquellos cristianos á quienes la calumnia haya obligado á esconderse de los ojos de los hombres, y que con paciencia heróica abriguen dentro de su cuerpo, crucificado ya por la penitencia, un corazon vencido y humillado por si mismo, además de estar herido por los tiros de la ingratitud, de la injusticia y de la malignidad de los hombres: *Corona premit vulnera*. Por ventura, ¿no

fué preciso que el mismo Jesucristo, ántes de entrar en la gloria de su Padre, sufriese de esta suerte? (*Luc. 24*). No hay duda. Porque antes de ceñirse la corona de la eternidad, tuvo que llevar sobre su cabeza una corona de espinas.

Pues ¿no es para admirarse el que, habiendo sido necesario que el Hijo de Dios fuese humillado para entrar en posesion de la gloria, no tenga yo, enmedio de los trabajos que padezco, no tenga voz sinó para quejarme de que sufro mucho, sin tener en consideracion la recompensa que espero? Todos los dias me llama Cristo á reinar con Él; y yo tambien lo deseo. Pero el Reino, á donde quiere elevarme, ¿se me dará por ventura en premio de un deseo ocioso y estéril? ¿Es así como entró en él el mismo Jesucristo? ¿Y no será razon que á mi tambien me cueste alguna cosa? *Ad magnum aliquid pararis*, dice San Agustin, *noli mirari quia in laboribus*. «Cosa grande es la que te se depara: no te pasme que te cueste trabajos.»

Un cortesano, á quien su Rey quisiera

poner en ocasion de merecer sus más particulares favores, ¿se quejaria si se le confiasen empresas difíciles, si se le expusiese á los trances y azares de una guerra, ó si se le empeñase en negociaciones que pidiesen mucho cuidado y desvelos? Todo lo contrario: ántes bien, obedeceria con gusto, con gratitud y con valor. Pero, sobre todo ¿qué aliento no tomaria, si su Rey le trazase y facilitase por sí mismo y con su propio ejemplo la conducta que debia observar? ¡Y qué sería si el mismo Soberano, exhortándole á sufrir las fatigas é incomodidades de aquella guerra, marchase delante de él, protestándole que si le imitaba, tenia segura la recompensa!

Pues yo soy vasallo de ese Rey, que quiere hacerme feliz con Él; y veo en sus propios ejemplos los medios de que me debo valer para subir al puesto que me tiene preparado. El mismo me ha trazado con su propia sangre el camino que debo seguir. Y sin embargo, no tengo aliento para caminar por él! ¡Como si sus ejemplos no me habla-

sen bastante, y la recompensa prometida no fuese capaz de excitar mi emulacion!

Pero, ¡oh Rey mio y Redentor mio! ¿Podré yo quejarme de la parte que me dais en vuestro cáliz, cuando Vos mismo le habeis apurado hasta las heces, solo porque á mí no me fuese tan amargo? ¿Tendré por mucho trabajo y fatiga el subir con Vos al Calvario, y vivir allí una vida semejante á la vuestra, cuando mis padecimientos me dan motivo de esperar que algun dia triunfaré con Vos, y participaré de vuestra gloria?

Mas ¡ay de mí! ¿Cuándo será, Señor, cuándo llegará aquel dichoso instante, en que iré á reinar con Vos? Levantado como estoy de la tierra, y puesto sobre esta cruz en que Vos me habeis colocado, contemplo sin cesar el cielo; ¡pero ay! que no se abre aún á mis deseos! ¡Oh qué feliz momento aquel en que despues de este doloroso destierro, pareceré delante del Señor! (*Psalmo 41*). ¿Tardarás mucho todavía? ¿Estás aún muy distante? ¡Ah! aún queda un poco de tiempo; pero El que debe venir, vendrá,

y no tardará, y pondrá fin á todos mis trabajos (*Hebr. 10*). A la manera que el ciervo, despues de larga carrera, busca la fuente para refrigerarse, así mi alma, fatigada con tantas penas como padece en este mundo, suspira por Vos, ¡oh, Dios mio!

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono de este dia AL GLO-  
RIOSO ARCÁNGEL SAN GABRIEL, á quien conce-  
dió el Señor traer á la Virgen Santísima el  
anuncio de la Encarnacion del Verbo Divino;  
para que me enseñe á decir siempre á Dios  
aquellas altísimas palabras que obraron la  
salud del mundo: «Hé aquí la esclava del  
Señor: hágase en mí segun tu palabra.»

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de es-  
ta devocion.—Y aquí la Oracion final.*

## DIA OCHO.

El que siembra poco, no puede esperar gran cosecha; y por el contrario, el que siembra mucho, cogerá frutos abundantes. (2, Cor. 9.)

Los que en esta vida siembran con dolor y lágrimas, recogerán en la otra frutos con gozo y alegría, y se les verá venir algún día triunfantes, cargados con los frutos de sus penas. (Psalm. 125.)

Mientras dura la vida, se siembra; después de la muerte es la cosecha. Y el fruto será tanto más abundante, cuanto mayor trabajo haya costado el sembrar. Los días de la siembra son, por lo regular, tristes y trabajosos; pero al fin llega la hora en que se conoce que ha sido necesario aquel mal tiempo, para disfrutarle después alegre y sereno en los días de la siega. Si por razón de mal tiempo se acorta el trabajo, al fin se viene a parar en que la cosecha es corta y poco abundante. Porque las lágrimas que en ella se derraman, son las que de ordinario multiplican el buen grano. Es decir, que cuanto

más suframos y padezcamos en este mundo, tantos más méritos tendremos para el otro.

A juicio de todos los Santos (y por sí propios hicieron la experiencia), el tiempo de la adversidad es el más á propósito de juntar para la eternidad. Cierto que se adquieren grandes méritos cuando se hacen muchas buenas obras, dice San Buenaventura; pero mucho mayores todavía son los que se consiguen cuando se sufren con paciencia los trabajos que Dios envia: *Majoris meriti est adversa tolerare, quam bonis operibus insudare* (*De grad. virt.*). El bienaventurado Enrique de Suzon decia á una virtuosa doncella que fué acometida de una enfermedad violenta, y que antes habia tenido grandes deseos de hacer penitencias corporales, que la penitencia que hacia entonces, le servia de mucho más para el Cielo, que todas las que antes habia deseado hacer.

Y en efecto: ¿cuántos méritos no puedo yo juntar en el tiempo de mi afliccion? El mérito de la fé, adorando á aquel Sér Supremo, Señor de todas las cosas, quien únicamente

tiene derecho de querer ó no querer, sin que á ninguno tenga obligacion de dar cuenta de su voluntad, y que nos afflige y dispone de nuestras cosas solo por nuestro mayor bien. El mérito de la esperanza, despreciando cada dia más y más, los bienes caducos y percederos de esta vida, con la idea de los bienes eternos, y de la posesion del mismo Dios á quien espero. El mérito de la caridad, haciendo á Dios, con corazon generoso, el sacrificio de cuanto más amo en este mundo, siendo contento en perderlo todo, con tal de que conservé en él los verdaderos sentimientos que deba á mi Dios. Atesoraré tambien el mérito de la humildad, juzgándome digno y merecedor de todos los castigos, y bendiciendo la misericordia infinita de mi Dios, aunque esté bajo los más terribles golpes de su justicia. El mérito de la fidelidad, haciéndome cada dia más y más exacto en cumplir cuanto sea del agrado y voluntad de Dios, y en evitar cuanto pueda desagradarle, á pesar de la flaqueza y abatimiento en que me hunde naturalmente la

afliccion. El mérito de la paciencia, sofocando con ardor siempre nuevo y creciente los movimientos involuntarios de mi soberbia, que se levantan dentro de mi alma, y besando con dulzura y sin murmuracion la mano de Dios, que me castiga por medio de la de mi enemigo. Y finalmente, el mérito de todas las virtudes, cuyo ejercicio, reiterado á proporcion de las penas que padezco, me procurará en la casa de mi Padre celestial, en donde hay muchas moradas, un lugar distinguido (*Joannes 14*).

Por esto, Señor, miro yo las adversidades que me enviais, como un caudal, que si le pongo á logro, como debo, me producirá continuamente copiosos y sazonados frutos. Con ellos, cada dia, y aun cada instante, puedo formar un tesoro, que Vos mismo me guardareis como en depósito, segun la expresion de vuestro Apóstol (*2, Timot. 1*); y me le conservareis con cuidado hasta la más pequeña parte. Alguna vez permitís que mis males me den alguna tregua, y entonces casi olvido del todo cuantas lágrimas me han

hecho derramar. Pero, Señor, si he vertido estas lágrimas á vuestros Piés, no las olvidéis Vos. De este modo encontraré algún dia en vuestras manos todas las riquezas espirituales que me han grangeado, y con ellas compraré de Vos, como me dicen vuestros libros santos, grandes bienes, los bienes infinitos de la eternidad.

No, Señor; no dejais Vos sin recompensa el más corto mérito adquirido por vuestros siervos enmedio de la tribulacion. Aun los veis con gusto sufrir en esta vida algunas penas, y ofrecéros las juntamente con las que padeció vuestro Hijo Jesús por nuestro amor, á causa del precio infinito que da esta union á aquellos padecimientos. Os complacéis en escucharlos cuando os bendicen y dan gracias en sus trabajos, y os suplican les envieis cada dia nuevas penas y tormentos, si fuere de vuestro agrado el que aún padezcan y padezcan más. De esta suerte se hacen cada dia más dignos de la gloria que les teneis preparada. Esta idea me llena de consuelo, así como tambien consolaba al Profeta en

medio de sus trabajos (*Psalmos* 118). En esta firme esperanza encuentro abundantemente, como él, el medio de fortalecerme en todas mis desgracias.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono en este día á SAN PEDRO, PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES, para que me confirme en la fé, me enseñe la esperanza de los bienes eternos, y á llorar con lágrimas de verdadero arrepentimiento.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devoción.—Y la Oracion final.*

**DIA NUEVE.**

La tristeza acorta los dias de la vida. (*Eccles.* 58.)

Hé aquí á tu Salvador, que viene, y trae consigo la recompensa que quiere darte. (*Isai.* 62.)

Las aflicciones que Dios me ha enviado, han hecho en mí una impresion tan viva,

que ya siento que mis dias se abrevian, y que mi muerte se acerca: ¡gracias sean dadas á mi Dios por todo! Este pensamiento, léjos de hacerme desfallecer, y de dar pábulo á mi tristeza, me reanima y llena de alegría. Porque acortándose con mi vida mis trabajos (*Apoc. 7*), me acerco más y más cada dia á aquella morada eterna, en donde ni habrá ya hambre que acongoje, ni sed que atormente, ni frio ni calor que me incomoden, y en donde gozaré, finalmente, sólida y verdadera felicidad. Mi muerte se acerca: ya está próximo el dia en que veré á mi Salvador, y en que me dará la recompensa que tiene prometida en el Evangelio á los que lloran y padecen persecucion por defender la justicia.

Quejarse uno porque camina al término de la vida, sería lo mismo que acongojarse porque van á tener fin los males que padece. Desear vivir más decia San Agustin, no es otra cosa que desear sufrir y padecer por más tiempo: *¿Quid est diu vivere, nisi diu torqueri?* La muerte, segun San Ambrosio,

no es, pues, una pena, sinó antes bien el remedio contra todas las penas. *Remedium, non pœna*. Los que la miran como un mal, deberían considerar á lo ménos que es el postrero de todos; y que un mal que es necesario para llegar á la posesion eterna de todos los bienes, debe ser muy llevadero. Cuéntase que un cazador se encontró en una ocasion en un bosque con un pobre todo cubierto de llagas, que estaba cantando. Admirado de la alegría de aquel hombre, cuando por otra parte le miraba en estado tan miserable, le preguntó la causa; á lo que el pobre le respondió: «el mismo estado en que me veis, os lo dice; mi muerte se acerca; ella va á poner fin á mis trabajos, y bien presto gozaré de la vista de mi Salvador.»

Es verdad que un cristiano, por más justo que sea, tiene cierto horror natural á la muerte. Pero, contando con la Divina misericordia, lo que despues de ella ha de suceder ¿no disminuye mucho este horror? Por lo que á mí toca, Señor, protesto que en medio de mis dolores más crueles (los cua-

les insensiblemente, y contra mi voluntad, me llevan poco á poco al sepulcro), no quiero ocuparme sino de este pensamiento, que aunque verdaderamente no quita del todo la repugnancia de la naturaleza, á lo ménos contribuye mucho á que se pueda vencer fácilmente. *¡Con que bien pronto voy á gozar yo de la presencia de mi Salvador! ¡Con que se acerca ya el día de presentarme ante Él!*

¡Oh Salvador mio! ¡Cuán formidable es este día de la muerte á los que han cometido, como yo, tantos pecados! Pero espero que mis trabajos me han servido y aun me sirven para expiarlos, por vuestra gracia; y confío principalmente en vuestra misericordia, y en los méritos de cuantas penas y tormentos padecisteis por mí. Animado con esta confianza, ni tengo, ni quiero tener otros deseos que el de no vivir más, y estar con Vos (*ad Philip. 1*). Sí, Dios mio: lo mejor es morir, como deseaba vuestro Apóstol. Mi alma, así como la esposa de los Cantares, mira con tedio la vida de este mundo, no tanto por las aflicciones que padece, como

por el deseo de gozar de la presencia de su amado (*Psalms. 54*). ¡Quién me diera tener alas, como de paloma! Entonces sí que volaría y me remontaría hasta Vos, para reposar en vuestro seno despues de tantas penas.

Venid, Jesús: *Veni Domine Jesú*. (*Apo-cal. 22*). Esta es la oración que os hacia en otro tiempo vuestro discípulo querido, cuyo amor probásteis largo tiempo por lo mucho que dilatásteis su muerte. La misma os hago yo, Señor, con toda la sinceridad de mi alma. Así los ardientes deseos que tengo de ver á mi Salvador, á quien aún no conozco sino por su poder y por los infinitos beneficios que ha derramado sobre mí, acabarán cuanto antes lo que mis aflicciones tardan tanto en ejecutar.

Mientras llega este feliz momento, me alimentaré frecuentemente de los mismos sentimientos que tenia el Rey Profeta, cuando con tanto ardor deseaba volver á ver vuestro tabernáculo. Diré continuamente, y exclamaré con él (*Psalms. 85*): ¡Cuán amables son vuestros tabernáculos, ¡oh Dios mio! Mi

alma no puede resistir el ardor con que suspira por la casa del Señor. Mi corazón, anegado hasta el día en un mar de tristeza, y mi carne, oprimida por la fuerza del dolor, se transportan de alegría cuando pienso en mi Dios y en los bienes que me prepara. El pájaro y la tortolilla saben dónde encontrar un lugar seguro para poner á sus hijuelos al abrigo de las injurias del tiempo. ¿Y sería posible, Dios mio y Salvador, que en medio de mis mayores penas no pudiese yo hallar un asilo cerca de Vos? ¡Dichoso aquel que en sus tribulaciones pone en Vos toda su confianza; el que en este valle de lágrimas, en que le habeis colocado, sabe hacerse superior á sus trabajos por medio de una esperanza viva! Espero en Vos, Señor, que me hareis sentir los efectos de vuestra misericordia, y que aumentareis mis fuerzas para que pueda padecer y sufrir, hasta aquel dichoso día en que arribe á la Jerusalem celestial, en donde gozaré finalmente de vuestra divina presencia. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono de este dia á SANTA TERESA DE JESÚS, para que por los diez y ocho años que sufrió de sequedad y desconsuelo interior, me enseñe á no desconfiar ni desesperar, sinó ántes bien á perseverar con humildad, pidiendo el amor divino de que murió abrasada.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave Maria, en caridad, por los promovedores de esta devocion.—Aqui, la Oracion final.*

## DIA DIEZ.

No tienes que pensar en salir de la cárcel, sino despues de haber satisfecho hasta el último maravedí. (Mat. 5.)

Ninguna cosa manchada entrará en la celestial Jerusalem. (Apoc. 21.)

La Religion me enseña, que si despues de mi muerte me restaren aun algunas deudas que pagar á la Justicia Divina, las he de satisfacer en el Purgatorio; prision pasajera, es verdad, pero de donde no se sale,

sinó despues de haber pagado hasta lo más mínimo; y en donde, hasta dar una satisfaccion completa, regulada por la Divina Justicia, se padecen los más crueles tormentos. San Cesáreo de Arlés dice, que la menor pena que se padece en aquel lugar, es más grande que lo más terrible que se puede sufrir y aun imaginar en esta vida: *Quam quidquid potest in hoc saeculo paenarum cogitari, sentiri* (Hom. 8). Muy raro es el que despues de su muerte no descende á este lugar de expiacion; pero no obstante, hay medios para no ir allá, ó permanecer corto tiempo. Entre ellos, debo contar mis aflicciones; porque la misma Religion me asegura, que si sé sobrellevarlas con paciencia y en espíritu de penitencia, me servirán para satisfacer en esta vida todo cuanto debo por mis pecados.

Dios no castiga dos veces un mismo pecado: me envia aflicciones y trabajos con el designio de que los acepte con humildad y resignacion, como en justo castigo de mis culpas. Y si me conformo con estos designios

de su infinita misericordia, no hay duda de que en la otra vida me exigirá mucho ménos. Quitad el orin de la plata, dice el sábio (*Prov.* 25), y se hará de ella un vaso muy puro. Ello es necesario que mi alma sea purificada de sus manchas antes de presentarse al Rey de los Cielos: con que si ya lo estuviere en esta vida por el fuego de la tribulacion, no tendrá necesidad del Purgatorio.

Entre dos males, siempre se ha de elegir el menor, como dice el autor de la Imitacion de Jesucristo (*lib.* 3, *cap.* 12). Pues si te quejas de que padeces mucho en este mundo, ¿cómo, añade, podrás sufrir las penas del Purgatorio? Es verdad que hace muchos años que estoy padeciendo; pero estos años, si sé aprovecharme de ellos, equivaldrán acaso á siglos enteros que tendria que padecer en la otra vida. Porque Dios, al presente, usa siempre de clemencia y perdona con facilidad; pero llegará dia en que habré de pagar con todo rigor, por lo mismo que pude satisfacer á poca costa, y con tan poco

trabajo, mientras estuve en este mundo, y no lo ejecuté. Dignaos, pues, Señor, exclamaré frecuentemente con San Agustin, dignaos borrar, por todos los medios que juzgáreis convenientes, todo lo que aún quedare de manchado dentro de mi alma, para que despues de la muerte nada le reste que purgar: *Deleantur hic peccata mea, ne emundatorio illo igne egeant.*

Si estoy poseido del verdadero espíritu del Cristianismo, mi alma, semejante á la Esposa Sagrada, debe estar inquieta y con una impaciencia santa por ver á su Amado. Mas, para saber si tengo motivo de esperar que le veré inmediatamente, ó á corto tiempo despues de mi muerte, no hay más que preguntárselo á mis penas y aflicciones. Ellas me dirán que, sirviendo para purificarme más y más de mis culpas, contribuyen á procurarme la dicha de verle, despues de mi muerte, mucho más presto que le veria si pasase mi vida con reposo y tranquilidad.

¿En qué afliccion no se halla en esta vida un alma, á quien se dilata el gozo de un

bien, que mira como toda su felicidad? Y  
 ¿qué bien es este, que con tantos deseos so-  
 licita? Supongamos que se trate de un trono:  
 los tronos de la tierra, ¿qué valen en reali-  
 dad? Pero por esto yo puedo venir en cono-  
 cimiento de cuán agudos serán los dolores  
 de mi alma en el Purgatorio, si tengo la  
 desgracia de ser detenido en él, cuando me  
 vea privado por algun tiempo de gozar del  
 único y soberano bien que puede desearse,  
 del único que merece el nombre de bien; de  
 la posesion de Vos mismo, ¡oh Dios mio!  
 ¡felicidad soberana, para la cual fui criado!  
 Un solo instante de dilacion me parecerá un  
 siglo; y esta sola pena será mil veces más  
 dura para mí que todas las de la vida!

Vuestros Santos, cuando aún vivian sobre  
 la tierra, hubieran comprado con todos los  
 suplicios del mundo la dicha, que concedis-  
 teis á alguno, de gozar por algunos momen-  
 tos de vuestra presencia. ¡Oh Salvador mio!  
 en vez de permitir que despues de mi muer-  
 te me sea diferida la dicha de veros, enviad-  
 me en esta vida todos los tormentos que soy

capaz de sufrir. Yo los acepto desde ahora con alegría y reconocimiento; pero concedme, Señor, la gracia de padecerlos con aquel espíritu de sumision y penitencia que les hace meritorios á vuestros ojos. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré hoy por Patrono AL GLORIOSO ARCANGEL SAN RAFAEL, medicina de Dios; para que me guie en la adversidad y me enseñe á usar, como quiere el Señor, sin apegarme en nada á ellas, de las prosperidades que embriagan el corazon y enloquecen el entendimiento, robándonos la memoria de los verdaderos bienes.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria por los promovedores de esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA ONCE.

Pequé, y pequé verdaderamente, y no he sido castigado como merecia. (*Job. 55.*)

El mismo Dios que nos ha castigado por nuestras iniquidades, el mismo nos salvará por su gran misericordia. (*Tob. 15.*)

Muchas veces he pecado desde que estoy sobre la tierra, y he pecado gravemente: con que mil veces he merecido el infierno. Y siendo esto cierto, ¿cómo puedo quejarme de algunas penas temporales y pasajeras? Un condenado se tendria por muy dichoso, si no tuviese que padecer sino estas penas, que miro como intolerables. Si yo estuviese actualmente en aquel lugar, y Dios me preguntase lo que queria padecer sobre la tierra para salir de allí, los más sangrientos ultrajes, y aun los más crueles tormentos que los tiranos hicieron padecer á los mártires, me parecerian penas bien ligeras. Debo, pues, confesar en medio de mis trabajos, á ejemplo de tantos Santos que habian ofendido al

Señor mucho ménos que yo; que todo cuanto puedo sufrir en esta vida no es nada absolutamente, en comparacion de lo que he merecido pagar en la otra.

Es verdad que tengo motivos para esperar que mis pecados me han sido perdonados en el tribunal de la Penitencia. Pero en este sagrado tribunal no se me ha librado enteramente de la pena que merecian mis culpas; porque el Soberano Juez, lleno de misericordia hácia los pecadores sinceramente contritos, no hace sinó conmutar con otra pena temporal la eterna que han merecido. Mas esta pena temporal, ¿cómo la he satisfecho yo hasta hoy dia? He rezado algunas oraciones, y he dado cumplimiento á algunas obras satisfactorias, que me han impuesto en el Sacramento los Ministros de la reconciliacion, es verdad; pero, ¿es esto bastante? Yo veo que los Santos añadian á esta pena tan ligera en sí misma, que les imponia su confesor, ayunos y austeridades. Deberia, hacer como ellos, y aun mucho más; pero no tendria valor para ello: y hé aquí

que mi Dios me envía, por efecto de su misericordia, estas aflicciones, para que, sobrellevadas en espíritu de penitencia, suplan por lo que debería hacer, y no hago.

¡Ah! ¡Si tuviese exacta idea de Dios, de sus grandezas y de sus perfecciones; si comprendiese bien lo que es el pecado, y el carácter de rebeldía é ingratitud que lleva consigo!... si tal fuese, entónces, léjos de quejarme de lo que padezco, encontraria que es harto poco para reparar, en cuanto debo, ni en cuanto puedo, los ultrajes que he hecho á Dios, y restituirle por este medio, si pudiese, otra tanta gloria como la robada por el pecado. Dice San Bernardo: Todas las aflicciones son fáciles de llevar, cuando pienso en las culpas que me han sido perdonadas: *Non sunt condignæ passionés hujus temporis ad præteritam culpam, quæ remittitur.*

Por mis iniquidades he merecido, Señor, llevar por toda la eternidad el peso infinito de vuestras venganzas: justo es que experimente alguno de sus efectos durante el corto espacio de tiempo que aún me resta que

pasar sobre la tierra. Si vuestros castigos me parecen muy rigurosos en esta vida, en donde no castigais sino por misericordia y por un poco de tiempo, ¿qué seria si estuviese ya en los infiernos, en donde vuestro brazo se dejaria caer sobre mi por la justicia para no levantarse jamás? Justicia que no aplacarán nunca ningunas lágrimas ni dolores!

Servios, pues, ¡oh Dios mio! servios, para hacerme expiar mis pecados, de los elementos, de las enfermedades, de mis amigos y enemigos, de mis parientes y extraños; como os servisteis en otro tiempo del Asirio para castigar á Israel, y de la iniquidad de Absalon para castigar á David. Será una gracia que me hareis, y que no concedéis á todos. Dádmela, Señor, en consideracion á los tormentos que vuestro divino Hijo padeció en el Calvario para obtener mi perdón, y á los cuales junto yo los tan pequeños míos: dignaos concedérmela. Y en lugar de las maldiciones que los tormentos espantosos del infierno me harian ¡oh qué horror!... proferir contra Vos por toda la eternidad,

si me hubiéseis ya castigado como lo merezco; cantaré eternamente con los Ángeles y los Santos vuestras misericordias. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patronos de este día AL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA Y SANTO DE MI NOMBRE, Y Á LOS DEL DÍA EN QUE NACÍ Y DEL EN QUE TENGO DE MORIR, mis Patronos naturales, para que no me dejen caer en la tentación, y si cayere, me ayuden á levantar.

*Padre-nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devoción.—Luego, la Oración final.*

## DIA DOCE.

Todas estas penas merecemos sufrir, porque hemos pecado. (*Genes. 41.*)

Recibimos el castigo que es debido á nuestros delitos. (*Luc. 23.*)

Dios envia algunas veces á los pecadores en esta vida muy grandes tribulaciones.

Pero entre aquellos á quienes dispensa esta gracia, hay algunos que se entregan á la desesperacion, no viendo en los males que padecen sinó preludios del infierno que han merecido. Estos tales no ven en Dios más que á un juez justamente irritado, que, mientras abre debajo los pasos de ellos los abismos voraces de la eternidad, da principio en este mundo á vengar el abuso que han hecho de sus misericordias. No, no es así como la Escritura Santa y el ejemplo de tantos pecadores, sinceramente contritos y arrepentidos, me enseñan á pensar en la afficcion. Dios, por medio de los trabajos, quiere hacer de ellos y de mí grandes Santos.

No cesaré, pues, de imitar sobre mi cruz á aquel ladron que murió al lado del Salvador, y á quien el mismo Señor prometió el Paraiso, porque confesó con sincero arrepentimiento que merecia el tormento que padecia. Imitaré á los hermanos de José, que se acordaron en sus adversidades de los malos tratamientos que habian dado á su hermano, y adoraron la justicia de Dios que los

perseguía. Manasés reconoció y detestó de la misma manera su impiedad en los horrores de un calabozo; y Nabucodonosor en la soledad de los bosques, en donde fué reducido á la condicion de bestia. El hijo pródigo no pensó seriamente en volver á la casa de su Padre, sinó cuando vió suceder la más extrema indigencia á aquella prosperidad, que él pensaba estable y permanente.

David, oprimido de ultrajes por Semeí, se dolía, dice San Gregorio, del adulterio que habia cometido; y vemos en los Salmos los sentimientos de penitencia con que recibia las diferentes aflicciones que Dios le enviaba en castigo de sus iniquidades. El mismo San Gregorio (*Lib. 9, Epist. 15*), atormentado de la gota, escribia á un Obispo de Siracusa, que padecia la misma enfermedad: «¿Qué tenemos que hacer en nuestros más vivos dolores sinó acordarnos de nuestras culpas, y dar gracias á Dios por los males con que nos affige? Esta es señal cierta de que Dios no nos abandona.» Santa Teresa de Jesús fué tambien probada por mu-

chas enfermedades y penas interiores; pero las hallaba fáciles de soportar, cuando pensaba en la vida tibia y relajada para el servicio de Dios, que creía haber llevado durante algunos años. Todos estos ejemplos nos manifiestan y enseñan á todos los pecadores el uso que debemos hacer de nuestra cruz, y el espíritu con que debemos llevarla.

Solo veo una clase de infelices que tengan motivo para entregarse á la desesperacion en su desgracia; los condenados; que son desdichados por su culpa, y lo serán para siempre! Pero en esta vida, no, Dios mio, no: jamás hay motivo para desesperar. La desesperacion seria á vuestros ojos otro crimen mayor que todos los ántes cometidos. Un cristiano que piensa que si habeis permitido que se vea reducido á afrentosa indigencia, ha sido porque ha prodigado sus bienes en el desórden; ó que si se ve aquejado de enfermedades corporales, que no tienen remedio, acaso es porque ha vivido por espacio de algunos años en el libertina-

je; un cristiano que considere, que aun cuando no descubra la causa por la cual haya merecido estos males, tampoco sabe el mal uso que hubiera podido hacer de la felicidad, de la hermosura, de la salud, del poder ó de las riquezas; este cristiano, Señor, debe ver en todos estos males grandes bienes. Cuando Vos los permitís, es, como nos dice San Gregorio, para reducirnos á vuestro amor: *Mala quæ nos hic premunt, ad Deum ire compellunt.* ¿Qué otra cosa nos advertís tambien por los golpes que descargáis sobre los pecadores, sino que trabajemos por evitar los males infinitos y eternos? Vuestra justicia nos persigue, es verdad; pero no es una justicia inexorable, como la que ejercéis en el infierno, sino otra justicia llena de misericordia, que castiga en esta vida para no castigar en la otra: *Justitia parcens*, dice San Agustin. En nuestra mano está aplacar esta justicia, recurriendo á vuestra misericordia; y servirme puedo de los males del tiempo para evitar los de la eternidad.

Permitid, Señor, que os dirija la súplica

que os hacia en otro tiempo un Profeta (*Isai. 26*): Ejerced, dice, vuestros juicios sobre la tierra, y sus habitantes aprenderán á ser justos: os buscarán en sus males presentes, y Vos los instruireis por la afliccion, que les obligará á que os pidan con humildad.

¡Sí, Dios mio! Yo os doy gracias por el estado miserable á que me habeis reducido; porque habeis tenido compasion de las miserias de mi alma. Detesto las iniquidades que he cometido, y os doy gracias porque me las haceis expiar por medio del dolor. Por mucho tiempo no habeis hallado en mí sinó un corazon ingrato y rebelde. Pero vedle aquí por fin convertido, por medio de la adversidad, y con el socorro de vuestra gracia, en otro corazon dócil, contrito y humillado. Vos no queriais mis pecados; pero, ¡cuán misericordioso sois en haber querido estos efectos! La copa amarga en que me haceis beber, despues de haber bebido tan largo tiempo en la de los placeres, es semejante á aquellas que vió en otro tiempo vuestro discípulo

amado (*Apocal. 15*), que eran de oro, aunque estuviesen llenas de vuestra cólera.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono en este día á SAN AGUSTIN, para que me alcance del Señor arrepentimiento eficaz de mis pecados, me preserve de toda tentacion contra la fé, y enseñándome á llorar la pérdida de las personas queridas y las calamidades públicas, me obtenga el don de la perseverancia final.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los que promovieren esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA TRECE.

Eres á mis ojos un objeto de execracion, porque he querido purificarte y no has sido purificada. (*Ezech. 24.*)

Tus enemigos te estrecharán por todas partes, porque no has querido conocer el tiempo en que has sido visitada. (*Luc. 19.*)

No quiera Dios que yo en mi adversidad sea del número de aquellos pecadores endurecidos, semejantes á los habitantes de Jerusalem, que fueron siempre insensibles á todos los medios que empleó la Misericordia para convertirlos. Ni del número de aquellos que, léjos de aprovecharse del tiempo de la adversidad para volverse al Señor, solo sienten no poder halagar como antes sus pasiones, y se atraen siempre más y más los golpes de la justicia de Dios, cuando deberían pensar en aplacarla. Llámanse á sí propios dignos de compasion, y lo son sin duda; pero no tanto por el peso de los males que producen, cuanto por el endurecimiento en que

perseveran, á pesar de los continuos avisos que les da la adversidad. Acaso es este el último medio que Dios ha resuelto emplear en su misericordia para su conversion, y como dice San Agustin, una voz que les hace entender que siendo dóciles á las instrucciones que ella les dé, pueden todavia volver en si: *Vocat per flagellum.*

Si alguna vez me encuentro con uno de aquellos pecadores que consuman su reprobacion sobre su cruz, á ejemplo del mal ladron, que murió al lado del Salvador en el Calvario, blasfemando sobre la suya, y desde el Calvario mismo bajó á los infiernos, le haria presentes en su afliccion las reflexiones que la gracia de Dios me ha inspirado á mí mismo en los primeros dias de la mia.

Respóndeme, hermano mio, le diria yo: antes que estuvieses en el estado deplorable en que te hallas, ¿qué es lo que la gracia del Señor podia hacer, y no ha hecho, para convertirte á El? ¡Y tú jamás has querido darle libre entrada en tu corazon! En vano agitaba tu conciencia el remordimiento; tú solo

cuidabas de ahogarle en medio de los placeres. Ninguna gratitud has manifestado á Dios por los beneficios que te ha dispensado; únicamente te cuidabas de las ventajas que te producian las iniquidades. La vergüenza del pecado nada podia sobre ti, porque la costumbre te lo habia hecho familiar. Si el temor de los castigos de la otra vida te sorprendia alguna vez, era bien pronto disipado con el goce de los bienes de esta. Y aun puede ser que hayas dicho alguna vez con el impío (*Eccles. 5*): he pecado; ¿y qué mal me ha sucedido?—No habia, pues, otro medio para poder hacer de ti una alma penitente, que el de la tribulacion: y Dios te la ha enviado por su infinita misericordia.

¡Y qué! ¿serás, hermano mio, tan duro que no te aproveches de este tiempo de salud? Piensa que Dios, por irritado que esté, no es implacable; y si bien es Juez severo y terrible, tambien es Padre, que abraza con gusto al hijo rebelde que se reconoce culpado, y viene á llorar sus extravíos entre los brazos paternales. ¡Ah! teme y tiembla no

te conviertas á sus ojos en uno de aquellos esclavos del pecado, para quienes tiene reservados su cólera suplicios espantosos y eternos, tanto más merecidos, cuanto más infinita es la paciencia que ha ejercido con ellos. Semejante á la insensible Jerusalem, que no quiso aprovecharse del tiempo en que su Dios la visitó, no seas por último entregado, como ella, á los crueles y desapiadados enemigos, que há largo tiempo codician tu pérdida. Ni seas semejante á Faraon, endurecido á pesar de las amenazas y las plagas con que Dios le castigó. Mira no te traguen los abismos, en el tiempo y á la hora en que ménos lo pienses.

¡Oh Dios mio! ¡qué estado tan lastimoso el de aquellos pecadores á quienes la adversidad ni alumbra el entendimiento, ni muda el corazon! Padecen sin mérito, y sin ningun consuelo. Dan principio á su condenacion en este mundo con las mismas penas que padecen, y son infelices en esta vida para serlo más en la otra. Pero ¡cuán grande es mi dicha de no ser, por tu divina miseri-

cordia, indócil como ellos! Bien haya, pues, mi enfermedad larga y dolorosa: bien venida sea mi afrenta y humillacion; bien venidos los desengaños y abandono de los hombres, puesto que con vuestra gracia han conseguido aquel afecto.

¡Bendigo mis aflicciones, que, libertándome de la esclavitud del pecado, me han facilitado la conquista de vuestra gracia! Las adoro, segun el pensamiento de un Padre de la Iglesia, como otros tantos Sacramentos: *Adoro tormenta tanquam Sacramenta*. No es la materia que se emplea en los Sacramentos la que me los hace dignos de veneracion, sinó la excelencia de los bienes que me confieren. Ni tampoco los trabajos de esta vida en sí mismos son los que me obligan á que yo los reciba con estimacion y alegría. Ellos por sí nada tienen que no sea desabrido; pero son mensajeros de Dios, y tienen el fruto que han producido en mí. Despues de haber errado mucho tiempo en el camino de la iniquidad, al reflejo de esta luz he vuelto á entrar en el camino estrecho

de la salvacion, por el cual, espero en Dios, caminar hasta el último aliento de mi vida. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este día á SAN ROQUE, extraño y peregrino entre los suyos, á quien sólo fué leal su perro que le lamia sus llagas; para que me enseñe á tolerar la ingratitude y las injusticias de los hombres, y á no desconfiar nunca de las divinas misericordias.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, para los promovedores de esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA CATORCE.

¿En dónde están sus Dioses, en quienes habían colocado toda su confianza? Que se levanten, y vengan á vuestro socorro, y que os protejan en vuestras necesidades. Reconoced que yo soy el solo Dios. (*Deuter. 32.*)

Mi yugo es suave y mi carga ligera. (*Matth. 11.*)

Muchos motivos me han obligado á abandonar el servicio del mundo para entrar en el de Dios; sobre todo, sus perfecciones y sus beneficios. Pero lo que no ha contribuido poco á producir este dichoso efecto, ha sido la reflexion sobre la diferencia que hay entre la conducta que observa Dios, y la que observa el mundo con sus servidores, cuando son desgraciados.

¿Qué socorros me daba el mundo cuando yo le servia, si me hallaba en alguna afliccion? Desde el mismo instante en que ya no podia contribuir más á sus placeres, olvidaba todos mis servicios. Si alguna vez tomaba mi defensa contra la injusticia, era

únicamente mientras encontraba algún interés en hacerlo; pero si entreveía algún peligro, volvíase de mármol y de bronce para mí. Ni un solo sentimiento de gratitud le movía á hablar en mi favor; y mil veces añadía la injusticia á la ingratitud, y hablando contra sus mismos pensamientos, se puso de parte de mis acusadores.

En los primeros días de una enfermedad, el mundo, á quien habeis servido con tanto ardor, y que, bajo el pretexto de amaros, busca más su propio provecho que vuestra amistad, parecerá, solo por cumplir con lo que se llama deber de buena crianza, que toma alguna parte en vuestra situacion. ¿Pero se aumenta el mal? ¿es de mucha duracion? Pues cesaron todas sus atenciones; ya no os mira sinó como á un hombre que no merece ni aun que se piense en él. ¡Cuánto se mudan los tiempos! ¿Acaso es digno de su atencion el que ya no inspira sinó lástima y compasion? ¿Veis á ese, que era el favorito en todas las reuniones y sociedades? pues acaba de zozobrar su fortuna, y sus ami-

gos se retiran de él por miedo de escuchar sus gemidos, que claman pidiendo socorro y misericordia. Quizá estarán en una partida de diversion á la hora misma en que su antiguo amigo, agobiado con el peso de su enfermedad, exhalará el último aliento. ¡Por cierto que el mundo es amo digno de ser servido! ¿Puede darse otro más duro? ¡Y habrá quien adore las divinidades del mundo, y quien ponga en ellas toda su confianza! ¡Divinidades sin inteligencia para comprender, sin corazon para sentir, y que no tienen manos sino para lanzar rayos sobre los que lo han sacrificado todo por agradarlas!

Pero Vos, Señor, nunca teneis más atencion y bondad hácia vuestros servidores y vuestros amigos, que cuando están en afliccion. Vos solo sois amigo tiernísimo y consecuente para sufrir por largo tiempo las quejas del infortunado. De ninguna manera lo dejáis de socorrer y de consolar: siempre estáis á su lado en la tribulacion, dice vuestro Profeta (*Psalm. 90*); ó para facilitarle recursos en sus necesidades, ó para hacer brillar

á sus ojos la luz despues de las tinieblas. Pronto siempre á recibir sus lágrimas y á derramar consuelos sobre su corazon, á medida que está más abatido por el dolor.

Yo padezco, decia uno de vuestros más grandes siervos: *Patior* (2, *Timot.* 1); pero estoy contento en mis sufrimientos: *sed non confundor*. Las penas que padezco por el amor de mi Dios, están escritas en el libro de la vida, y van haciendo un fondo que fructifica entre sus manos: *Scio cui credidi*. ¿Qué pueden temer vuestros amigos enmedio de los más grandes peligros? Vos, Señor, les habeis confiado al cuidado de vuestros Angeles (*Psalm.* 90), á los que habeis ordenado que los acompañen y guarden por todas partes. ¡Servidores de Dios, manteneos firmes en la tempestad más violenta: Jesús está con vosotros sobre las aguas!

¡Oh divino Señor! ¡Vos sí que mereceis por vos mismo ser servido! Porque vos sois el poder, la sabiduría, la equidad y la bondad misma. Pero, como nunca dais á conocer mejor á vuestros siervos que sois pode-

roso y sábio, equitativo y bueno, que cuando están en afficcion, por esto mismo nunca se hallan más contentos que cuando están cerca de Vos. Por lo que á mi toca, á ejemplo del Profeta Rey, á quien probásteis por medio de tantas adversidades, me confieso á vuestros piés, y en presencia de vuestros Angeles. ¡Quién pudiera ser oído de todos los hombres! Si: (*Psalms. 85*) un solo dia en vuestra casa es para mí más dulce, infinitamente más dulce que mil en otra parte. Más quiero estar oscuro y despreciado en casa de mi Dios, que ser honrado y distinguido entre los pecadores. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patronos en este dia á los grandes Patriarcas SAN FRANCISCO DE ASIS Y SANTO DOMINGO DE GUZMAN, para que me enseñen el completo desprendimiento de los bienes del mundo, la abnegacion de la propia voluntad, el anhelo constante de la perfeccion, y el celo por la gloria del Señor.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de  
esta devocion.—Luego, la oracion final.*

## DIA QUINCE.

Ved cómo los pecadores viven en este mundo en la abundancia, y poseen grandes bienes! (*Ps. 72.*)

¡Oh Señor! cuanto más pensaban elevarse, más trabajabais Vos en su propia ruina. Su fortuna desapareció de repente, y pasaron como un sueño. (*Ibid.*)

Debo confesarlo: muchas veces me he sorprendido al ver tanto número de pecadores en la prosperidad, mientras que por otra parte miraba tantos justos que pasaban su vida en los trabajos. Decia yo con el Profeta (*Psalm. 72*), que pareció tambien admirarse de esto mismo en uno de sus cánticos, aunque, como se advierte despues, únicamente se propuso nuestra instruccion; decia yo: «¡Con que en vano es que yo purifique mi corazon, y no tenga trato ni comercio sinó con almas inocentes!» Pero me re-

tractaba en el instante, y me decia con el mismo Profeta (*Ibid.*): Injuriaria yo á los que sirven á Dios, si hablase de esta suerte. ¡Adoremos los ocultos designios de la Providencia!, que en vano me lisonjearia yo de poderlos penetrar con sola mi reflexion. Básteme para que mi admiracion cese, el concebir cuál será el fin de los pecadores: esta fortuna, que parece tan estable y permanente, caerá en el momento en que ménos piensen, pasará como un sueño (*Ibid.*). Y entonces, ¿á qué extremo de desolacion no los veré reducidos? Su humillacion será proporcionada á la elevacion que hoy gozan.

Jeremias, manifestándonos la flaqueza de la razon humana, hace tambien la pregunta que es natural á todos los hombres. ¿Porqué, dice, (*Jerem. 12*), los malos gozan de tanta prosperidad en su vida, y los que violan la ley de Dios son felices? Pero en seguida los mira el Profeta como victimas, que se engordan y preparan para el dia en que deben ser degolladas. La abundancia en que viven les mantiene el lujo, y los

homenajes que reciben sostienen su orgullo; pero de improviso viene la muerte, se abre el infierno y los sepulta, sin que tengan tiempo para reconocerse.

San Gregorio (*Moral. lib. 4, 6, cap. 4*) los compara á un hombre que por hermosas praderas es conducido á un espantoso calabozo: las prosperidades temporales pasarán á ser desdichas eternas. Y este mismo Santo (*Ibid. lib. 16, cap. 9*) compara al Señor que niega á los buenos los bienes de la tierra, mientras que los concede abundantemente á los malos, con un médico que nada rehusa á los enfermos desesperados, pero que niega constantemente á los otros todo lo que les puede hacer daño.—Hijo mio, decia Abraham al rico avariento (*Luc. 6*), acuérdate de que fuiste colmado de bienes durante tu vida, mientras que Lázaro no tuvo sinó males, y pasó su vida lleno de trabajos. Esta es la razon porque hoy vive en el consuelo y la alegría, y tú en los tormentos.

Guardaos, dice el Espiritu Santo á los que viven en la mediania ó en la indigencia, guar-

daos de murmurar contra la Providencia ó de envidiar la suerte del pecador, á quien veis prosperar en sus proyectos. Quizá dentro de un momento más no exista ya este pecador, que se os presenta tan colmado de bienes y de gloria: se buscará el lugar en que estaba, sin poder hallar ni rastro de él. Pero, al contrario, los que hubieren visto esta prosperidad sin quejarse, ni envidiar su suerte, poseerán la tierra que Dios les tiene preparada por herencia, y saborearán las dulzuras de una larga paz: *Hæreditabunt terram; et delectabuntur in multitudine pacis.*

Debo, pues, bendecir á Dios, porque me ha puesto en estado que no puede llamarse infeliz sino á los ojos del mundo. ¿De cuántos peligros no me habré librado? Si estuviera en prosperidad, en vano formaría muchas veces resoluciones de ser fiel á mi Dios hasta la muerte. ¡Ay de mí! poco á poco caería en la relajacion. Es muy raro, dice San Bernardo (*de Consil. lib. 2, cap. 12*) hallar justos que sean constantes en su fidelidad, y que no vengán á parar en una vida tibia y rela-

jada cuando viven en la abundancia. Sin que ellos mismos lo perciban, su alma se evapora y se derrite, digámoslo así, insensiblemente, como la cera al fuego, ó como la nieve á los rayos del sol. ¿Qué deberían ser á sus ojos los diferentes bienes de que gozan? Lo que los muebles de una posada, en donde no se está sinó de paso. Si se deleitan y ocupan con ellos, poco á poco olvidarán el camino que tienen que andar. Deberían mirarlos como otros tantos pasos que no sirven sinó para hacerles más difícil y más lenta la jornada. Temamos llevar sobre nosotros un peso que al fin puede venir á oprimirnos. Salomon fué por mucho tiempo el más sábio y el más feliz de todos los mortales. Quizá no hubiera llegado el caso de darnos en su persona el ejemplo más terrible de los riesgos de la prosperidad si se hubiese juzgado digno de padecer.

¡Oh Dios mio! ¿Por qué he de mirar con envidia la dicha de los pecadores, cuando es tan frágil, cuando tantos accidentes imprevistos pueden destruirla, cuando pasa en un

momento? Si se dan al cuerpo comodidades y regalos, ¿cuántas penas no se ocasionan al espíritu? Penas sin mérito alguno delante de Vos, y que merecen vuestra reprobacion. La pasion que se tiene hácia los bienes del mundo, se aumenta á medida que se la lisonjea; y toda pasion es el dogal de su esclavo. Pues ¿qué dicha es la del que se apega á lo que ha de dejar, y olvida el fin principal para que ha sido criado?

El estado de afliccion en que estoy ¿no es por ventura más digno de preferencia? Si, Dios mio. Me sirve para desprenderme de la tierra; mantenerme en la fidelidad que os debo, y elevar mis pensamientos al Cielo, para el que Vos me habeis criado. ¿A quién buscaré yo enmedio de mi afliccion? (*Psalm. 33.*) ¿Quién podrá ser mi esperanza sinó Vos? No, jamás hubo sed que fuese tan ardiente como la que me lleva á Vos. (*Psalm. 41.*) ¡Oh Dios! que sois el autor de mis penas, porque quereis serlo tambien de mi salud: Vos sois, Dios mio, enmedio de

mis trabajos, mi vida y toda mi fortaleza!

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrona hoy á la insigne y milagrosa mártir SANTA FILOMENA, para que posponiendo al amor divino todos los bienes de la tierra, pueda verdaderamente exclamar:

Ni quiero bien que no dura,  
Ni temo mal que se acaba.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria por los promovedores de esta devoción.—Luego, la Oracion final.*

## DIA DIEZ Y SEIS.

Muchas son las tribulaciones que los justos padecen. (Ps. 53.)

Abraham fué probado por muchas tribulaciones antes de ser amigo de Dios. Lo mismo Isaac, Jacob, Moisés; y en una palabra, todos los que han sido agradables á los ojos de Dios, antes han tenido que sufrir muchas adversidades. (Judith, 8.)

La historia sagrada y los anales de la Iglesia me hacen ver que no ha habido ni una

sola alma justa á la que Dios no haya probado al fuego de la tribulacion. ¿Qué santidad más eminente, despues de la de Jesús, que la de su Madre Santisima? Sin embargo, ¿con qué cuchillo de dolor no fué traspasada su alma durante su vida, y sobre todo en la muerte de su Hijo? Jesucristo decia que el Bautista era el más grande de los hijos de los hombres. ¡Cuánto tuvo que padecer, hasta que al fin murió degollado entre cadenas! (*Matth. 11.*) Ninguno de los Profetas dejó de sufrir muchas persecuciones. El mundo se regocijaba mientras los Apóstoles, como el Salvador se lo habia predicho, (*Joann. 16*), estaban en tristeza. El Apóstol de las Gentes (*2, ad Corint.*) refiere todos los trabajos que habia padecido.

Cuando discorro por todo lo que se ha escrito de la vida de los Santos, los veo en todas partes, ó heridos por los tiros de la injusticia y de la calumnia, ú oprimidos con el peso de las enfermedades, ó asaltados por las más violentas tentaciones. Al mismo tiempo advierto, que cuando la historia de la vi-

da de algun Santo tiene más extension, consiste en que contiene mayor número de victorias, conseguidas sobre sí mismo y sobre las pasiones de los hombres. No debo, pues, admirarme de que Dios me envíe tantas aflicciones. ¿Desearé yo que me trate de diferente manera que á su Madre, á sus Profetas, á sus Apóstoles y á sus amigos? Yo no soy un Santo, y Dios me envia aflicciones para que lo sea; á los que lo son en algun grado se las envia para que se perfeccionen más y más.

En el estado de afliccion en que me veo, algunas veces, no creo que ningun hombre se ha vistó. Pero para cobrar aliento, no tengo más que traer á la memoria cuanto he leído en las vidas de los Santos; porque en esto, así como en todas las demás cosas, nada hay de nuevo debajo del sol, y de que no se puedan traer ejemplos.

Job pasó desde un palacio á un muladar, y fué cubierto de llagas desde los piés hasta la cabeza: San Clemente de Ancira sufrió un martirio de diez y ocho años: Santa Clara

fué affligida con enfermedades durante veintidos, y San Francisco de Asis por venticinco: Santa Liduvina estuvo en cama treinta y ocho, y San Sérvulo paralítico toda su vida.

Jacob tuvo mucho que sufrir con las disensiones que hubo entre sus hijos: la calumnia arrojó á José á un calabozo: David fué destronado por su propio hijo: Elías perseguido violentamente por Jezabel: San Anastasio por los arrianos, y permaneció oculto por espacio de cuatro meses dentro del sepulcro de su padre: Santa Isabel de Turingia fué echada de su palacio, despojada de todos sus bienes y cargada de ultrajes: Santa Catalina de Génova se vió desamparada de aquellos mismos que le eran más precisos para las necesidades de su alma.

Tentaciones contra la pureza obligaron á San Benito á arrojarse en las espinas, y á San Francisco de Asis á revolcarse sobre la nieve. El mismo San Pablo, por más que fuese tan grande Apóstol, no estuvo exento de ellas. San Francisco de Sales fué tentado de desesperacion con respecto á su salva-

cion: San Ignacio de Loyola y Santa Juana Francisca de Chantal experimentaron todo el rigor de las penas que traen consigo los escrúpulos. San Gerónimo y San Bernardo hablan de los combates que tenian que sufrir contra las distracciones en sus ejercicios de piedad; y Santa Teresa estuvo por el largo espacio de diez y ocho años en los desiertos más áridos de la vida interior.

Vuestros Santos, ¡oh Dios mio! tenian los mismos trabajos, las mismas enfermedades, y las mismas tentaciones que yo; pero ellos se aprovechaban mejor de los socorros que Vos dispensais siempre á las almas afligidas. Ellos adquirian cada dia por su paciencia y por su sumision nuevos méritos sobre su cruz; y yo quizá me condeno cada dia más sobre la mia. ¡No lo permitais, Señor! Os lo pido por sus méritos y su intercesion: no permitais que venga yo á perderme en el camino que á ellos ha conducido al término feliz de los escogidos. Haced por vuestra gracia que mi conducta, en medio de mis penas, participe alguna cosa de la mara-

villa de aquella zarza que, ardiendo, no se consumia, y de los tres niños de Israel, que no fueron ofendidos de las llamas del horno, ni cesaron de cantar vuestras alabanzas. No os pido, Señor, que me concedais el don de profecía, ni el de los milagros que habeis concedido á vuestros Santos; sinó que, como á ellos, me deis el de la paciencia y el de la sumision. Más me concedereis en ello, que si me diéseis el de resucitar los muertos.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono de este dia á SAN JOSÉ DE CALASANZ, para que nos alcance del Señor un reflejo de su humildad, de su caridad y de su resignación ante la Divina voluntad.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

## DIA DIEZ Y SIETE.

El justo no se contristarà por más desgracias que le sucedan. (*Prov. 12.*)

Los días, Señor, de nuestra humillacion, y aquellos en que nos habeis enviado adversidades, han sido para nosotros días de júbilo y alegría. (*Psalm, 89.*)

Si ardiese en mi corazon una fé bastante viva, no solo encontraria bien presto consuelo en mis aflicciones, sino que aun las sufriria con gozo. La historia de la vida de los Santos nos enseña que el padecer tenia para ellos un sabor delicioso. A ellos les sucedian, como á nosotros, y aun quizá más, accidentes desgraciados; y no obstante, llevaban siempre la alegría en el corazon y pintada sobre su frente, como si todos los días les fuesen de fiesta y de regocijo. Así se notó particularmente en un San Martin, un San Antonio, San Francisco y Santo Domingo. Por algunas de sus palabras y acciones se echa de ver el placer que encontraban en padecer y sufrir.

Veo en los salmos al Profeta que gime bajo el peso de sus adversidades, pero parece no hablar de ellas sinó para enseñar á los infortunados, á alabar á Dios y á bendecirle. Tobias en medio de su ceguera, no se entristeció jamás, ni murmuró contra su Dios (*Tob. 2*), sinó que permaneció firme y constante en el temor del Señor, dándole gracias todos los dias de su vida. San Andrés, apenas descubre la cruz en que iba á ser crucificado, exclama con los mayores trasportes de júbilo: ¡Oh cruz, esperanza y amor mio! ¡*Ob bona crux!* ¡cuánto tiempo há que no he deseado otra cosa en esta vida que á Ti! *diu desiderata*. Te he buscado con ardor y sin cesar en la Judea, y entre las naciones bárbaras, *sine intermissione quæsitæ*. ¡Pero al fin ya se cumplieron mis deseos, y tendré la dicha de morir en tus brazos! *et aliquando cupienti animo præparata*.

San Ignacio, Obispo de Antioquia, estando á punto de partir de Siria para Roma, en donde iba á ser echado á las fieras en el anfiteatro, escribia á los Romanos: «Dios quie-

re que yo sea despojo de las bestias que me tienen preparadas, y que las encuentre llenas de furor contra mí: las provocaré para que me despedacen cuanto antes, y no me traten como á algunos mártires á quienes no se atrevieron á tocar: si rehusaren devorarme, yo las sabré obligar, irritándolas yo mismo. ¿Qué importa que los fuegos, las cruces, las fieras, las fatigas, los tormentos, la pérdida de mis miembros, los suplicios más crueles, todo, en fin, cuanto sea capaz de saciar la rabia de los demonios, venga sobre mí? Con tal que gane á Jesucristo, me tengo por mil veces más dichoso muriendo por Él, que si reinara sobre el mundo entero. ¡Ojalá lo pierda todo por poseerle á Él!»

La primera palabra que salió de la boca de San Cipriano cuando oyó pronunciar el decreto de su muerte, fué la que emplea frecuentemente la Iglesia en sus oficios: *Deo gratias*, ¡demostramos gracias á Dios!—y dió una suma de dinero al verdugo que le iba á cortar la cabeza. El venerable Beda cantaba en medio de sus vivos dolores el cántico de ala-

banzas que usa la Iglesia al fin de cada salmo. San Roman, despedazado con garfios de hierro y cubierto de llagas, daba gracias á Dios de que podia alabarle, decia, *por gran número de bocas.*

El Salvador preguntó á San Juan de la Cruz, qué recompensa deseaba por todos los que padecia en su servicio, y el Santo le respondió: «ser despreciado, y padecer por vuestro amor.» *Pati et contemni pro te.* Dios derrama sus consuelos en el alma del Apóstol de las Indias, y éste le conjura para que detenga su curso: *Satis est Domine.* Pero en medio de los trabajos exclamó: «Más, Señor, más todavía.» *Amplius, Domine.*

Una vida sin dolor y contradicciones hubiera sido para Santa Teresa un suplicio: «Ó padecer ó morir, decia esta Santa.» *Aut pati, aut mori.* San Alejo buscó este vencimiento de todos los dias, padeciendo hambres y soledad en la misma casa de sus padres, y muriendo desconocido á la vista de su esposa. Santa Magdalena de Pazzis pedia á Dios que si dilataba sus dias, dilatase tam-

bien sus trabajos y su martirio: *Non mori, sed pati*. Tres suertes de tormentos fueron puestos á la vista de la bienaventurada Margarita de Saboya, para que escogiese; pero prefirió padecerlos todos. Tambien á Santa Catalina de Sena se la dió á escoger entre una corona de oro y otra de espinas; pero sin vacilar, optó por ésta.

Ninguno sinó Vos, Jesús mio, puede poner así dulzuras en donde nosotros no vemos sino amarguras y trabajos. Vos mismo habeis dicho que vuestro yugo es dulce; y preciso que así sea, pues que en vuestro servicio cuanto más se sufre, más se quiere sufrir. Desde que por el más admirable de todos los prodigios, os hicisteis Varon de dolores, y manifestásteis tanto placer en padecer por los hombres, los trabajos han mudado de naturaleza; pues están divinizados, y han llegado á ser placeres divinos. Cuando un corazon está bien abrasado de vuestro amor, suspira, no por las penas que padece, sino por el deseo de que se le aumenten más y más. Solo Vos sois, como decia San Luis en-

medio de las cadenas, bastante grande para haceros amar y bendecir, cuando los otros señores se hacen temer y respetar. ¡Oh divino amor! Yo os seguiré por todas partes (*Matth. 8*). En Vos espero, que así he de subir al Calvario. ¿Qué tengo que desear en el Cielo, ni qué hay que buscar sobre la tierra sinó á Vos? (*Psalm. 72*). Vos sois el Dios de mi corazon y mi herencia para siempre!

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono en este dia á SAN ALEJO, prodigio de abnegacion, huésped y pobre en la casa de sus Padres y á la vista de su esposa; para que me enseñen á sobreponerme á las afecciones de la carne y de la sangre, y á no amar más que en Dios y para Dios, lo que segun mi corazon, debo amar.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria por los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

## DIA DIEZ Y OCHO.

Estad persuadidos, hermanos míos, de que tenéis motivos para todo género de alegría cuando seáis probados por diferentes modos. (*Jacob. 1.*)

Cuando salieron los Apóstoles de la Asamblea de los Judíos, iban llenos de júbilo por habérseles creído dignos de padecer afrenta por el nombre de Jesús. (*Act. 5.*)

Asombro causa la alegría que experimentaban los Santos en sus padecimientos. Cuando veo á los Apóstoles, que despues de haber comparecido ante la Asamblea de los Judíos, salen de ella en triunfo, porque han tenido que padecer ultrajes por el nombre de Jesus; cuando oigo que San Procopio dijo á sus verdugos que nada habia para él tan agradable como los tormentos que padecia: *Quid jucundiu quam pati propter Christum!* y que los Santos hermanos Marco y Marcelino exclamaron, que los suplicios eran para ellos un convite delicioso: *Nunquam tam jucunde epulati sumus*; paréceme que se habla de una

cosa que es superior á mí, y de que soy absolutamente incapaz. Mas ya comprendo mi error; nace de que confundo esa alegría con una alegría natural y toda humana.

Pero no; esta alegría no puede tener nada de humana y natural; porque somos los hombres demasiado enemigos del dolor. Es sin duda de la misma naturaleza que la del perdón de las injurias. Cuando Dios nos manda que amemos á los que nos han hecho mal, no exige de nosotros que sea con un amor de ternura y confianza, tal como el que tendríamos á un amigo; sino que solo por consideracion á Dios, nos empeña, á pesar de nuestra repugnancia, á rogar por el que nos ha hecho mal, á amarle, y á hacerle bien. Del mismo modo, cuando se me dice que debo alegrarme de mis infortunios ó padecimientos, no se habla de una alegría como la que tendria en estado de prosperidad. No se trata de que reciba una noticia infausta con el mismo gusto que me causaría otra agradable. Se me habla, si, de una alegría sobrenatural, del placer que experimenta el

alma cristiana cuando en medio del infortunio, reflexionando sobre las ventajas y beneficios que le proporciona aquel estado, y despues de haber llegado á conocer todo su precio, no quisiera, aun cuando estuviese en su mano, mudar de situacion. Tranquila y satisfecha con ver que si padece es porque cumple la voluntad de su Dios, y para su mayor gloria, en lo mismo que padece halla muchos medios de espiar sus culpas, de dar á Dios testimonio de fidelidad y de amor, y de adquirir virtudes y grangear tesoros para el Cielo. Finalmente, los mismos trabajos, por lo mismo que la apartan del mundo y de las ocasiones de pecar, la mantienen en gracia y amistad con Dios.

Tan natural nos es amar las riquezas, la salud y los honores, como lo es á un arroyo el seguir su corriente. Pero gustar del dolor, no; nunca fué un sentimiento de la naturaleza. Ambos términos se oponen entre sí. Sea yo, pues, dócil, en medio de la afliccion, á la gracia del Señor: éntre en los sentimientos de resignacion y paciencia que ella mis-

ma me inspira; que entonces, como dice Isaías (*Isaie. 51*), hallaré delicias en la soledad más espantosa, y en ella entonaré cánticos de alabanzas. El placer que hallaré en padecer y sufrir, no estará en los sentidos, que por el contrario temen y repugnan todo lo que les es violento; sinó en otra cosa superior á ellos mismos. Estará en mi voluntad, sometida á la voluntad de Dios; en mi corazón, que participará en alguna manera del placer que Dios recibe en verme sufrir por su amor; en mi entendimiento, que reflexionará la dicha de estar clavado en la cruz con Jesús, que ha prometido dar parte en sus consuelos á los que la hayan tenido en sus oprobios. Paz, consuelo y alegría que solo el Espíritu Santo puede darla, como dice San Pablo: *Pax et gaudium in Spiritu Sancto (Rom. 14)*; que él mismo saboreaba en todos sus padecimientos. De tal modo son superiores mis padecimientos á mis fuerzas, escribía á los de Corinto, que la vida me sirve de horror; pero no obstante, y á pesar de todo esto, les añade, reboso en alegría: *Su-*

*perabundo gaudio in omni tribulatione (Ibid. 7).*

¡Oh Dios Todopoderoso, que obráis diariamente prodigios en el orden de la naturaleza, y no los haceis menores en el orden de la gracia! Vos sois el que nos haceis amable el yugo más duro, y ligera la carga más pesada. Vuestros santos nunca estaban más afligidos que cuando miraban sus trabajos á punto de acabarse; no porque en ellos, así como en mí, no padeciese la parte inferior enmedio de la tribulacion, sinó porque en ellos, mucho mejor que en mí, la parte superior, iluminada con las luces de la fé, se regocijaba y triunfaba. Este es el efecto de vuestra gracia, con cuyo socorro, segun la expresion de vuestros libros santos, se saca miel aun de las mismas piedras (*Deuteron. 52*), y aceite de la roca más dura. Yo os pido, Señor, con instancia, las luces y socorros que dispensais á vuestros siervos afligidos. Y á pesar de la sensibilidad y repugnancia natural, producirán en mí una paz, que es sobre todo lo que se puede pensar. Está paz deseaba el Apóstol á los Filipenses (*Philip. 4*),

cuando les decia que en los mayores males está la defensa del corazon y del espíritu.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono de este dia á SAN IGNACIO DE LOYOLA, para que me enseñe á padecer y ser perseguido, pues este don pidió al Señor para los suyos; y á referirlo todo á LA MAYOR GLORIA DE DIOS.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

## DIA DIEZ Y NUEVE.

Porque eras agradable á Dios fué necesario probarte por medio de la tentacion. (*Tob. 12.*)

La virtud se perfecciona en el padecer. (*2. Corintio 12.*)

Era Tobías un varon justo, que se dedicó á la práctica de las buenas obras. Por esto

se hizo cada dia más digno de las gracias del Señor, y muchas fueron las que recibió; pero entre ellas una muy particular, que sin duda no esperaba. Dios permitió que perdiera la vista; y aunque á los ojos de los hombres era estó un gran trabajo, sin embargo, enmedio de su afliccion, le concedió Dios una grande y muy particular gracia; pues, como despues le manifestó el Angel que le curó, no le hubiera sobrevenido aquel trabajo, si no hubiese sido agradable á los ojos de Dios. Es decir, que si hubiese sido ménos virtuoso, no le hubiera puesto Dios en aquella ocasion de serlo más; que es necesario padecer una grande adversidad para llegar á ser perfecto; y que no era bastante que sirviese á Dios en el ejercicio de las virtudes que se practican comunmente, sinó que el Señor habia querido recibir pruebas aun más fuertes de su fidelidad y amor, en el ejercicio de las virtudes que se practican en la afliccion.

No debo, pues, esperar yo verme libre de las enfermedades, de los trabajos, ni de las desgracias que se padecen en esta vida, por-

que me haya dedicado sincera y cordialmente al servicio de Dios. Esperarlo así sería no comprender el orden de Dios sobre sus elegidos. En los principios de nuestra conversión disimula el Señor nuestra flaqueza, y cuida de nosotros: como hijos tiernos, recién nacidos en la virtud, *quasi modo geniti infantes*, necesitamos entonces de la leche del consuelo, y nos la da. Pero con el tiempo hemos menester de un alimento del todo diferente, sin el cual quedaríamos débiles y enfermos.

Pues bien: á mí me ha dado del alimento que da á sus amigos, y del cual me hace formar idea la hiel que le fué dada sobre el Calvario. Me hace beber en el torrente de aflicciones, en donde el modelo de los afligidos bebió á grandes tragos antes de subir á su gloria. Así, pues, tranquilicémonos y consolémonos en medio de tantos combates; y tomemos aliento bajo el peso de nuestras cruces, pensando que Dios tiene sobre nosotros grandes designios de santificación.

En la flaqueza, decía el Apóstol, esto es, en las penas y adversidades, es en donde se

fortalece y perfecciona la virtud. Y despues de habernos hablado de las miserias, oprobios, persecuciones y penas extremadas que padecia por Jesucristo, añade: cuando estoy más flaco, entonces es cuando soy más fuerte: *Cum infirmior, tum potens sum* (2, Cor. 12). Sin temor de engañarme lo digo, escribia San Gregorio (*lib. 6, ep. 27*), si Dios os ahorra las persecuciones, ménos piadosa es vuestra vida: *Ego fidenter dico, quia minus pie vivis, si minus persecutionem patieris.*

Dicen algunos: «Bien sé que la Sagrada Escritura nos advierte que debemos prepararnos á sufrir desde el mismo instante en que nos dediquemos seriamente al servicio de Dios. Pero tambien se ven personas muy virtuosas, que viven en la mayor tranquilidad, y aun en la abundancia, estimadas de todo el mundo, y á quienes todo sale bien.» ¡Mas ay! que estas personas sin duda no son bien conocidas de los que así hablan. Porque los calabozos, las calumnias y ultrages no son herencia necesaria de todas las almas santas; pero basta que Dios, de una ú otra

manera, les haga llevar su cruz. Y ¿qué importa que muchas veces aparente el exterior gran calma, si al mismo tiempo padece gran borrasca el corazón? El cuerpo, que disfruta salud robusta, encierra muchas veces el entendimiento más turbado, el corazón más partido. Si las aflicciones no vienen de parte de los elementos, vendrán de parte de los hombres, y á falta de esto, los espíritus tentadores harán derramar muchas lágrimas. Los combates que se padecen en el camino de la virtud no siempre se ven ni se saben.

Lo que sí es cierto, es que, como dice el autor de la *Imitacion de Jesucristo* (lib. 3, cap. 3), Dios es un amo que no deja un punto de reposo á los que le sirven, y que los prueba fuertemente: *Fortis probatur omnium devotorum*. De aquí es, que los cristianos que, aunque prudentes y de ordenada conducta, no conocen sino aquellos cortos trabajos y enfermedades inseparables de la humanidad; y que, como dice San Agustin, reposan llenos de tranquilidad y sosiego en el seno de su familia, disfrutando agradable-

mente lo que tienen adquirido, *in ædificio suo, in prædiolo suo*, no pasan de los límites de una virtud comun; virtud que en circunstancias críticas y delicadas puede con facilidad relajarse. Lo grande y santo y heróico es cuando los trabajos y las sospechas y la desconfianza nacen en el sagrado mismo de la familia, en el santuario de la amistad, en el retiro del hogar doméstico; cuando hay que luchar casi contra la evidencia. Testigo el Patriarca San José, gran modelo de virtud, de prudencia y de caridad!

¡Oh Jesús mio y Salvador mio! A los pocos días de haberme Vos clavado á vuestra cruz, advertia yo que el mundo comenzaba á ser crucificado para mí, y que yo comenzaba á serlo para el mundo. Practicaba de una manera diversa que antes las virtudes que deben distinguir á vuestros ojos á un verdadero cristiano. Las aguas de la adversidad han hecho poco á poco con mi alma lo mismo que hicieron las del diluvio con el arca santa. La han elevado sobre todo lo que hay sobre la tierra: *Elevaverunt arcam in su-*

*blime á terra* (Gén. 7). Aquel amor puro de que me hablaban, y que miraba yo antes de mis aflicciones como una montaña inaccesible, se presenta cada dia más fácil delante de mi vista. ¡Ay de mí, Señor, que no llegaré á poseerlo enteramente sino en el Cielo! Pero, gracias á las adversidades que Vos me habeis mandado, y que de dia en dia sueltan y desprenden más mi alma de las cosas de esta vida, estoy ya en el verdadero camino que me conduce á él. ¡Así logre yo con vuestro socorro conseguirlo en esta vida, en cuanto sea dable á mi flaqueza.—Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono de este dia á SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA, patrono de la Iglesia católica y modelo del verdadero cristiano, y en especial de los padres de familia. Le pediré que me enseña á contener mi juicio sobre el prógimo, por más que le condenen las apariencias.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria por los promovedores de esta devocion.—Aqui la Oracion final.*

## DIA VEINTE.

El que no ha sido probado por la tentacion. ¿qué es lo que sabe? (*Eccle. 54.*)

La tribulacion-iluminará el entendimiento. (*Isatas, 28.*)

Naturalmente soy inclinado á agradar al mundo y á seguir sus gustos y caprichos. Pero, bien me ha dado á conocer la adversidad, en diferentes ocasiones, cuán poco merece aquel mi estimacion y confianza. Ingratitudes de parte de un amigo que me ha faltado; una enfermedad, durante la cual me he visto abandonado de aquellos que creia más afectos; palabras y calumnias que se han propalado contra mí, y que de ninguna manera merecia; una esperanza lisonjera que se ha disipado de repente, por el capricho del mismo que la habia hecho nacer, y que podia fácilmente cumplirla; todo esto

me ha enseñado mejor que los discursos más elocuentes, qué he de pensar del mundo, de sus amistades y juicios. Entonces era, si, bien me acuerdo, cuando á mis solas, y reflexionando sobre mí, exclamaba: ¡Por cierto que es buen amo y leal amigo el mundo! Ingrato, injusto, pérfido, ¿quién puede fiarse de tí? ¡Cuán insensato he sido yo en no creer lo que se me decia de tus inconstancias. Pero escrito estaba que no habia de escarmentar en cabeza ajena: necesitaba tocarlo por mí mismo para aprender. Ahora sí que puedo decirlo con toda mi alma: yo te abandono, y pongo en otro lugar mi esperanza y mi corazón.

Mas ¿á quién he entregado yo este corazón, que no puede vivir sin afectos, y que el mundo no puede llenar? ¿A quién mi confianza, que los hombres no merecen? Vos solo, ¡oh Dios mio! habeis llegado á ser único objeto de mi amor. Vos sois todo mi apoyo: habeis permitido, como dice San Agustin, que el mundo sea para mí una fuente de males, á fin de separarme de él,

y que no tenga yo otro dueño ni otro amigo que Vos: *Abundant mala in mundo, ut non ametur mundus* (Serm. 80). Así como la paloma, que no hallando ningún lugar sobre la tierra en donde posar, buscó nuevo refugio dentro del arca.

También me ha hecho conocer la adversidad cuán vanos y frágiles son los bienes del mundo, y que es necesario buscar otros que no me puedan ser robados. Los bienes del mundo apegan demasiado á la vida, y nos impiden suspirar por el Cielo. Y Dios que lo vé, y que nos ama, permite que nuestras haciendas se queden áridas y estériles, que nuestros negocios se nos tuerzán, que nuestras casas se arruinen ó nos sean usurpadas. Las frecuentes pérdidas que un día y otro vamos sufriendo, nos desprenden insensiblemente de todo lo que es temporal; y de este modo no se aplica á bienes tan quebradizos más cuidado, que el que la obligación exige. Ya no hay aquella codicia que nunca dice ¡basta! Se hace uno como insensible é indiferente á las cosas del mundo: y entón-

ces es cuando, levantando los ojos al cielo, nos acordamos de que Él es la única herencia á que somos llamados.

San Agustín decía á su amigo Romanciano, que habia caído de la cumbre de la opulencia y del favor (*Lib. 1, cont. Acad.*): «Si estuvieses aún en estado de dar espectáculos al pueblo; si te hallases alojado en soberbios palacios; si continuase tu mesa siendo espléndida y magníficamente servida; si todo el mundo te mirase, cual én otro tiempo, como á su protector, y si aún gozases de toda suerte de prosperidades, ¿quién se atrevería á decirte que hay otra vida, y que solo ella puede hacerte feliz? Pero las adversidades te han enseñado más y mejor que todos los hombres lo hubieran podido hacer. Has visto por propia experiencia que los bienes de este mundo son inciertos y sujetos á mudanzas; y de ese ejemplo podremos servirnos en adelante para persuadir á otros.»

¡Ay! también yo, Señor, he pasado por las pruebas que el amigo de San Agustín. Cuando, como él, vivía en medio del mundo

y de la prosperidad, decia á la verdad muchas veces con Salomon, que todo es vanidad *omnia vanitas*. Pero solamente la afliccion es la que me ha hecho formar el mismo juicio de cada cosa en particular, y me ha obligado á decir sobre cada una: tambien esto es vanidad; *et hoc vanitas est*. Necesaria fué una hiel, aún más eficaz que la que abrió los ojos á Tobías, para curar la ceguera de mi alma. ¡Dichoso para siempre aquel dia en que la afliccion, rompiendo mis idolos delante de mi vista, me dijo como Daniel á los Babilonios: «mira, y considera si objetos tales son dignos de tus adoraciones.» Semejante á Jonás, no pensé eficazmente en llenar vuestros designios hasta que el dia, que me parecia más florido, fué para mí trocado por la tempestad en noche oscura!

Gracias os doy, Señor, por las enseñanzas que me habeis dado por medio de la afliccion; y porque desde que he entrado en vuestro servicio no habeis dejado de instruirme. Apenas paso algun dia sin sufrir. Unas veces es un desprecio que me hacen, y otras,

un derecho que me disputan. Entiendo, pues, más y más cada día que es necesario no aficionarse á nada en este mundo: que contar con los hombres es apoyarse sobre cañas huecas, que se rompen y hieren; y que no hay locura igual á la de aquellos cristianos que prefieren la esclavitud de Babilonia á la santa libertad de que se goza en Jerusalem. ¡Oh Jerusalem! si yo llegase á olvidarte por entregarme á las perversas alegrías del mundo; si colocase mi proteccion y mi confianza en otro que en el Dios poderoso y amable, á quien tú sirves (*Psalm. 136*), que mi lengua se pegue al paladar, y quede seca é inútil mi mano derecha.—Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este día á SAN JUAN NEPOMUCENO, ABOGADO DE LA HONRA, para que me enseñe á recibir desprecios y á perdonar las injurias, haciendo al Señor el sacrificio hasta de mi honra, si Él no tiene por bien que pueda vindicarla sin ofensa de la caridad.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria por los promovedores de esta devoción.—Aquí la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y UNO.

Una enfermedad grave hace al alma sóbria. (*Eclesiastico, 31.*)

¡Oh Señor! ¡Cuántos bienes me ha procurado el estado de humillacion en que me habeis puesto! (*Psalmo, 118.*)

Referia yo un dia mis aflicciones á una persona piadosa, que parecia tomar parte en ellas, y me escuchaba con paciencia. Pero habiéndole dicho, al concluir la relacion, que me parecia que si Dios me hubiese dejado mis bienes, mi empleo, mi situacion en el mundo, tal ó cual persona de mi cariño, ó la salud que he perdido, hubiera hecho mejor uso de estas cosas que otros muchos á quienes Dios se las conserva, «nó (exclamó ella entonces) ¡frivolos proyectos de vuestra imaginacion, pura ilusion de vuestro espiritu! El Padre que teneis en los cielos, sabe

los verdaderos medios de conservar á sus hijos en obediencia, y los emplea siempre para su mayor bien. El os conoce, y mejor que vos sabe lo que os es útil ó dañoso. El Señor, considerando la relacion que hay entre vuestras inclinaciones y esos diferentes bienes y ventajas que deseariais conservar, ha visto que no serian para vos sinó motivos de tanto mayor ruina, y os ama demasiado para no impedirlo. Por medio de estas aflicciones que os envia, y que se suceden unas á otras, evita muchos pecados y vuestra propia pérdida; cuida de quitar las causas para quitar los efectos. El único motivo porque deberiais desear honores, riquezas y salud, debería ser para servirle y agradarle; pero ¿seria este el uso que acaso hariais de ellos?»

Entonces reflexioné un poco sobre mí mismo; y examinando mis inclinaciones y conducta, comprendí que muy frecuentemente lo que nos parece dureza de parte de Dios para con nosotros, es, como dice Tertuliano, un particular favor que nos hace: *Quod sævissimum existimas, gratia est.* En efecto; una

buena salud me hubiera hecho bien presto olvidar, en medio de las diversiones del mundo, que por fuerte y robusto que fuese, podía en un momento dar conmigo en la sepultura. Tal es la inclinacion que siento á lucir y brillar, que bien pronto me hubiera excedido de los límites de la sobriedad y moderacion. La autoridad me hubiera hecho poco á poco altivo, inhumano y despreciador de mi prójimo. Cuando yo estaba en la cumbre del favor, ¿cuántos combates no tuve que sufrir contra la vanidad y el orgullo? Quizá por último me hubiera rendido á ellos. Reconozco que el estado de humillacion me es preservativo del pecado. Pues si con tantos medios como para mi salvacion me proporciona la adversidad; si separado, como estoy, de las ocasiones tengo tan poca virtud, y muchas veces me lleva mi inconsideracion hasta ponerla en peligro, ¿qué seria si Dios me hubiese dejado en medio de estos lazos, de los que aun la virtud más firme se libra con tanta dificultad?

«Dícese que la penitencia es como una sal,

que mantiene al alma en gracia de Dios; pues lo mismo se debe decir del dolor. Si fuera yo feliz segun el mundo, me aficionaria á las cosas de esta vida, y me haria semejante á aquel pueblo ingrato que abandonó á Dios, su Criador, y se apartó de Dios, su Salvador, porque habia sido criado, como dice la Escritura, y cebado en la prosperidad: *Impinguatus dereliquit Deum factorem suum, et recessit á Deo salutari suo* (Deut. 32). El infortunio mantiene aquella servidumbre dichosa á que debemos reducirnos con el Apóstol, para ser algun dia glorificados (1, Cor. 9). Por este medio se hace de nuestro cuerpo una hostia viva, que, segun el mismo Santo, debemos sin cesar ofrecer á Dios. Una vida de trabajos es una vida de sacrificios; y así es como ha de ser la vida cristiana. Los sacrificios son forzados, es verdad; pero la sumision los hace voluntarios. Si no estuviésemos en estado de afliccion, Dios no dejaria de exigirlos. ¿Y se los haríamos nosotros? Un hombre á quien consume insensiblemente una fiebre lenta,

¿puede mirar sus riquezas con apego? ¿En qué viene á parar la ambicion, cuando se ve uno abandonado de todos? Cuando la carne está subyugada por el dolor, hay ménos temor de que se rebele; y cuando el espíritu está cercado de pensamientos tristes y sombríos, ménos recelo hay de que le asalte tentacion criminal. Los frecuentes y violentos asaltos del espíritu tentador hacen que el alma se mantenga siempre alerta, como ciudad sitiada que redobla sus centinelas para impedir el asalto.

Los Santos dudaban mucho de perseverar cuando estaban algun tiempo sin aflicciones, y de ello se quejaban tiernamente á Dios. «¡Oh Dios mio! exclamaba, como dice Rufino, un virtuoso ermitaño (*in vita PP.*) ¡qué desgraciado soy! un año há que no sé lo que es enfermedad: ¿será acaso porque me habeis abandonado?» Sabian que la santidad no se aviene con gran salud y gran prosperidad, y que los trabajos ponen el alma á cubierto de las tempestades de las pasiones. Tal hombre, dice San Agustin, es un malva-

do en salud, y seria un Santo en enfermedad: *Scelerate sanus est, sanctius aegrotaret.* Rogaba un ciego á San Ubaldo que le restituyese la vista. «No, hijo mio, le respondió el Santo; recobrando la vista del cuerpo, perderias la del alma.» San Gerónimo dice que un solitario atormentado por una fiebre lenta, instaba al Santo Abad Juan el Egipciano para que le curase. «Vos quereis, le respondió, deshiaceros de una cosa que os es necesaria. Asi como el cuerpo se limpia por medio de los purgantes, asi el alma se purifica por las aflicciones.»

Señor, las cruces que Vos me haceis llevar, producen en mi favor contra los espíritus de las tinieblas, los dos efectos que produjo contra ellos la Cruz en que espirásteis. Confunden y ponen en fuga sus esperanzas. ¿Cómo han de poder ellos esperar que un corazon penetrado de dolor, se preste á las perversas inclinaciones que le inspiran, ni que yo ame á un mundo de quien no he experimentado sino ingratitud é injusticias? Dirijan, pues, en adelante sus tiros contra

los felices del mundo, tan fáciles de vencer; pero yo, que estoy armado con las cruces con que me honrais, y con las cuales me protegeis, léjos de temer sus ataques, me atrevo á provocarlos al combate. Cuanto más pesadas sean las cruces con que me cargueis, más bendeciré los socorros que me dais contra los poderosos enemigos que sin cesar maquinan mi perdicion. Y segun el consejo que fué dado á Heliodoro (2, *Machab.* 5), castigado por vuestros ángeles, miraré siempre mis aflicciones como otros tantos motivos de cantar vuestras alabanzas, y de rendiros acciones de gracias.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patronos de este día á los ilustres anacoretas SAN PABLO Y SAN ANTONIO ABAD, para que me enseñen las delicias de la soledad, me consuelen en el alejamiento de los hombres, y me obtengan que pueda abstraerme para con Dios, y perseverar, no solo en medio del bullicio del mundo, si-

no acallando el tumulto de mis propios afectos y pasiones.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria para los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

### DIA VEINTE Y DOS.

El Señor castiga á aquel á quien ama. (*Prov. 3.*)

Descarga sus azotes sobre los que recibe en el número de sus hijos. (*Hebr. 12.*)

Un pensamiento muy propio para consolarme en mis aficciones es el que frecuentemente se repite en los Libros Santos, á saber: que Dios es Padre; que no ejerce sus rigores con sus hijos, sinó porque los quiere corregir; que los ama á pesar de sus defectos, y no los castiga despues de sus faltas sinó por amor. Que si sus hijos llevan vida buena y arreglada, no por eso deja de usar con ellos alguna vez de severidad, ya rehusándoles lo que desean, y ya quitándoles

aquello que más estiman. Porque ve que aquello que es el objeto de su deseo ó de su afición, sería para ellos un verdadero mal, á causa de su poca experiencia, ó por razon del mal uso que de ello podrian hacer.

El amor humano adula al objeto amado, y es muy ingenioso en excusar sus defectos. No piensa sinó en procurarle distinciones, riquezas y placeres, sin examinar si las consecuencias serán ó no funestas. Un ciego guia á otro ciego (*Math. 15*): ¿á dónde irán á parar? Pero el amor divino es el solo amor sabio y prudente. Lejos de lisonjear y de excusar los defectos del objeto amado, trabaja y busca los medios de corregirlos. En los tesoros de su infinita misericordia echa mano de las afficciones más propias para obrar tan saludable efecto. En vano el objeto amado grita y vierte amargas lágrimas; Dios corta hasta lo vivo para procurar una curacion necesaria. Pero dia llegará en que se bese con reconocimiento esa mano que hoy parece severa.

Dios, que nos ama, no nos concede de

ninguna manera lo que puede sernos perjudicial. Nos rehusa, y muchas veces nos arrebatata tales ó cuales bienes, porque serian causa de nuestra perdicion. Su conducta es verdad que sorprende, pero á nosotros nos es ventajosa; además, es suya, y esto basta. Algun dia la comprenderemos y la colmaremos de bendiciones. Cuando enmedio de mis aflicciones me atrevo á quejarme de Dios y murmuro de él, soy semejante á un niño, que, no teniendo bastante razon para juzgar de las cosas que pueden hacerle mal, se quejase de que su padre le quitaba de las manos una espada con que pudiera herirse. Ea, pues; arrojémonos en brazos de nuestro Padre celestial, que sabe y cuida más y mejor lo que nos interesa, que nosotros mismos. Yo soy flaco, y tengo malas inclinaciones; no tendria valor para resistirlas si el enemigo me atacase. Pues bien; mi Padre, lleno de amor hácia mi, por medio de las aflicciones, me aparta de los peligros y precipicios. El Señor, como decia la esposa de Tobías el jóven (*Tob. 5*), no se alegra de vernos pade-

cer, sinó que lo permite, para que por este medio podamos llegar á conseguir la corona.

¡Oh Padre mio! Cuando yo vivia en medio de las alegrías criminales del mundo, Vos no me reconociais ya por hijo. Yo no advertia mi desdicha; pero me habeis herido con estos golpes de misericordia que despiertan las almas dormidas, y que han vuelto á traer á la casa paternal al hijo pródigo, indócil é ingrato. Dignaos, Señor, conducirnos siempre conmigo de este modo. Visitadme, segun la expresion de vuestro Profeta, por medio de la adversidad, á medida que viéreis multiplicarse mis infidelidades. No me castigéis como á aquellos pecadores de quienes habla el Apóstol (*Rom. 4*), á los cuales abandonais á los deseos desarreglados de su corazon; sinó castigadme, como á hijo vuestro, que se separa de su deber. Sí, Dios mio; cuando ejerceis sobre ellos vuestra venganza, es que os acordais de vuestra misericordia: y en los castigos, vuestro corazon conduce vuestro brazo.

¡Oh Dios mio! ¡qué decreto tan terrible

seria para mí si me dijéseris lo que en otro tiempo á la insensible Jerusalem por un Profeta (*Ezech. 16.*)! *Auferetur zelus meus á te, et quiescam, nec irascar amplius.* El celo que yo tenia por tu salvacion se resfrió ya, y se apagó: tú no serás ya en esta vida objeto de mi justicia.—Esta palabra me hace temblar, como hacia á San Bernardo. Porque si no soy ya objeto de vuestro celo y de vuestra justicia (*In cantic. c. 48.*), tampoco lo seré de vuestro amor: *Si zelus deseruit, et amor.* Soy indigno de ser amado, si lo soy de ser castigado: *Non amore dignus, qui indignus castigatione.* ¡Padre de las misericordias! yo os lo pido, si: os ruego que me castigueis tantas veces como lo merezca: *Volo irascaris mihi, Pater misericordiarum.*

Negadme ¡oh Dios mio! quitadme todo lo que pueda disminuir vuestro amor en mi corazón. A trueque de alcanzar el menor grado de aumento de este amor, estoy pronto, con el socorro de vuestra gracia, á hacer los mayores sacrificios. ¡Oh eterna sabiduría! mis luces ¿qué son delante de Vos sinó

tinieblas? Conducidme segun vuestros designios, y no segun mis deseos. Sean las que fueren mis repugnancias y las murmuraciones de la naturaleza, negad, purificad, cortad. Yo diré á todo y diré siempre: Mi Padre es el que hace todo esto; el mejor de todos los Padres; yo le amo en medio de su severidad. Es verdad que ignoro sus razones; pero las adoro, y le suplico que no me trate de otra suerte. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrona en este dia á SANTA MARÍA MAGDALENA, para que enseñándome á llorar mis pecados, me alcance un verdadero dolor de todos ellos, y el amor divino de que estaba abrasada.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave Maria por los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y TRES.

Los justos son probados en la tribulación, así como en el horno los vasos del alfarero. (*Eccl. 27.*)

El oro y la plata se prueban en el fuego; y aquellos á quienes Dios recibe en el número de sus siervos, en el horno de la humillacion. (*Eccl. 2.*)

Cuando pasaba mis dias en paz y en delicias, me era fácil bendecir al Señor, y decirle que le amaba. Pero quizá no amaba yo entonces á mi bienhechor sinó á causa de sus beneficios; semejante á aquellos amigos que no quieren de balde. En ciertos momentos de fervor, cuando todo prospera y vá segun nuestros deseos, entónces si que entonamos el cántico del amor divino. Entónces es el amor fuerte como la misma muerte; desafía á los peligros; vence las dificultades; las aguas más vehementes de la tribulacion no son capaces de extinguir sus llamas. (*Cant. 8.*) Pero ¡ay de mí! Apenas el Señor se encamina al jardin de su agonía, cuando

ya nos sobrecoge el sueño. Antes le habíamos dicho con el Principe de los Apóstoles, que estábamos prontos á seguirle á todas partes, aún á la muerte; y cuando se trata de dar testimonio de amor, caminando á su lado para subir con Él al Calvario, aún nos parece mucho seguirle de léjos.

En tiempo de afliccion es cuando debo más particularmente ejercitar mi amor para con Dios; semejante á las estrellas, que en medio de la oscuridad es donde mejor manifiestan sus fuegos. Dios, dice San Gregorio, me envia la afliccion como para preguntarme de su parte si le amo verdaderamente, y si ha sido sincera la protesta que le he hecho muchas veces de que no amaba sinó á Él. *Pœna interrogat, si veraciter quis Deum amat.* Porque si en mis infortunios murmuro contra su Providencia: si vuelvo mal por mal á aquellos de quienes se sirve Dios para affigirme; si abandono mis ejercicios de piedad porque no encuentro en ellos sinó sequedad y disgusto, ó porque Dios no me manifiesta oír las súplicas que le hago, de que

me libre de un trabajo ó de una enfermedad, ¿cómo tendré atrevimiento para decirle: Vos sabeis, Señor, que os amo! El amor de Dios se prueba por la entera sumision del entendimiento y del corazon á su voluntad, por costosa que parezca; por los sentimientos de paz y caridad para con los mismos autores de nuestros males, y por la constante fidelidad en hacer lo que Dios nos mande. Esta es la sabiduria y libertad verdadera.

Nunca resplandeci6 más el amor que Abraham tenia á Dios, que cuando se sometió á hacerle el sacrificio más duro para el corazon de un padre. Sobre la hoguera estaba ya Isaac, y levantado el brazo de su padre: «Basta, le dijo entonces el Señor, basta, ya no quiero otra prueba de tus sentimientos hácia mi: *Nunc cognovi quod times Deum* (Gen. 22). El demonio no encontraba nada de maravilloso en la santidad de Job, porque Dios le bendecia en todos sus proyectos: permiti6le Dios afligir á Job. ¿Á qué estado tan lastimoso no le redujo? Ninguna

otra cosa le quedó á Job de todos sus bienes que los lábios al rededor de los dientes, *tantummodo labia circa dentes*. Y Job se sirve de este último recurso para alabar á Dios en su más grande tribulacion, así como ántes en la prosperidad. Un Padre anciano del desierto decia á uno de sus discipulos que estaba enfermo: hijo mio, esta enfermedad, si eres de hierro, te hará perder el orin; si eres de oro, te probará y te purificará y te dará un nuevo lustre á los ojos de Dios; así bendicele y dale gracias.

Para Dios nada es necesario. Las reglas de la prudencia humana pueden hacer juzgar que este Rey, que aquel Prelado, ó Ministro, ó General son necesarios para hacer la guerra ó ajustar la paz; para salvar al Estado, ó para bien de la Iglesia. Para la union, para la prosperidad de una familia, tal vez se juzga indispensable la vida del padre, la de la esposa, la de ese hijo en quien se cifran tantas esperanzas. ¡Pobre prudencia humana! ¿Por ventura el Señor tiene ojos de carne, ó ve las cosas como

las ven los hombres? ¿Quién no habia de juzgar necesaria la presencia de Santo Tomás de Aquino en el Concilio general de Lyon, para el cual habia sido convocado? ¿De cuánto no hubiera servido en él, á juzgar humanamente! Pero el Señor lo quiso de otro modo. Estando ya en camino, le llamó para sí, y el Santo se desprendió de la vida sin exhalar ni una queja, ni un suspiro. ¡Oh alteza de los juicios de Dios! ¿Quién podrá comprenderos? ¿Quién nunca suficientemente alabaros y admiraros?

Pero un ejemplo de esta humildad y abnegacion cristiana es el mismo Jesucristo, nuestro Divino Modelo.

Vuestro divino Hijo ¡oh Dios mio! no tuvo otra señal más evidente para manifestar al mundo el amor que os tenia, que su sumision á los sufrimientos más duros y á la muerte más cruel. Esta fué la sola razon que dió á sus Apóstoles de su apresuramiento por ir al Huerto de las Olivas, para comenzar allí á sufrir los dolores que debia padecer durante el curso de su Pasion: *Ut*

*cognoscat mundus quia diligo Patrem, surgite, eamus* (Joann. 14). Su ejemplo será de aquí en adelante la regla de mi conducta; y el motivo que le animaba, todo mi consuelo en mis males. ¡Oh Dios mio! ¡á qué estado tan desgraciado habeis permitido que yo llegue! ¿Puede haber angustia más natural, ni más justa que la mia? Pero yo me someto á ella, porque os amo.

Me habeis quitado cuanto más amaba en la tierra. Pero vuestro era antes que mio: Vos me lo disteis, Vos me lo quitais: ¡sea bendito vuestro nombre!

¿Tendré que vivir aún largo tiempo sobre esta cruz? ¿Habré de morir en ella? Pues contento estoy con lo que ordeneis; porque os amo. Asi tendré sobre mi cruz la ventaja de que mi amor por Vos será más puro. En las obras de piedad, y aun en las mismas prácticas de austeridad, si no se ejercitan con cuidado, se busca uno frecuentemente á sí mismo, y se encuentra ántes que á Vos. Pero sobre mi cruz estoy en estado de inmolation; y reducido á Vos solo, colocaré toda

mi gloria en vivir y morir victima vuestra.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este dia AL ANGÉLICO DOCTOR SANTO TOMÁS DE AQUINO, para que nos enseñe la verdadera sabiduria, el temor santo del Señor, fuera del cual todo saber es vanidad y afliccion de espíritu.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Aquí la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y CUATRO.

Todo ha sucedido como ha sido del agrado de Dios. Sea bendito el nombre del Señor. (*Job. 1.*)

Dios es dueño y Señor absoluto: pues hágase todo segun fuere, más conforme à su santa voluntad. (*1. Reg. 5.*)

Nada se hace sobre la tierra, sino por voluntad ó permission de Dios. ¿Qué otra cosa veo yo en el orden de las estaciones, y en

los diversos acaecimientos de la vida, sinó la voluntad de Dios que se cumple? Él nos ha dicho, que es Él quien ha hecho las tinieblas y la luz, la dicha y la desgracia (*Amos. 5, Eccli. 11*). Un solo cabello de mi cabeza no puede caer sin orden suya (*Matth. 10*). Mis enemigos, pues, nada podrian contra mí si no se les hubiese permitido de lo alto: *Nisi datum esset desuper* (*Joan. 19*). Dios es quien permite que me roben los bienes, y quiere la pérdida de mi libertad, de mi tranquilidad, de mi salud y de mi reputacion. Pero yo debo poner toda mi confianza en decir con Job, que desde la opulencia, vino á la mayor pobreza; ó con Heli, á quien anunciaban grandes desdichas: ¡bendito sea el Señor! Yo me someto á todo lo que ordena: Él es mi Señor, á mi me toca obedecer y adorarle.

Cuando estoy affligido, y la voluntad de Dios es contraria á la mia, el espiritu tentador me induce á prorrumpir en quejas y murmuraciones; pero ¿qué ventajas saco de esto? Las quejas y las murmuraciones son

indicio de un espíritu rebelde y de un corazón indócil. ¿No debo, pues esperar á que Dios me consuele y me sostenga? Pero aunque tenga á bien prolongar mi dolor; si Él no me socorre, ¿á quién podré recurrir? La voluntad de Dios se ha de cumplir por más que yo me resista. Si contra mi voluntad sufro, sufriré sin embargo; pero sufriré como un réprobo, que se condena, en la misma situacion, aunque con tan distinto resultado, en que tantos otros, expiando sus culpas, granjean los mayores méritos, se hacen cada dia más agradables á los ojos del Señor, y hallan un verdadero consuelo con decir: «Padre nuestro, que estás en los cielos, HÁGASE TU VOLUNTAD.» Dios me hiera, es cierto; pero de la mano de tal Padre ¿pueden venir golpes que no me sean saludables? Pues ¿cómo tengo valor para murmurar? «¡Señor, decia David, Vos me habeis expuesto á los insultos de los insensatos (*Psal.* 38); pero yo callé: no he abierto mi boca para quejarme, porque érais Vos el que me heriais!»

Si tuviese yo esta perfecta sumision, gozaria de la felicidad de los justos sobre la tierra, que, como dice San Pablo, no consiste en comer y beber (*Rom. 14*), sinó en la justicia, en la paz, y en la alegría en el Espíritu Santo. Esta sumision establece nuestro contento y regocijo en el de Dios. Se reciben las aflicciones como un favor, á causa de la mano que las envia. Una disposicion tan santa quita todo lo que puede alterar la paz del alma. Los justos, decia Santa Catalina de Sena, se parecen á Jesucristo, que jamás pudo perder la bienaventuranza de su alma por grandes que fueron sus penas. Del mismo modo, cualquiera que sea la adversidad que sobrevenga á los justos, el cumplimiento de la voluntad de Dios es siempre para ellos un motivo de alegría. Severo Sulpicio refiere de San Martin, que no le vió jamás ningun movimiento de pesar, y sí mucha alegría. Y era porque todo lo miraba como enviado por Dios.

Si el espíritu tentador no me incita á las murmuraciones, al ménos me induce á

examinar la razon que Dios puede tener para affligirme; quisiera persuadirme á que dijese lo que él á Adan: *¿Cur præcepit Deus? (Gen. 3.)* ¿Porqué ha querido Dios probarme de esta suerte? ¿Porqué me ha puesto en esta situacion tan critica y delicada? ¡Pero no! viviendo bajo la mano de mi Dios, que es la equidad misma, nada tengo que decir sino lo que decia David, ultrajado por Semei! *Præcipit (2, Reg. 16)*, Dios lo quiere, Dios lo permite. No quiere el pecado de Semei, que me carga de maldiciones; pero lo permite, pero quiere mi affliccion. Y ¿cuál es el hombre tan temerario que pida á Dios cuenta de su voluntad?

¡Qué! Cuando Dios me dice: Quiero que pierdas esas esperanzas que te lisonjean, que tu cuerpo gima bajo el peso de esa enfermedad habitual; ó que te armen ese pleito, que te dará vivas inquietudes, ¿me atreveré yo á preguntarle, porqué se conduce así conmigo? ¿Ó esperaré á que me conteste, para someterme á su voluntad? Mas si un hombre á quien inspira la sabiduría, parece que no

puede querer nada que no sea bueno, ¿qué debo pensar de Dios, que es la misma bondad y sabiduría? Para asegurarme de que una cosa está bien hecha, ¿no basta que Dios la ha hecho? ¿No conservaré idea de la sabiduría infinita, encerrada en la idea que debo tener de Dios, sino cuando todo va y me sale según mis deseos? ¿Le trataré como los paganos á sus dioses; que, como dice Tertuliano, los despojaban de su divinidad cuando los miraban como autores de sus desgracias? Los servidores del mundo se someten ciegamente á todos los caprichos del mundo, por ásperos que sean; ¡y solo de Dios y por Dios no querré sufrir nada, sin que primero averigüe cómo y porqué quiere que padezca!

... Acepto, pues, oh Dios mio, con toda sumision todas las adversidades que me enviáis; las recibo con reconocimiento, persuadido de que viniendo de Vos, son para mi bien. Adoro vuestros designios sobre mí, aunque no siempre los comprenda; porque sé que queriendo mis aflicciones quereis mi salvacion, mi perfeccion y vuestra gloria.

¿Acabarán presto mis trabajos? ¿Durarán aún largo tiempo? No pretendo saberlo. Contento con lo que Vos quereis, no fundo mi dicha sobre los bienes de esta vida, aunque naturalmente los deseo; sinó sobre el cumplimiento de vuestra voluntad.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este día á SAN JUAN BAUTISTA, PRECURSOR DEL MESÍAS, y glorioso mártir del escándalo; para que me consiga del Señor el esfuerzo necesario para el cumplimiento de mis deberes, arrostrando las amarguras, compromisos y peligros.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria por los que promuevan esta  
devoción.—Luego, la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y CINCO.

¡Qué! ¿no beberé yo el cáliz que mi Padre me ha preparado? (Joann. 18.)

Padre mío, hágase tu voluntad, y no la mía. (Luc. 22.)

Uno de los Apóstoles queria disuadir á Jesús de que bebiese el cáliz de su pasion. «¡Qué! le contestó, ¿mi Padre me envia este cáliz, y yo rehusaré beberlo? Al contrario; ahora más que nunca le acreditaré mi amor, sometiéndome á su voluntad.»

No habla el Señor ni una sola palabra de Judas, que le entrega á sus enemigos, despues de haber sido del número de sus más íntimos amigos; ni de los fariseos envidiosos, que han conseguido sus fines en las conjuraciones formadas contra su Persona, ni de los judios ingratos, en beneficio de los cuales ha curado enfermos, dado vista á ciegos, y resucitado muertos, y que sin embargo piden su muerte. Sabe muy bien que lo que

hacen por envidia ó por ódio, lo ha ordenado el Padre Eterno para la redencion de los hombres. No considera el Señor sinó esta voluntad adorable, y con esto le basta. Mande su Padre lo que quisiere, este ó el otro género de suplicios, de ignominias ó de muerte; mande y disponga, cueste lo que costare. Él no pide ni quiere sinó el cumplimiento de la voluntad de su Padre.

Hé aquí el modelo que me propongo seguir en mis aflicciones. ¿A donde irán á parar, si tal no hiciese, todas las reflexiones que hago sobre la inconstancia, ingratitude ó injusticia de los hombres, que me faltan en mis necesidades, y me hacen, á lo que creo, tanto mal como yo los he hecho bien; sobre la diferencia que hay entre el estado en que hoy me veo, y la prosperidad y fortuna de que he caido; y sobre la duracion de una pena á la cual no encuentro ni remedio ni fin? Levantaré los ojos al Cielo: el cáliz que tengo de beber, me viene de mano de Dios. Si hubiera querido apartar de mí esta afliccion, lo hubiera hecho.

Cuando no lo ha ejecutado, es porque no quiere. Y siendo así, ¿qué tengo yo que hacer sinó resignarme á su voluntad? ¿Le representaré acaso que es injusta? ¿que ignora lo que es útil ó necesario? ¿ó que me impone sacrificios superiores á mis fuerzas? ¿Me atreveré á decirlo? ¿Tendré valor ni aun para pensarlo?

Dios es mi Padre, y un Padre que me ama. Ni quiero, ni puedo dudarle. ¿Cuántas pruebas visibles no me ha dado de su amor? Pues bien, Él es quien me dice: «Yo soy, hijo mio, el que te envia esta enfermedad, esta pena, esta pérdida de bienes, y quiero que las sufras por mi amor. Si tú fueses árbitro de tu conducta, te perderias sin remedio. Abandónate á mí, que yo te amo más de lo que piensas; y cuanto mayor es tu afliccion, tanto mayor es el cuidado que tengo de tí.» ¿Por ventura no me habla Dios de esta suerte, por la voz de la fé y de la gracia, cuando padezco? Pues aun cuando lo que de mí exige, fuera la cosa más penosa del mundo ¿no deberia yo someterme voluntariamente y te-

nerme por muy feliz, en hallarme en el estado en que ha querido colocarme, y en el que puedo servirle y agradarle?

¡Oh Dios mio! HÁGASE TU VOLUNTAD, y no la mia: *Non mea voluntas, sed tua fiat*. Me avengo á sufrir todo lo que querais; como Vos querais; tantas veces, y por el tiempo que querais. Vos me disteis la salud y la paz. Vos me las habeis quitado; ¡bendito sea por todo vuestro santo nombre! Vos os habeis servido de mis enemigos para quitármelas; atraedlos por vuestra gracia á vuestro amor; y Vos, Dios mio, ¡bendito seais en todo, y para siempre! Cuando pienso en la negrura y multitud de agravios é injurias que se me han hecho, la naturaleza se rebela dentro de mí, y digo con David perseguido por su propio hijo, y vendido por Achithophel (*Psalm. 54*). ¡Si á lo ménos fuera un enemigo declarado el que se ha valido de semejantes medios para perderme, hallaría más soportable mi desdicha! Pero no: aparto de mi espíritu esta idea. Por grandes y penosos que sean mis males, veo, adoro, y amo en

ellos vuestra voluntad; y á ejemplo del mismo Santo Rey, por la tarde, por la mañana, al medio dia, y á todas horas, cantaré vuestras alabanzas. En todo y por todo descansaré en vuestro cuidado, y nada me faltará: que si alguna vez abandonais al justo á la tempestad, luego le volveis á la calma y seguridad del puerto.

Haced, ¡oh Padre mio! por vuestra gracia, que no sepa yo querer ni no querer sino lo que Vos queráis; porque me trae mil ventajas ligarme de tal suerte á Vos, que no funde en otro mi esperanza (*Psalm. 71*). ¡Ay de mí! yo lo confieso: si en mi mano estuviese la eleccion de trabajos, escogeria siempre el más ligero. Pero no: que sea la mano de mi Padre la que me crucifique: la cruz que Vos me envieis, será, tal vez, la más dura á mis ojos; pero tambien la más conveniente á mis necesidades, á mi perfeccion, á mi salvacion. Si me consultase á mí mismo, quisiera mejor las penas del cuerpo que las del espíritu; una enfermedad aguda de algunos dias, que enfermedades habituales. Preferiria que

empleáseis para conducirme al Calvario y crucificarme, á otras personas que me fuesen ménos queridas; que no fuesen las que debieran labrar mi felicidad, y á quienes he hecho los mayores bienes ó servicios y aún sacrificios. Pero, Señor, hágase en todo, no lo que yo quiera, sino lo que Vos queráis: *Non quod ego volo, sed quod tu.* (Marc. 14.) Y no solamente, con el socorro de vuestra gracia, quiero lo que Vos quereis, sino que lo quiero con todas las circunstancias y de la manera que Vos lo quereis. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este dia á SAN JUAN APÓSTOL Y EVANGELISTA, discipulo predilecto del Señor, para que en medio de nuestros infortunios, nos consiga algun destello del divino amor y celestiales consuelos, que bebió en el seno de su MAESTRO.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y SEIS.

— Si sufrís con paciencia, grangeáis méritos para con Dios. (1, Petr. 2.)

Revestíos, pues, de dulzura y de paciencia, como elegidos, santos y bien amados del Señor. (Coloss. 3.)

¡Si yo supiera sufrir; si quisiera saberlo y hacerlo;—(pues en esto, contando con el auxilio de Dios, lo que no se puede es lo que no se quiere)—¡cuántos méritos podría atesorar con mi suerte, con mis padecimientos, con mis infortunios!

El mérito que se grangea, sufriendo con resignacion, es tan grande en la presencia del Señor, que San Juan Crisóstomo no vacila en igualarle con el de los Mártires: *Non est inferior lingua martyrum.* (Hom. 8, in epist. ad Coloss.) San Gregorio dice tambien, que para ser mártir no es necesario el hierro y el fuego. Mártir verdaderamente es aquel que en sus tribulaciones conserva toda su paciencia: *Sine ferro et flamma martyres esse*

*possumus, si patientiam veraciter conservamus.*  
 (Lib. 1, *Diálogo*.) San Juan vió muchedumbre  
 innumerable de personas de todas naciones,  
 que llevaban palmas en las manos; no sola-  
 mente las llevaban los mártires, sinó todos  
 los que habian sufrido grandes tribulaciones:  
*Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna.*  
 (*Apocal. 7.*) Por lo mismo, sea la que quiera  
 la diferencia entre un acto de caridad que  
 conduce á dar la vida por Jesucristo, y el  
 que impele á la práctica de una virtud he-  
 róica con el fin de agradarle, á ambos cor-  
 responde el mismo grado de gloria esencial.

¡Espectáculo por cierto admirable, y que  
 enagena y arrebatata el alma, será el de un  
 mártir que publica las grandezas y las mise-  
 ricordias de Dios, desde el potro sobre el  
 cual la crueldad le atormenta! Pero no mén-  
 nos digno de admiracion es el que da un cris-  
 tiano á quien dolores agudos tienen, digá-  
 moslo así, clavado en el potro de la cama  
 meses enteros, y que conserva siempre la  
 misma tranquilidad y la misma sumision á  
 la voluntad de Dios. Nada hay más horrible

que el suplicio del fuego; pero, á lo ménos, es corto. Pero ¿qué suplicio el que padece un cristiano que, ultrajado, humillado, perseguido por todas partes, se ve obligado á sofocar sin cesar las llamas del ódio y de venganza que, á pesar suyo, se levantan dentro de su alma, y quisieran salir á fuera! La victoria que consigue un mártir, es ciertamente muy gloriosa, pero en fin, como dice San Cipriano, no le cuesta, de ordinario, sino algunos momentos de combate. (*Lib. 2, Epist. 9.*) Mas el cristiano que tiene que combatir, sin cesar, con sufrimientos que no sabe cuando acabarán, gana todos los dias por nuevas victorias nuevas coronas: *Semet vincit qui statim patitur; at qui semper manens in pœnis congregitur cum dolore, nec vincitur, quotidie coronatur.*

Un mártir, á la verdad, da gran gloria á Dios. Pero ¿qué gloria no le da tambien el hombre paciente, que no dice lo que debe callar, se explica siempre de manera que da á conocer que perdona, y léjos de dejarse abatir por las repetidas pruebas del Se-

ñor es fiel á sus ejercicios de piedad en todo cuanto su estado le permite? Un hombre de esta clase hace por su conducta la apología de la providencia de Dios, y del poder de su gracia. Los que le contemplan dicen, llenando al Señor de bendiciones, que en efecto no puede dudarse que su yugo es dulce y suave, pues que así se besa la mano del que le impone. Los idólatras aprendían á conocer al verdadero Dios, tanto por la paciencia que manifestaban los Apóstoles en medio de las persecuciones, como por los prodigios que obraban. Así se entiende cómo San Pablo no da sino el segundo lugar á los prodigios, cuando habla de las señales por las que se debe conocer y distinguir al que es enviado de Dios: *In omni patientia, in signis et prodigiis.* (2, Cor. 12.) «Id, decía al célebre Anacoreta Abrahan, el Obispo que le enviaba á predicar el Evangelio á los infieles, id; convertid á ese pueblo por vuestra dulzura en medio de las penas y trabajos, más que por cualquier otro camino.»

Vos mismo, Salvador divino, habeis atraí-

do al universo á vuestro amor, más por la virtud de vuestra Cruz, que por vuestra predicacion. ¡Oh! ¡y de cuánto consuelo es para mí el pensar que puedo ser tan agradable á vuestros ojos en este lecho de dolor en que me teneis, como si por la fé fuese extendido sobre un potro! Quisiera tener suficiente salud para ir á trabajar en gloria vuestra en ejercicios de celo; y Vos quereis que os glorifique en el de la paciencia. ¿Qué importa la manera con que contribuya á vuestra gloria, con tal de que contribuya en efecto? No quiero glorificaros ni hacerme santo sinó por los medios que Vos escogiereis; lo que os pido es la paciencia necesaria, para que haciendo vuestra voluntad, reciba el efecto de vuestras promesas. (Hebr. 10.)

¡Jesús mio! que quisisteis en esta vida, como dice Tertuliano, saciaros del placer de la paciencia: *Satiari voluptate patientiæ* (in lib. de Pat.) bien sabeis cuán incapaz soy por mi mismo de sufrir, ni de padecer en paz: facilitadme, pues, por vuestra gracia,

lo que naturalmente me es imposible. Gracias os doy por tantas penas como sufristeis con tanta paciencia por mi amor. Quiero, segun la expresion del mismo Padre, pagáros, practicando esa misma paciencia de que me disteis tan grande ejemplo. *Amemus patientiam Christi; rependamus illi quam pro nobis ipse dependit.*

Pues tú, Señor, mueres sobre la Cruz <sup>(1)</sup>, yo tambien quiero morir en ella contigo; y pues mueres Tú por salvarme, justo es que muera yo de dolor de corresponder tan mal á tanto amor. Llévame contigo en esta hora, que estoy lleno de fé, de amor y de esperanza; que creo en tí, que espero en tí, que te amo como á mi Redentor. ¿Qué puede ofrecerme ya este torpe suelo, que no sea escoria, comparado con las moradas que allá tienes preparadas á tus fieles? ¿Qué satisfacciones he de hallar en adelante en los afectos humanos, cuando Tú me has hecho gustar

(1) Este último párrafo es del sábio y virtuoso Sr. D. Juan Nicolás Bohl de Faber.

de la fuente del amor divino? O ya que no quieres alzar mi destierro todavía, dame tu gracia, para que dando de mano á los halagos del mundo, arrostre sereno las tribulaciones, y tenga de continuo presente que por el camino por donde tú fuiste, quieres que vayan tus escogidos: la senda de la Cruz es el atajo para la Gloria.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este día AL ÁNGEL DE LA PUREZA SAN LUIS GONZAGA, para que de los bienes de esta vida goce, obedeciendo á Dios, y en los males porque me llevan á Él.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria, por los que promueven esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y SIETE.

Pensad siempre del Señor de una manera conforme á su bondad. (*Sap. 1.*)

Bien sabe el Señor el lodo de que nos formó, y siempre tiene presente que no somos más que polvo. (*Psalm. 102.*)

¿Porqué me figuro yo que pierdo todo el fruto que puedo sacar de mis aflicciones, solo porque no puedo sufrir algun vivo dolor ó pena, sin dar exteriormente alguna señal de impaciencia, aunque solo sea involuntaria? Cuando así pienso, sin duda que no pienso de Dios de una manera conforme á su bondad. Conociendo el Señor, dice el Profeta (*Psalm. 102*), la materia de que nos ha formado, usa con nosotros de la misma compasion y ternura que un padre con su hijo. Un buen padre no gradúa de falta en sus hijos lo que sabe ciertamente que no viene de su voluntad. Dios, paciente, porque es eterno, no estalla todos los dias contra los que

se atreven á ofenderle. ¿Y castigará á los que, léjos de querer esto, no quisieran sentir dentro de sí mismos nada que se opusiese á su divina voluntad? Siendo lleno de equidad, ¿cómo habia de exigir de mí nada imposible?

No, no: la repugnancia y la sensibilidad natural no me hacen desagradable á los ojos de Dios; antes bien me dan ocasion de merecer. Suprimid la repugnancia, la sensibilidad, y el dolor; y no habrá combate; ni, por consecuencia, tampoco mérito. Cuando se dice que los Santos se hallaban contentos en la tribulacion, no se quiere decir que fuesen insensibles. Lo que se pretende es exhortarme con su ejemplo á sobrellevar con valor y con aquella alegría sobrenatural que la gracia inspira (cuando la llamamos en nuestro auxilio, y somos dóciles á su voz), la repugnancia natural á las penas del espíritu, á fin de hacer á Dios más grandes y más generosos sacrificios. Un cristiano acaba de recibir una afrenta terrible de otro, de quien acaso solo debia esperar agradecimiento; le es sumamente sensible: nada hay en esto

que deba sorprender. Pero supongamos que tolera esta afrenta con tanta paciencia, que casi podría decirse que es insensible. Pues preciso es que sea de virtud eminente; y ninguno puede llegar á comprender la recompensa que le prepara en el Cielo Aquel que tiene prometido no dejar sin premio un solo vaso de agua que demos en su nombre.

Tampoco debo mirar como faltas graves impaciencias repentinas que me arranca la vivacidad del dolor, ó que se escapan á mi fragilidad cuando sube la marea de la tribulacion, es decir, cuando esta se acrecienta hasta llegar á su colmo. El hombre, aunque sea cristiano, al cabo no es ángel; y muchas veces la carne y la sangre le ofuscan contra su voluntad, el entendimiento y el corazón. Esto puede y debe humillarme delante de Dios, que ve en mi tantas miserias; debe obligarme á decir con el Apóstol, pensando en la feliz morada de la eternidad: ¡qué pobre y miserable soy! ¿quién me librará de este cuerpo mortal? (*Rom. 7.*)—Pero no siendo Dios ofendido, porque solo la volun-

tad puede ofenderle, y cuando, además, al amor unimos la humildad, ¿de qué podré yo turbarme? Lo mismo digo, y aun con más razon, de esos profundos gemidos que se me escapan á veces, cuando recibo la noticia de la muerte de una persona tiernamente querida, ó que me era muy necesaria, por mi escasez de medios; ó de los gritos en que prorumpo en lo más vivo de una enfermedad aguda; gritos y gemidos que son únicamente ecos de mi pobre humanidad, y no del despecho, de la cólera, ni de algun otro principio vicioso.

Veó en la Escritura que Job hacia á los que le visitaban, una pintura muy enérgica de sus males: y á la verdad que bien da á entender cuánto padecía. Sin embargo, el Espiritu Santo asegura en tres ó cuatro lugares del libro que lleva aquel nombre, que de ninguna manera faltó al respeto y á la sumision que debia á Dios. Tampoco Santa Teresa ofendia á Dios, cuando en medio de gran afliccion exhalaba aquellas quejas de que habla la misma Santa. Se dice de

Santa Catalina de Génova, que algunas veces, en la violencia de sus dolores, prorumpía en los más desaforados gritos; pero que siempre los acompañaba con actos generosos de un alma que bendice á Dios por todo, y no quiere sinó que se haga su voluntad santísima. No exige Dios de nosotros que imitemos á aquel solitario que hacia tranquilamente soguilla de esparto, mientras le cortaban una pierna. Dice con este motivo San Juan Crisóstomo: «*Lingua clamet, sed cor amet.* Pida la lengua perdon, con tal que ame el corazon.»

¡Oh Jesús! ¡oh Señor mio! Vos mismo nos habeis manifestado en el Huerto de las Olivas, por la súplica que hicisteis á vuestro Padre de que apartase de Vos el cáliz de vuestra pasion, que mi repugnancia natural al dolor no me hace faltar, sinó ántes bien es para mí nuevo motivo de merecimiento, si sé permanecer enteramente sometido á Dios. Aunque Vos, Señor, hicisteis aquella súplica á vuestro Padre, sin embargo, no teniais una voluntad eficaz de evitar la muerte: estábais

determinado á morir; pero queriais darme á entender que si vuestra Divinidad, que daba infinito precio á vuestros sufrimientos, no os quitaba el sentimiento; yo, que no soy sinó flaqueza y miseria, de ninguna manera debo sorprenderme de que los míos me parezcan tan sensibles.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrona en este día á SANTA BÁRBARA, sacrificada por su mismo Padre; para que aprenda yo á sobrellevar los golpes que por venir de personas de mi mayor cariño, ó por su naturaleza, hieren más honradamente mi corazón.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y OCHO.

Recurrid á mi en el tiempo de la tribulacion, y yo os libraré de ella. (*Psalm. 49.*)

Porque me invocasteis en vuestra afliccion, yo la alejé de vosotros. (*Psalm. 80.*)

Ninguna cosa más frecuente en los libros santos que convidarnos el Señor á implorar su socorro en nuestras aflicciones, para que consigamos que nos libre de ellas. Dios, bien al contrario de los ricos y de los grandes del mundo, no teme bajarse, descendiendo hasta nosotros, para oír nuestras súplicas. Como sus miradas caen sobre el último y más pequeño grano de arena, igualmente que sobre las más altas montañas, y tiene tanto cuidado de los lirios del campo como de los cedros del Líbano; del mismo modo escucha las súplicas que le hace el hombre más despreciable, y los conciertos de alabanzas de los Angeles.

Yo no he visto á ningun rico quejarse de

que los pobres no vayan á exponerle sus necesidades y miserias; y Dios se queja en la Escritura de que los hombres no se cuiden de ello, ni procuren pedirle alivio y consuelo. Léjos, pues, de que pueda temer ofenderle presentándome ante Él para manifestarle mis penas; sinó le hablo de ellas, se ofende; porque el no hacerlo es indicio, ó de no reconocerle por lo que es, ó de no tener en Él la confianza que debo. El Señor sabe bien el estado de humillacion en que estoy, *Scio tribulationem tuam* (*Apoc. 2*); pues que Él mismo es quien la ha permitido: *Afflixite*. (*Nah. 11.*) Pero si mi confianza no se lo dice, me castiga, conduciéndose conmigo como si efectivamente nada supiese. Bien sabia Jesús lo que deseaba el ciego de Jericó; pero si nada le hubiese pedido, nada hubiera alcanzado. Ni se dió por entendido de que Lázaro adolecía de enfermedad mortal, hasta que sus hermanas le rogaron que fuese á visitarle.

Dios no derramó sus bendiciones sobre el matrimonio de Tobías y Sara, sinó despues

que ambos se lo rogaron repetidas veces por medio de la oracion. El Profeta nos hace en el Salmo 106 una pintura bien lastimosa de las calamidades que los israelitas padecieron en el desierto y en sus diferentes cautividades, y allí se ve que siempre debieron á la oracion el fin de sus trabajos. Daniel oró en el lago de los leones: Manasés en su prision: Ezequías sobre su lecho de dolores; y Dios los oyó. Job ruega sobre el muladar en que estaba cubierto de llagas, y Dios le da el doble de lo que el demonio le había robado. El Centurion, el Leproso, la Cananéa, y la mayor parte de los que obtuvieron curaciones milagrosas, las consiguieron por la oracion.

Tampoco es necesario que explaye mis súplicas en largos discursos. Jesús me dice expresamente por San Mateo, que no debo imitar en esto á los paganos. Lo que Dios exige de mí para concederme lo que le pido, es que le ruegue con humildad, atencion, confianza y perseverancia. Fuera de que en el dolor y la angustia, son imposibles las lar-

gas súplicas; y apenas si es uno capaz entón-  
ces de otra cosa que de frecuentes aspiracio-  
nes del corazon hácia Dios. Aquellas pala-  
bras que Jesús decia y repetia en el Huerto;  
«Padre mio: si es posible, pase de mi este  
cáliz; pero no obstante, hágase vuestra vo-  
luntad y no la mia:» estas solas palabras  
encierran todo cuanto puede hallarse en los  
libros de devocion; lo más respetuoso y pro-  
pio para atraernos la gracia de Dios. Tam-  
poco es necesario que mis lábios las pronun-  
cien; basta que broten del corazon. Al cora-  
zon escucha Dios; al corazon es al que prin-  
cipalmente mira: *Dominus autem intuetur*  
*cor.* (1, Reg. 16.) Ana rogaba en su corazon,  
dice la Escritura, cuando en la angustia de  
su esterilidad pedia á Dios un hijo, que en  
efecto le concedió, y fué el célebre Samuel.

¡Cuán diferente amo sois, Dios mio, de  
los amos y señores que hay en la tierra!  
Cuando tengo alguna cosa que pedir á los  
Reyes ó á los poderosos del mundo, tengo  
que tomar muchas precauciones. No todos los  
días, ni á todas las horas se les halla: es ne-

cesario arte y talento para hacer valer con ellas las súplicas; si son reiteradas, los importunan. Pero, Vos, Señor, en todo tiempo y en cada momento estais pronto á escucharme. Basta que uno esté en necesidad, para que nada tenga que temer en pedirlos. Queréis y nos mandais al mismo tiempo perseverar en nuestras súplicas. La oracion más corta, dirigida con rectitud y sencillez de corazón; el elevar éste hácia Vos, os hacen conocer en un instante lo que deseamos, y han conseguido muchas veces vuestros más preciados favores. Infinito es el tesoro de vuestras gracias, y ninguna cosa os es más agradable que el que os pidamos lo agoteis en nuestro favor. ¡Oh Dios mio! Si en esto veo cuánto merecis ser amado, tambien conozco que sois el solo grande, el solo poderoso, el único en quien debo colocar toda mi confianza.

*Aqui el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este dia á SAN FRANCISCO DE BORJA, que no quiso servir á

amo que pudiese morir, para que, desprendido por su intercesion mi corazon de quanto es mundano y perecedero, se fije solo en la verdadera Pátria, en el Cielo.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de  
esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

## DIA VEINTE Y NUEVE.

Pedid y recibireis. (Joann. 16.)

Todo el que pide, recibe. (Luc. 11.)

He pedido y suplicado á Dios que me libre de la afliccion, que de algun tiempo á esta parte me hace derramar tantas lágrimas. Le he pedido esta gracia con constancia, y nada he omitido, á mi parecer, para que mi súplica fuese acompañada de las cualidades necesarias. Y sin embargo, no cesa de ninguna manera mi afliccion. Acaso, proviene esto de que si Dios me librase de ella, caeria en otra mayor todavía. Muchos han deseado

salir de la oscuridad en que Dios los tenia, por llegar á posicion elevada: y si lo han conseguido, sólo ha sido para caer ignominiosa y estrepitosamente: otros han gemido durante algun tiempo en la indigencia, y cuando llegaron á ser ricos, fué para su desdicha. No sabemos lo que pedimos. *Nescitis quid petatis*. Raquel no hubiese perdido la vida en la primavera de sus años, si hubiera permanecido estéril: y el hijo pródigo no hubiera llegado á tal pobreza, si no hubiese tenido grandes bienes.

¿Y quién me ha dicho á mi que si Dios me librase de esta afliccion, ó me concediese bienes, esto no perjudicaria al gran negocio de mi salvacion eterna, ó á lo ménos á mi perfeccion? Hay cristianos, dice San Salviano, á quienes Dios aflige habitualmente con enfermedades corporales: porque vé que si gozasen de salud, harian mal uso de ella: *Si sani erunt, sancti non erunt (de Provid.)* Permite que otros sean sin cesar objeto de la contradicción de los hombres, para que aprendan á no poner su confianza en las criaturas.

y se vean obligados á decir con el Profeta: ¿En quién pondré yo al presente mi confianza?—Sólo en Vos, ¡oh Dios mio!

Pero á lo ménos debo estar seguro de que si despues de haber orado á Dios con humildad y confianza, no me concede lo que le pido, me dará alguna otra cosa que me será más útil. Porque al fin, las promesas de Aquel que es la misma Verdad, no pueden faltar; y el Señor tiene prometido dar á todo el que le pida. José pidió sin duda á Dios que le concediese el salir de la cárcel inmediatamente que le pusieron en ella; y sin embargo Dios permitió que permaneciese allí largo tiempo, porque queria hacerle salir de ella con mucha mayor gloria que hubiera salido al principio. ¿Y diremos por ventura que no fué oido José? San Pablo fué atormentado con una tentacion de mucha humillacion para un Apóstol: pide á Dios con insistencia le libre de ella; y no obstante, la tentacion continúa. Pero porque ora á Dios, y no cesa de pedirle, Dios le concede su gracia, con cuyo socorro logra continuas victorias sobre el enemigo.

y allega tesoros de méritos para el Cielo: se juzga escuchado en su oracion.

Jamás olvidaré lo que en esta parte me ha sucedido á mi mismo, porque es un testimonio de la bondad de mi Dios. ¿Cuántas súplicas no he hecho yo por obtener la victoria de tal ó de cual pleito ó negocio, del que dependia gran parte de mi corta fortuna? Á pesar de todas mis instancias los he perdido. Pero, enmedio de mi angustia gracias á Dios, no se me ha escapado ni una palabra de murmuracion contra la Providencia, ni abrigo animadversion ninguna contra mi prógimo. Antes bien me ha servido este sentimiento para desprenderme cada dia más de las cosas del mundo, sujetas á tantas vicisitudes, y para acercarme á Dios, quien solamente puede dar el verdadero reposo. En lugar de esos pocos bienes que la suerte me ha robado, mis súplicas me han obtenido el espíritu de paciencia, de dulzura, aquel espíritu bueno que hace á los Santos, y concede el Padre Celestial, como dice el Evangelio, á los que le piden.

Supongo que me hallo al presente en cualquier otro estado de aflicción. He rogado á Dios incesantemente, y le he hecho ofrecer muchas oraciones para que se dignase librarme de él, ó á lo ménos disminuirle ó suavizarle. Pero no: Dios parece insensible á mis lágrimas, y mi aflicción parece aumentarse hasta con mis instancias. ¡Ay de mí! Dios mio, ¿cuándo será que me oigais? ¿cuándo me consolareis? (*Psalm. 118.*) Acor-daos, Señor, de que sois mi Criador, y el más compasivo de todos los Padres, y dejaos mover en favor de un hijo vuestro.

Pero no, alma mia! si lo que pides tan frecuentemente y con tanto ardor á tu Dios, no es conforme á su gloria y tu salvacion, ¿te atreverás á desear que el Señor te oiga, ni que te lo conceda? Y si Él te oye, ¿te dará en ello una señal de misericordia y de amor? ¿Y amas á tu Dios como debes, cuando desees que te conceda lo que no estés seguro de que es grato á sus ojos?

¡Ah, Dios mio! Ninguna cosa os pido sino el cumplimiento de vuestra voluntad, y pa-

ciencia para soportar esta dura y larga prueba, si es que Vos quereis que continúe. No me negareis, Señor, esta paciencia, porque sois fiel en guardar vuestra palabra. Habeis prometido oír á los que os invoquen en sus males; y si no me oís segun mi deseo, lo hareis á lo ménos del modo que me sea más saludable. Yo os digo, como en otro tiempo San Agustin: «Dignaos, Dios mio, de concederme lo que deseo, *da quod quero*. Pero si no es conforme á vuestra santa voluntad, me resigno, y quedaré satisfecho, con tal de que Vos mismo seais toda mi felicidad y toda la vida de mi alma: *Si autem tu non vis, tu esto vita mea, quam semper quero.*»

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por patrono en este dia á SAN FRANCISCO DE SALES, para que me enseñe á dominar la ira, refrenar mis deseos, y copiar en mi alma su angélica dulzura.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.*

*Una Ave-Maria por los promovedores de esta devocion.—Aqui, la Oracion final.*

### DIA TREINTA.

El único consuelo en mi dolor consiste en que Dios no deje de afligirme. (*Job. 6.*)

Aunque el Señor me diere la muerte, no dejaré de esperar en él. (*Idem 13.*)

Lleno de confianza en la misericordia de Dios, recorro á Él, para que me dé algun consuelo enmedio de mis penas. Pido á este Padre de misericordias que haga sentir á mi alma afligida aquella uncion de su gracia, que facilita la práctica de la paciencia, y hace que hallemos consuelo aun en el mismo padecer. Señor, le digo yo algunas veces con el Profeta: ¡tened compasion de mi! dad algun consuelo á vuestro siervo: *Miserere mei, Domine, lætifica animam servi tui* (*Psalm. 85.*) Pero le pediré en nombre de sus misericordias, y no en el de mi infortunio. Porque, ¿quién soy yo para decirle con el mismo

Profeta, que me consuele á proporcion de los dolores que padezco? *¿Secundum multitudinem dolorum meum?*

¿Qué es lo que debo hacer? Debo insistir en la oracion y en mis súplicas para alcanzar lo que deseo. Dios me lo permite; y debo esperar firmemente, que cuando verdaderamente necesite consuelo, Él me lo dará. Si Dios quiere que padezca como en un desierto, en donde todo sea para mí tinieblas, debo reiterar mis actos de sumision, teniendo mis ojos y mi corazon elevados al cielo, en donde habita el que me prueba tan rigurosamente; y á ejemplo de Job, agobiado de males y tristeza, poner únicamente mi consuelo en no tener consuelo alguno. «Que Dios (dice este gran Santo) anmente mis dolores; que sean bastante vivos para arrancarme la vida, sin que mi alma tenga jamás ni una sola gota de aquel dulce rocío que hace llover algunas veces sobre las almas que sufren; Él será siempre el objeto de mi amor, de mi esperanza, y de mi propia desolacion; pues Él la envia, Él será mi consuelo.»

Disponga pues Dios de sus consuelos, así como de todas las demás cosas, según fuere más conforme á su voluntad. Por mi parte, como dice el autor de la *Imitación de Jesucristo* (*lib. 2, cap. 11*), lo que tengo que hacer es disponerme á padecer muchas penas, y á mirarlas como los mayores consuelos. En nuestras aflicciones, nuestros méritos y adelantos espirituales no vienen de las dulzuras que tenemos, sino de nuestra sumisión y de nuestra paciencia; además de que sería de temer alguna vez que las dulzuras sensibles nos disminuyesen los méritos y progresos. Nunca se puede adelantar más en la perfección, que cuando uno está sobre su cruz, en la especie de desamparo que de su Padre experimentó Jesús en el Calvario.

Buscar consuelos y dulzuras en la aflicción, es buscar el placer para sí en donde no debe buscarse; es parecerse á los niños, que no toman voluntariamente ninguna tarea, sino con esperanza de ser presto recompensados. (*1, Cor. 13.*) La verdadera caridad no busca sus propios intereses, sino

el agradar á Aquel á quien ella mira en todas las cosas, así en el padecer como en el obrar. Querer consuelos en las aflicciones, es querer, decia San Francisco de Sales (*Epist. 4, l. 5*), que nuestras cruces sean hechas de una madera preciosa y de suave olor, y que Dios no nos hable siempre en medio de las espinas, sinó alguna vez entre las flores; lo cual no se lee que haya hecho jamás. Lo que nos importa es que nos hable, sea de donde quiera, con tal que allí podamos responderle é ir hácia Él.

Si me desanimo hoy en la adversidad, cuando Dios me deja sin consuelos, es porque me apegué á ellos cuando me los concedió en otros tiempos de afliccion. Me cebaba en lo que tenían de gustoso, y los deseaba para mi satisfaccion; pero este era un deseo reprehensible, y un desarreglo del amor propio, que Dios ha querido corregir. Por medio de la sequedad en que me deja al presente, quiere mis adelantamientos en la humildad y paciencia, y que, sufriendo solamente por Él, merezca sin cesar mayor acre-

centamiento de gracias y gloria. Suframos, pues, por Él, y no le pidamos nada, sinó que su brazo invisible no cese de sostenerme. Si le pido consuelos, sea siempre con plena y absoluta resignacion á su voluntad; y á l ménos, no por la dulzura que encuentre en ellos, sino porque son un refrigerio celestial que puede darme valor y fuerza para más sufrir, y ayudarme á perseverar en la virtud.

Bajo el peso de la cruz con que me habeis cargado, no tengo yo, oh Dios mio, aquellas dulzuras, aquellos gustos espirituales que muchas veces moderan sensiblemente las penas del espiritu, que endulzan las amarguras del corazon, y que, derramándose en cierta manera hasta sobre el mismo cuerpo, adormecen, como por encanto divino, la viveza de estos dolores. Tal es muchas veces la aridez en que me encuentro, que no puedo ménos de gritar prorumpiendo en profundos suspiros, como en otro tiempo vuestro Hijo Jesús sobre su cruz: «¡Dios mio! ¿porqué me habeis desamparado? *Deus meus, Deus meus! ¿ut quid dereliquisti me?* (Mat.

27.)» bendigoos, Señor, en vuestros rigores: los acepto, me resigno á ellos y los adoro. Nunca jamás dejaré de esperar en vos; siempre os amaré, y Vos sereis siempre mi Dios y mi Señor.

Pero por triste y dura que sea mi situación, tengo, Señor, muchas veces en mi adversidad un consuelo de que os doy las gracias; y es el de que me dejais los lábios y el corazón para ofreceros juntamente, así los males que me enviáis, como las negativas de las dulzuras que os pido. Si, Dios justo, Dios siempre amable, consiento en no experimentar jamás ninguna calma que me suavice el rigor de las borrascas. Consiento en que vuestro brazo deje sentir todo su peso de tal suerte sobre mí, que el cuchillo con que me traspaseis me haga morir. No necesitaré de otro consuelo, si vuestra gracia me sostiene, y si vuestro amor se aumenta á cada instante en mi corazón, que es á lo que limito únicamente mis deseos en esta vida. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patrono en este día AL HÉROE DE LA CARIDAD SAN VICENTE DE PAUL para que me asista en las enfermedades del cuerpo, y sobre todo en las del alma, y me enseñe á compadecer y consolar á mis hermanos.

*Padre nuestro, Ave-Maria y Gloria Patri.  
Una Ave-Maria, por los promovedores de esta devocion.—Luego, la Oracion final.*

### DIA TREINTA Y UNO (1).

Considerad atentamente á aquel Señor que sufrió tal contradiccion de los pecadores contra su misma Persona, á fin de que no desmayéis y colgais de ánimo. (*Ad Hebr. cap. 11.*)

Le hemos visto, y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atencion hacia Él. Vimosle despreciado y el desecho de los hombres, varon de dolores, y que sabe lo que es padecer. (*Isai. cap. 55.*)

¡Ah! si llegara yo á comprender hoy, como último dia de mis meditaciones, el

(1) En los meses más cortos se hará siempre este ejercicio en el último dia del mes.

compendio de todo lo que reflexioné en los pasados, y la gran verdad que San Agustin veia escrita en la Cruz á los piés del pacientísimo Rey de los Mártires: SOLUCION DE TODAS LAS DIFICULTADES! ¿Qué es, alma mia, lo que te arredra en el padecer? ¿La persona que causa tus sufrimientos? A Jesús se los ocasionó toda clase de personas. ¿Lo que te hace odiosa la tribulacion, es la calidad de penas que te agobian? Jesús las soportó de todo género.

Le dieron que sufrir, dice el angélico Doctor Santo Tomás, los gentiles y los judíos; le ocasionaron padecimientos los hombres y las mujeres; conspiraron contra Él los Principes y sus Ministros; el vulgo y los magnates. Fué maltratado por sus parientes; algunos de los cuales, teniéndole por frenético, porque libertaba á los endemoniados y obraba milagros, quisieron atarle. Sus conciudadanos pretendieron arrojarle de lo alto de un monte; sus domésticos le mortificaron; Judas le entregó; Pedro le negó; los demás discipulos le abandonaron. Sacerdotes,

Levitas, Senadores, Doctores, Escribas y Fariseos, todos se juntaron para urdir la trama contra Él, y perderle. Un Rey le escarneció; el Presidente Romano le condenó á muerte; los soldados italianos, que estaban de guarnicion en Jerusalem, le acribillaron atrozmente; el pueblo y la plebe y muchísimos que le debían la vista, el habla, el oído, la salud y mil otros favores milagrosos, pidieron en público al Juez, que le enclavase en una cruz. Unos le maltrataron por envidia; otros, por avaricia, y muchos por pasatiempo; quién le atormentó por ignorancia, y quién por pura malignidad. Y tan general fué y tan sin excepcion la persecucion de Jesús, que hasta sus más amados contribuyeron con el cariño á atravesar su corazon. Su misma divina Madre, la fervorosa Magdalena, las piadosas y fieles matronas, el Discípulo predilecto, no supieron separarse de su lado, ni alejarse de la Cruz hasta que espiró, y con su presencia añadieron nuevo dolor á su corazon. Su mismo Eterno Padre no quiso mitigarla, y sus-

trayendo todo interior y sensible consuelo á su alma, le abandonó, como si fuese pecador, á un mar de tormentos, desde que le vió cargado con nuestras culpas; y obligó al pacientísimo Jesús, que habia sufrido tanto sin desplegar sus lábios, á quejarse tierna y amargamente de su abandono.

Pues habiendo hecho esto, ¿qué excusa deja este Dios paciente á mi debilidad y flaqueza? Aunque todo el mundo se conjurase contra mí, debiera yo decir con San Agustin, mirando al Crucifijo: SICUT ILLE, ITA ET NOS. Si contra mí se vuelven todos los hombres, primero se volvieron contra Vos; ¿y me quejaré yo de un tratamiento que antes que á mí á Vos os cupo? Vos lo sufristeis por mi amor: ¿y yo no lo toleraré por amor vuestro? ¡Ah! que Vos me lo anunciásteis, y me dijisteis, para tenerme alerta y prevenido, que el hermano perseguiria de muerte á su hermano, el hijo al padre y el padre al hijo, y que todo el mundo me odiaria cuando me decidiese á daros gloria y honor con mi vida y operaciones: y coronásteis vuestra

prediccion con una promesa divina, diciéndome, que si persevero hasta el fin, sin perder la paciencia y el sufrimiento, seré salvo. *Qui autem sustinuerit usque in finem, hic salvus erit.*

No puede sobrevenirme trabajo, ni amenazarme angustia, en los que no me haya precedido mi Jesús con una paciencia infinita, sin una gota de consuelo y sin que hubiese merecido tal tratamiento. ¡Ah! Deja, alma mia, la querella blasfema que salió un día de tus labios; déjala para quien, por desgracia, sea tan ciego hoy, como tu lo eras entonces. No, no digas: ¿qué mal he hecho yo para padecer tanto? ¿qué motivos tiene para tratarme así quien me persigue? El inocentísimo Jesús no tenía sombra de culpa en sí mismo, y tú has cometido muchas que no ven los hombres; pero que no se ocultan á tu Dios, el cual se vale de la voluntad ajena, como de instrumento para purificarte y salvarte. ¡Oh! si vieras la mano oculta de Dios en todo lo que te aflige y atribula, cómo dirias á imitacion de Jesús:—

¿y no beberé yo el cáliz que me preparó mi Padre?—¿No dijo allá en Getsemani á San Pedro, empeñado en defenderle, «que le dejase beber el cáliz que le preparaba Judas vendiéndole, ó Caifás, declarándole blasfemo, ó Pilatos, condenándole á la cruz, ó el mismo Pedro, negándole como á un desconocido?» Todo lo atribuyó á su mismo Padre, y bajo el símbolo de un cáliz significó cuantos padecimientos le aguardaban.

Pero, alma mia, por una parte, para colmo de tu confusion, y por otra, para tu inefable consuelo en la tribulacion, estaban tambien en aquel cáliz todo género de penas. No padeció Jesús fiebres ni enfermedades, ni alguno de aquellos sufrimientos que ocasionan los humores desconcertados de nuestro cuerpo, y que provienen, ó de mala y viciosa conformacion ó disposicion del mismo, ó de una vida desordenada, ó del alimento y bebida de mala calidad, ó en cantidad excesiva. Nada de esto convenia á Jesús, como observa el angélico Santo Tomás; porque su bendita carne era concebida

por obra del Espiritu Santo, quien, como sabiduria infinita, ni puede errar ni desfallecer; y por otra parte, nada desordenado puede caber en la vida del Dios-Hombre. Mas esto no quita que fuese victima de todo género de tormentos. Su Alma Santísima se vió acometida de temores, de melancolias, de tédios: por otra parte, de los amigos sufrió total abandono; en la fama, blasfemias y calumnias; en el honor, denuestos y agravios; en los haberes, completo despojo. Cada sentido de su cuerpo tuvo un especial tormento. Sus ojos sufrieron la vista de los que, aun clavado en la Cruz, le motejaban y blasfemaban; sus oidos oyeron insultos infernales; la hiel y el vinagre ofendieron su olfato y su gusto; una sed devoradora y dolores cruelisimos atormentaron su tacto; no hubo parte de su sacratisimo Cuerpo en que no le diese que padecer su sensibilidad exquisita. La cabeza taladrada de crueles espinas, el rostro herido con atroces puñadas, la espalda cruzada con tremendos azotes, las manos y los piés agujereados

dos con duros clavos. Llegó á no discernirse en Él la figura de hombre, y desde la planta del pié hasta la cabeza, no hubo en Él parte alguna sana. *Varon de dolores*, llamado así con tanta verdad, como que no hay dolor alguno, en sentir de Santo Tomás, entre los que se pueden padecer en este mundo, que pueda asemejarse á los suyos. ¡Ay alma mia! que cuando te parece que sufres demasiado, y que ya no puedes resistir más, tienes en este modelo divino más que suficiente para confundir tu delicadeza!.... No digas jamás con ciertas almas imperfectas, que estarias pronta á tolerar otros dolores, á sujetarte á otros trabajos; pero que el que te aqueja es insoportable; que no puedes con él, y que ha de dar contigo en los infiernos. Dará infaliblemente, y te llevará al lugar de los remordimientos sin fruto ni remedio, si apartas la vista del Autor y consumidor de tu fé, y no avivas en tí este don divino.

¡Sí, Dios mio! don vuestro es una fé viva, semejante á la que animó á todos los Márti-

res para copiar en si mismos el dechado divino de un Dios atribulado y paciente. Dád-mela, Señor, para que cumpla yo en mis trabajos el designio de mi Dios, segun el consejo de vuestro Apóstol, que me manda cumplirle imitando la fé de mis mayores. Yo desde ahora úno á los vuestros todos mis padecimientos, y os doy gracias porque me haceis partícipe de ellos en tan pequeña parte, para que alcance un reino tan grande, cuya adquisicion para mí os costó tanto. Dadme, Señor, la fé en vuestras promesas, y vuestra gracia para sufrir con paciencia, y esto me basta. Amen.

*Aquí el ofrecimiento.*

Elegiré por Patronos en este dia, y lo serán siempre de aquí en adelante por toda mi vida, LOS DOLORES DE LA VIRGEN SANTÍSIMA. ¿Quién que considere los dolores del REDENTOR, se atreverá á quejarse? ¿Quién viendo á su MADRE SANTÍSIMA al pié de la Cruz, no aprenderá á sufrir?

*Una Salve con todo nuestro corazon.*

*Un Credo por las necesidades de la Iglesia y del Estado.*

*Una Ave-Maria, en caridad, por las intenciones de los que hayan promovido ó promovieren esta devocion.*

Y se concluirá diciendo:

¡Madre llena de dolores!

Haced que cuando expiremos,

Nuestras almas entreguemos

Por tus manos al SEÑOR.

## ORACION

QUE SE HA DE DECIR TODOS LOS DIAS PARA CONCLUIR LOS EJERCICIOS.

¡Dios mio de mi corazon! Todo mi deseo y todo mi bien consiste en tu amor. A él me consagro yo desde ahora, sin reserva y para siempre.

Yo te dedico mi *cuerpo*· purificalo más

y más cada día, y hazle digno de ser templo del ESPÍRITU SANTO. Yo te le entrego, Jesús mio; dispon de él como plazca á tu soberana voluntad. Le someto á todas las mortificaciones, privaciones, enfermedades y dolores que me envíes, y hasta á la misma muerte.

Nada pido, Señor, nada quiero, sino lo que tu quieras. Por más penosa que sea mi cruz, pues tú me la has preparado, yo la acepto mediante tu divina gracia, con entera sumision y aun con gratitud; y espero llevarla con conformidad y alegría. ¡Oh si pudiera decir con tu Apóstol: «CON CRISTO ESTOY CRUCIFICADO EN LA CRUZ!» También te consagro mi *corazon*: recíbele, Señor, como un sacrificio aceptable. Te suplico le conserves, y sobre todo, que le unas al tuyo, porque en él deseo morar toda mi vida, desconocido al mundo, y solo conocido de Ti!

Te consagro mi *voluntad*; para que sea conforme con la tuya en todas las cosas. ¿Qué quiero yo desear ni querer sobre la tierra, sinó lo que quiera mi Dios y mi Señor? ¡Oh Jesús mio! hágase tu voluntad, y no la mía.

Suceda todo como tú quieres, y no como yo quiero. No reine ya nunca en mí la propia voluntad. Porque tú eres mi Rey, mi Señor y mi Padre; y yo tu vasallo, tu esclavo, y tu hijo. Manda, Señor, y al punto serás obedecido. Aquí estoy, Dios mio; hágase en mí segun tu voluntad! Te consagro, Señor, mi *entendimiento*. Nada quiero saber ni entender sinó alumbrado por tus divinas luces. Lo que tú has despreciado, yo lo desprecio; lo que tú estimas, es lo que estimo. Sólo siento desprecio hácia los mentidos tesoros, la vanagloria, y los amargos placeres del mundo. Solo deseo oír las maravillas de mi Dios, y saber los medios y los caminos que me conduzcan á ellas. El desprendimiento de las criaturas, la humillacion y la cruz: hé aquí los divinos objetos de mi ambicion. ¡Oh Dios mio! ¡Haz que en mí se cumplan, por tu gracia, todos los santos deseos que te has dignado inspirarme!

Te consagro asimismo mi *memoria*; ella me recordará continuamente tu grandeza, tus infinitas perfecciones, tu bondad, tu her-

mosura, tus soberanos atractivos. Quiero poner mis delicias en el recuerdo de tu amor y de tu misericordia. ¿Puedo hallar medios más eficaces para penetrarme de amor, y rebosar de él, de júbilo y de gratitud?

Te consagro, ¡oh dulce Jesus mio! todo cuanto tengo y poseo: todo es tuyo: dispon de ello como quieras. Te consagro todo lo que puedo. Pronto estoy á sacrificártelo todo; cuidados, penas, trabajos, fatigas, bienes, salud, reputacion; hasta la misma vida y la última gota de mi sangre, para sellar mi amor hácia Ti, é inducir á todos los corazones á que te amen.

En una palabra ¡oh amabilísimo Jesús! *Te consagro todo lo que tengo y soy: recibeme segun la grandeza de tu amor y de tus misericordias. Todo soy tuyo; herencia tuya, y tuyo estoy resuelto á ser, sin reserva, y sin repartirme con nadie; á servirte con amor y alegría; á amarte hasta mi último aliento, y por toda la eternidad. Amen.*

## CONFESION Y COMUNION.

¡Oh! tú, quien quiera que seas, que eres desgraciado; si quieres consolarte; si quieres acercarte con el corazón y con el espíritu á los que has perdido; si quieres orar por ellos, humíllate ante tu Dios, y besa la mano que te hiera. Y para ello elige, si no le tienes, un Confesor prudente, sábio, celoso, y sobre todo, caritativo. Corre á depositar á sus piés tu dolor; VÉ Á CONFESARTE.

Mas, para verificarlo, retírate de la presencia del mundo y de la vista de todos los objetos que puedan distraerte. Ponte delante de Dios, y adórale con la más profunda humildad. Repara que acaso es esta la última confesion que podrás hacer en tu vida; y así cumplirás con esmero las cosas que tienes que hacer, que son las siguientes:

1.º Examinar escrupulosamente tu conciencia.

2.<sup>a</sup> Excitarte y tener el más vivo dolor por tus pecados.

3.<sup>a</sup> Firme propósito de la enmienda.

4.<sup>a</sup> Humilde, sincera y completa confesion de todos ellos.

Empieza tu preparacion implorando la luz y los auxilios de la gracia divina, que es quien únicamente puede descubrirte la fealdad y malicia del pecado, y darte un verdadero arrepentimiento.

Para ello, dirás lo primero el Himno del Espiritu-Santo, páginas 7 y 9.

### ORACION.

Dios del Cielo y de la tierra, suprema y adorable Majestad; creo firmemente que estais aquí presente; que me estais viendo, y que sabeis las disposiciones de mi corazon.

Yo os adoro, Dios mio, y os rindo mis humildes homenajes, reconociéndoos por mi Dios, mi Criador y mi Soberano Redentor.

En testimonio de esta fé postro mi alma

y mi cuerpo delante del Trono de Vuestra Soberana Majestad, y os ofrezco la adoracion que á Vos solo se debe tributar. ; Oh Padre de las luces, que iluminais á todo hombre que viene á este mundo! envid á mi corazon un rayo de luz, de amor y de dolor, para que pueda conocer, detestar y confesar mis delitos, que he cometido contra Vos. Deseo, Dios mio, ver mis pecados en toda su enormidad, tales como son y se hallan en vuestra Divina presencia. Aborrecerlos quiero por vuestro amor, y confesarlos con la misma sinceridad con que en el momento de mi muerte quisiera haberlo hecho.

Bien sé, Dios mio, que aquel conocimiento y estas disposiciones solo caben y pueden venir de Vuestra suma bondad. Más puesto que no quereis la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva; y que para alcanzar su perdon habeis enviado al mundo á Vuestro Hijo, os pido, Señor, esta gracia por los méritos de Jesucristo, que murió en la Cruz por mis pecados, y ahora está sentado á Vuestra diestra, mostrándoos en favor mio

las llagas y heridas que recibió por mi amor.

¡Madre de mi Dios, tan llena de misericordia con los pecadores que desean arrepentirse, auxiliadme con Vuestra intercesion! ¡Santo Angel de mi guarda, que habeis sido testigo de todos mis pasos, ayudadme á descubrir los pecados que he cometido contra mi Dios! Y tú, mi Santo Patrono, cuyo nombre llevo; Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael: gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo; San Juan Bautista y San Juan Evangelista; San Ignacio de Loyola y San Luis Gonzaga; San José de Calasanz y San Vicente de Paul; Santa Teresa de Jesús y San Francisco de Sales; San Juan Nepomuceno y San Felipe Neri; San Agustin y Santa Maria Magdalena <sup>(1)</sup>; nobles campeones, ilustres penitentes, que tanto amásteis al Redentor, rogad por mí, para que sepa pelear y vencer, y alcanzar frutos dignos de penitencia. Amen.

(1) Aquí puede añadir el penitente los de su especial devocion.

## OFRECIMIENTO DEL EXÁMEN.

¡Oh Jesús, Dios y Salvador mio! Yo os ofrezco este exámen que voy á hacer, para mayor gloria de tu divina justicia. Te pido, Señor, con confianza la gracia de hacerle bien. Voy á emprenderle en espíritu de caridad, para agradarte y cumplir con tu santa voluntad, y con intencion de que sea para tu mayor honra y gloria. Amen.

### *Aqui el exámen de conciencia.*

Pero han de notar las personas timoratas, que confiesan con frecuencia, que su exámen ha de ser corto, y sin escrúpulo ni inquietud. Basta á estas personas pensar algunos momentos en las faltas en que más principal y comunmente suelen caer (puesto que si alguna otra de gravedad han cometido, bien presente la tendrán en la imaginacion y en el corazon); y luego aplicarse á hacer actos fervorosos de adoracion, amor y contricion, que son siempre las disposiciones esenciales para este Sacramento.

En cuanto á los que de tarde en tarde se acercan á este Santo Sacramento, estos tienen obligacion de hacer un escrupuloso exámen. Porque si su confesion deja de ser completa por falta de diligencia, el Sacramento quedará sin efecto, y acrecentarán un nuevo pecado gravísimo. Examine, pese, el que va á confesarse todos sus pensamientos, palabras y acciones; y para ello, repasando los Mandamientos de la ley de Dios, los de la Iglesia, y los pecados capitales ó mortales, leerá con la debida atencion y detencion el siguiente

## EXÁMEN DE CONCIENCIA (1).

### DEBERES PARA CON DIOS.

¿Cómo me he portado yo para con Dios?  
 ¿Mi confianza en Él ha sido sincera? ¿Ha sido

(1) Este exámen de conciencia, sacado de un buen Devocionario aleman, y que debemos al piadoso celo de uno de los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paul y su introductor y Presidente en España, puede servir á las personas que tienen una vida regularmente concertada; pero no excusa de repasar, aunque sea brevemente, los

y es el Señor el primero de todos mis pensamientos? ¿Ha sido su ley para mí de mayor importancia que el favor de los hombres, que todo bien y honra temporal, la riqueza, la comodidad, la salud y la vida?

¿He abrigado dudas contra la Religion ó contra la Iglesia? ¿He tomado parte en conversaciones peligrosas ó acaloradas, aunque haya sido solo para disputar y aun para sostener lo que solo me toca creer? Porque disputando me pongo en peligro de escándalo si lo defiendo mal, ó acaso en el de que

Mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y obligaciones particulares de cada uno. El que necesite mayor especificacion, puede consultar el exámen de conciencia que se halla en las Obras del V. P. Fr. Luis de Granada, ó el que contiene el *Camino del Cielo*, Devocionario publicado en Sevilla y Cadiz, y es el que usan los Padres de San Felipe Neri. No siempre conviene poner en manos de todos los penitentes cierta clase de exámenes que les preguntan acerca de cosas que tienen la suerte de ignorar, y ojalá que no llegasen nunca á saber. Sobre esto, el Confesor es la mejor guia y el único juez competente.

vacile mi fé en castigo de mi soberbia ó temeridad.

¿He cumplido yo la voluntad de Dios, aun cuando haya sido opuesta á mis deseos é inclinaciones, y se me haya presentado dificultosa y pesada? ¿Ó le he antepuesto la mia?

¿Me he separado alguna vez del fallo ó autoridad de la Iglesia en materia de fé ó de costumbres?

¿He dudado de la infalibilidad de la Iglesia ó del Sumo Pontífice en estas materias?

¿Me he separado de la decision de la Iglesia ó del Papa en materia de verdad ó unidad católica?

¿He negado mi fé? ¿O he dejado de dar testimonio de ella cuando la ocasion lo pedia, callando por debilidad ó por respetos humanos?

¿He dado gracias á Dios por los beneficios recibidos? ¿Cómo he aplicado estos beneficios? ¿O he amado más bien á los dones que al Dador, y más que al Criador á alguna de sus criaturas?

En mis padecimientos, ¿he confiado firme-

mente en Dios? ¿No he murmurado de su Providencia, ni me he quejado de Él, aunque solo haya sido conmigo á solas y en el fondo de mi corazon? ¿He dudado de su auxilio, ó de que quiera concedérmele?

¿Me he hecho mejor por medio de mis padecimientos? ¿He recibido con la debida atencion, sumision y gratitud los avisos de Dios, y he secundado sus miras?

¿He tenido el debido respeto á la palabra santa? ¿No he profanado nunca el nombre de Dios? ¿He procurado siempre extender su honra entre mis prógimos?

¿He blasfemado alguna vez de Dios, de la Virgen ó de las cosas santas?

Ó aunque yo no lo haya hecho, cuando á otro lo he oido hacer, ¿qué he practicado ó intentado para evitarlo ó corregirlo? ¿He manifestado siquiera mi disgusto y dolor?

¿He jurado alguna vez? ¿He jurado en falso? ¿ó he jurado sin necesidad, aunque fuese con verdad?

¿He honrado siempre á Dios con verdadera devocion, con la más íntima elevacion del

corazon, ó le he rezado únicamente con los  
lábios y con humildad sólo aparente?

¿Cómo he santificado las fiestas?

¿Cómo he asistido á la celebracion de la  
Misa?

En Domingo ó dia de fiesta ¿he dejado de  
oir la *toda entera*, ó pretendido que me sirva  
despues de empezada ó saliéndome de ella  
antes de que esté totalmente concluido el  
último evangelio?

¿Dedico algun rato diariamente á la ora-  
cion ó á la lectura espiritual?

¿He trabajado sin necesidad en dia de  
fiesta, ó he sido causa de que trabajen otros?

¿He comprado algo sin necesidad y por  
mero capricho en dia de fiesta, dando lugar  
á que otros vendan y comercien en ellos?

Si tengo edad para ello, y no estoy legíti-  
mamente excusado por mi Confesor y el mé-  
dico, ¿cómo he cumplido con el precepto del  
ayuno?

¿He mezclado carne y pescado en una mis-  
ma comida en los dias de cuaresma, ayuno  
ó abstinencia?

¿Tengo las bulas de la santa Cruzada y de indulto para comer carne en la cuaresma y dias de ayuno, siendo aquellas de las que corresponden á mi clase y caudal? ¿Si soy Padre, Madre ó Jefe de familia, cuido de que las tengan mi consorte, hijos ó pupilos? Si puedo hacerlo, ¿las he dado á mis criados? Si no tengo dichas bulas, ¿lo he recordado y las he pedido á mis Padres y superiores?

#### DEBERES PARA CONMIGO MISMO.

¿No he alimentado nunca en mi corazón deseos prohibidos, sobre todo contra la castidad y pureza? ¿He reprimido las emociones impetuosas de mi corazón? ¿Ó me he dejado arrastrar de mis inclinaciones y pasiones, particularmente de la ira y de la tristeza?

¿No he turbado la paz de mi corazón, y expuesto mi salud y mi aptitud para el trabajo y para el cumplimiento de mis deberes, por el desorden ó los excesos en la co-

mida y bebida, por pensamientos ó hechos pecaminosos?

¿He amado siempre la verdad? ¿No me he separado nunca de ella por impremeditacion y sin pensar? ¿ó bien lo he hecho de propósito y por respetos humanos? ¿He profanado mi boca con mentiras?

¿Cómo he cumplido los deberes de mi estado? ¿He hecho, segun mi vocacion, todo el bien que me ha sido posible?

Si Dios me ha dado talentos, ¿qué frutos he sacado de ellos?

¿Me he envanecido de ellos ó de cualquier otro bien temporal que posea; de la hermosura, de la nobleza, de la fuerza, de la riqueza, del poder, del aprecio de los demás? ¿ó bien he dado la gloria á Dios, de quien viene todo bien?

Si Dios me ha dado bienes ¿qué uso hago de ellos?

¿Son excesivos mis gastos por lujo, por comodidad, por excesivo amor al regalo?

¿He sido poco decente ó cauto en mi manera de hablar?

- ¿Lo he sido en mi manera de vestir?
- ¿En qué empleo mi tiempo? ¿Puedo emplearle mejor?
- ¿He leído libros prohibidos, ó que conozca yo en mi conciencia que me son perjudiciales?
- ¿Concurro á algun teatro, sociedad ó diversion, ó conservo alguna amistad que puedan serme peligrosas?
- Si el Señor me llamara á juicio, ¿qué le respondería?

DEBERES PARA CON EL PRÓXIMO.

- ¿Cómo acato á mis superiores?
- ¿Cómo me porto con mis iguales?
- ¿Cómo trato á mis inferiores?
- ¿Me dejo dominar de la soberbia ó arrebatarse de la ira castigándolos ó reprendiéndolos sin caridad ó sin mansedumbre?
- ¿Cómo obedezco y honro á mis Padres?
- ¿Los trato con respeto y sumision?
- ¿Cómo vivo con mi esposo ó con mi esposa?
- Si por desgracia cometen algun desacier-

to, ¿tengo yo la culpa en ello, por mi frialdad y abandono ó por ponerlos en ocasion?

¿Cómo cuido de mis hijos, de su alimento, de su método, de su educacion, de su instruccion religiosa? ¿Cómo de sus lecturas, de sus amistades, de sus diversiones?

¿Cómo cuido de mi familia, de mis dependientes, de mis criados?

¿Les retengo, aunque sea por descuido, el pago de sus haberes y salarios? ó por el contrario, ¿con mi abandono, y mis descuidos en no tomarles cuentas doy ocasion á que tomen lo que no es suyo, y se aficionen al hurto y á la sisa?

¿Los edifico con mi conducta, como es de mi obligacion? ¿He dado mal ejemplo ó escándalo á ellos ó algun otro?

¿He divulgado las faltas de alguno?

¿He ocasionado por algun chisme ó imprudencia, alguna division ó disgusto?

¿No hay alguno de mis prójimos á quien haya yo ofendido con palabras, gestos ó acciones, y contristado sin necesidad? ¿No hay alguna persona á quien haya yo atraído, se-

ducido y excitado á que participe de mis pecados?

¿Hay alguien con quien viva yo en enemistad é irreconciliacion? ¿Hay alguien á quien trate con desprecio, con soberbia y con imprudencia?

¿Están mis manos y mi conciencia limpias de bienes ajenos? ¿He detestado constantemente la ganancia injusta ó usuraria? ¿No he engañado, defraudado ó perjudicado á ninguno?

Segun mi posibilidad, ¿he dado limosnas, y procurado socorrer, consolar y aconsejar bien á mis prójimos?

¿He defraudado ó sisado algo á mis amos ó jefes? ¿ó he permitido que otros lo hagan sin dar aviso de ello?

¿No he envidiado yo nunca á los ricos ni á los felices del mundo, ni me he permitido deseo alguno de los bienes ajenos, de la hermosura, de la posicion, de los talentos de otro?

Si tengo parientes pobres, ¿qué hago para ayudarlos, buscarles ocupacion ó destino, y para contribuir á la educacion de sus hijos?

Si tengo bienes, ¿tengo ordenado y hecho mi testamento para disponer de ellos, y dejar en manos seguras la tutoria de mis hijos?

¿Son mi boca y mi lengua puras? ¿He manchado alguna vez el honor de alguien? ¿He juzgado, difamado, injuriado, condenado ó calumniado á alguno? ¿No he deseado mal á nadie? ¿ó he sumergido á alguno en la afliccion y desgracia con mi perjurio y falsedad ó siquiera con mi indiscrecion?

Si he cometido alguna de estas cosas, ¿he procurado y hecho la debida restitucion de la fama ó del crédito que he perjudicado?

Si soy hijo de familia, ¿he entregado mi corazon, ó dado entrada en él á algun amor ó alguna inclinacion contra la voluntad, ó siquiera sin saberlo *mis* Padres ó tutores?

¿He dispuesto de mi suerte sin su bendicion ó consentimiento? ¿ó lo he pensado siquiera?

Si soy una jóven, ¿he admitido cartas, declaraciones ó he entrado en relaciones con algun hombre sin dar préviamente conócimiento á mi Padre ó Madre ó la persona de

quien dependo, con quien vivo ó á quien estoy encomendada?

Si soy persona casada, ¿tengo familiaridades con persona de otro sexo?

¿Cuáles son las faltas en que incurro con más frecuencia? ¿Cuáles son efecto de ligereza, y cuáles con premeditacion?

¿Hay algunos pecados que se hayan convertido en mi en costumbre? ¿cuáles son?

Si en este momento fuese á morir, ¿cuáles me atormentarian más?

Desde mi última confesion, ¿he corregido lo mal hecho antes, he compensado el perjuicio ocasionado, he restablecido el honor que habia perjudicado?

¿Me he hecho mejor, ó peor, desde mi última confesion?

### ADVERTENCIA IMPORTANTE

PARA LOS QUE HAN DE CASARSE Ó TIENEN QUE AUTORIZAR EL MATRIMONIO DE OTRAS PERSONAS Ó INTERVENIR EN ÉL.

Si voy á casarme, ó si tiene que hacerlo alguna persona que de mi dependa, ¿he vaci-

lado siquiera en no celebrar primero, ó en exigir si he podido hacerlo, ó á lo ménos, aconsejar el matrimonio eclesiástico?

Sébase bien que solo el matrimonio eclesiástico es el *Sacramento*, al cual entre católicos está subordinado el contrato; y por tanto, es el único legitimo y valedero para quien sea católico.

El matrimonio civil es meramente un contrato civil, y sirve solo como su nombre lo dice, para los efectos civiles. Mas cuando no se verifica el matrimonio ante la Iglesia, es el civil completamente nulo para la conciencia, y un estado permanente de pecado, y no quedan casadas las personas que solamente contraen dicho matrimonio civil.

### ACTO DE CONTRICION.

¡Oh Dios mio! me lleno de vergüenza y de confusion cuando reflexiono que he vivido en vuestra presencia con tan poco miramiento y respeto, y que tantas veces he quebrantado las promesas que he hecho de no

volveros á ofender jamás. ¡Ah Señor! si á cualquier criatura hubiese hecho tantas promesas, se me caería la cara de vergüenza de haber faltado así á mi palabra. Pero cuando de Vos se trata, tengo en poco todas mis resoluciones, puesto que dia por dia las quebranto ante vuestros divinos ojos. ¡Ah Señor! ¡cuán grande es vuestra bondad en haberme sufrido por tanto tiempo! ¡Dios mio, de mi corazon! Pues me habeis sobrellevado con tanta misericordia durante el curso de mis odiosos delitos, no la retireis de mi, Señor, ahora que doliéndome de ellos, y arrepentido con todas las veras de mi alma, firmemente resuelvo, con el auxilio de vuestra divina gracia, el no volveros á ofender. Ayudadme, Dios mio, á cumplir esta resolucion. Amen.

ORACION PARA PEDIR EL AMOR DE DIOS.

Inclinadas las rodillas de mi corazon, prostrado y consumido en el abismo de mi vileza, con toda la reverencia que á este vilisi-

mo gusano es posible, me presento, Dios mio, ante Tí, como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí estoy ante las corrientes de tu misericordia, y ante las influencias de tu gracia: Aquí se pone ante las manos del sapientísimo Maestro, una masa de barro y un tronco nudoso, recién cortado del árbol con su corteza: haz de él, clementísimo Padre, aquello para que Tú le hiciste. Hicíste me para que te amase; dame gracia para que pueda yo amarte.

Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir amor tan alto; y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Pero Tú mandas que te ame, y me criaste y moriste para que yo te amase; y es tanto lo que deseas que te ame, que ordenaste un Sacramento de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor. ¡Oh Salvador mio! ¿Qué soy yo á Tí, para que me mandes que te ame? ¡Y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones! ¿Qué soy á Tí, sino trabajos y tor-

mentos y cruz? ¿Y qué eres Tú á mi, sinó salud y descanso, y todos los bienes? Pues si Tú me amas siendo el que soy para contigo, ¿porqué no te amaré yo siendo Tú el que eres para conmigo?

Pues confiado, Señor, en todas estas prendas de amor, por esta gracia te pido otra que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no te lo puedo dar sin Ti. No merezco yo amarte; más Tú mereces ser amado. No huyas, Señor, no huyas; déjate amar de tus criaturas, amor infinito. ¡Oh Dios, que esencialmente eres amor, y todo amor; de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas (como de la luz del sol la de todas sus estrellas)! ¿Porqué no te amaré yo? ¿porqué no me quemaré yo? ¿porqué no me quemaré yo en ese fuego de amor, que abraza todo el Universo?

¡Oh Dios! que esencialmente eres la misma bondad; por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas (así como del mar todas las aguas), ante cuya sobreexcelente bondad

no hay cosa en el Cielo ni en la tierra que se puede llamar buena! ¿Porqué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

¡Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura; de quien procede toda la hermosura del campo; en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras creadas! ¿porqué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones con amor?

Y si no te amo por lo que Tú eres en Ti, ¿porqué no te amaré por lo que eres para mí? El hijo ama á su Padre, porque de él recibió el sér que tiene. Pues bien: Tú me diste el sér que tengo, muy más perfectamente que mis Padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste. Tú has de acabar lo que falta de esta obra comenzada, hasta llevarla al postrer punto de su perfeccion. Tú eres el hacedor de esta casa; Tú el pintor de esta figura, hecha á tu imágen y semejanza, que aún está por acabar. Lo que tiene, de Ti lo tiene; y lo que le falta, de Ti lo espera recibir. Porque así como

nadie le pudo dar lo que tiene, sinó Tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino Tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. Pues ¿á quién otro ha de mirar sinó á Ti? ¿con quién ha de tener cuenta sinó contigo? ¿de cuyos ojos ha de estar colgada sinó de los tuyos? ¿cuyo ha de ser todo su amor, sinó de Aquel, cuyo es todo su bien?

Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Diós: alejaos de mi, que ni vosotras sois para mí, ni yo soy para vosotras.

¡Oh Dios mio, y todas las cosas! ¿porqué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazon? ¡Oh alegría y descanso; oh gozo y deleite mio! ensancha mi corazon en tu amor, porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo, y nadar hasta sumirse debajo de las alas de tu amor. Un rio de fuego arrebatado y encendido dice el Profeta que vió salir de la casa de Dios. Hazme, Señor, nadar en ese rio; pónme enmedio de esa corriente; para

que me arrebate y lleve en pos de sí, donde nunca más parezca, y donde sea todo consumido y transformado en tu amor.

¡Dios mio, vida mia, única esperanza mia, muy grande misericordia mia, y dulzura bienaventurada mia! ¡Oh todo amable, oh todo dulce, oh todo deleitable! ¡Oh santísimo Padre, oh clementísimo Hijo, oh amantísimo Espíritu-Santo! ¿Cuándo, en lo más íntimo de mi alma, y en lo más secreto de ella, Vos, Padre amantísimo, sereis lo más íntimo, y todo me poseereis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro, y Vos todo mio? ¿Cuándo Rey mio, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh cuándo!... ¡Oh si será! ¿Piensas por ventura, que lo veré? ¡Oh qué gran tardanza! ¡Oh qué penosa dilacion!

¡Date prisa, oh buen Jesus! date prisa; no te tardes, Esposo de mi alma, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, centro de mi alma! Pues Tú, Señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de Ti? Si me olvidare yo de Ti, sea echada en

olvido mi diestra; péguese me la lengua á los paladares sinó me acordare de Ti. No descansaré, ¡oh beatísima Trinidad! no daré sueño á mis ojos, ni reposo á los dias de mi vida, hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazon para el Señor, y morada para el Dios de Jacob; que vive y reina en los siglos de los siglos.

Á LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA PARA NUESTRO  
PERDON (1).

¡Oh Virgen gloriosa y bienaventurada, más pura que los Ángeles, más resplandeciente que las estrellas, hermosa como el sol! ¿Cómo parecerá mi oracion delante de Ti, pues la gracia que merecí por la Pasion de quien me redimió, la he perdido por la maldad de mis culpas? ¡Oh Reina y Señora mía! Suplicote ruegues á tu Sagrado Hijo que, por su infinita bondad y misericordia

(1) Del Venerable Padre Fray Luis de Granada.

me perdone lo que contra su voluntad y mandamiento hice. Y si esto por mi indignidad no mereciere, séame concedido porque no perezca lo que Él crió á su imágen y semejanza. Tú eres luz de las tinieblas, Tú eres espejo de los Santos, Tú eres esperanza de los pecadores. Todas las generaciones te bendicen; todos los tristes te llaman; todos los buenos te contemplan; todas las criaturas se alegran en Tí; los Angeles en el cielo con tu presencia; las almas del purgatorio con tu consuelo, los hombres en la tierra con tu esperanza. Todos te llaman, y á todos respondes, y por todos ruegas.

Pues ¿qué haré yo, pecador tan indigno, para alcanzar tu gracia? Ruégote, Virgen preciosísima, por aquel tan grave y mortal dolor que sentiste cuando viste á tu amado Hijo con la Cruz áuestas, quieras mortificar todas mis pasiones y tentaciones, porque no se pierda por mí lo que Él redimió por su Sangre. Aquellas piadosas lágrimas que derramaste cuando la sangre del atormentado cuerpo de tu Hijo te mostraba el

camino de la Cruz, pon siempre en mi pensamiento, para que contemplando en ellas, salgan tantas de mis ojos, que basten para lavar las manchas de mis pecados.

Porque ¿cuál pecador osará parecer sin Ti ante aquel eterno Juez, que aunque es manso en el sufrimiento, es justo en el castigo? Ni ¿quién será tan justo, que para este juicio no tenga necesidad de tu ayuda? ¿Qué será de mí, Madre mia, si lo que perdí por mi pecado, no ganô por tu intercesion? Gran cosa te pido, segun mis yerros: más muy pequeña para Ti. Nada es lo que yo te puedo pedir, para lo que Tú me puedes dar.

¡Reina de los Angeles, enmienda mi vida! Muestra, Señora, tu misericordia en mi remedio, porque de esta manera los buenos te alaben, y los malos esperen de Ti. Los dolores que pasaste en la Pasion de tu amantísimo Hijo, estén siempre ante mis ojos, y tus penas sean el manjar de mi corazon. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria. Si Tú, Señora, me dejas, ¿quién me sosten-

drá? Si Tú me olvidas, ¿quién se acordará, de mí?

No me dejes tentar del enemigo; y si me tentare, no me dejes caer; y si cayere, ayúdame á levantar.

¿Quién te llamó, Señora, que no le oyeses? ¿Quién te pidió, que no le otorgases? ¿Quién te sirvió, que no le galardonases con mucha magnificencia? Haz, Virgen gloriosísima, que mi corazón sienta tu traspasamiento, cuando despues de bajado de la Cruz tu preciosísimo Hijo, le tomaste en tus brazos, no teniendo fuerzas para más llorar!

Hinca, Señora, en mi alma aquel cuchillo de dolor que traspasó la tuya, cuando pusiste en el sepulcro el descoyuntado cuerpo de tu preciosísimo Hijo, para que me acuerde que soy tierra, y que tierra me he de volver; para que no me engañe la gloria perecedera de este siglo. Sea, por último, mi compañía la contemplacion de tu amarga soledad, para que llorando la angustia que padeciste en la tierra, me hagas ver la gloria que mereciste en el Cielo.—Amen.

Habiendo excitado de esta suerte en tu corazón el arrepentimiento de tus pecados, y la firme resolución de no volverlos á cometer, vé á los piés del Confesor, y allí acúsate de ellos con valor, claridad y sencillez, profunda humildad y tierna confianza, cuidando de que ninguno se te escape de la memoria.

Concluida la confesion, atiende esmeradamente, y recibe con humildad la penitencia que el Confesor te imponga, oye con la mayor docilidad sus consejos, y consúltale acerca de todas las necesidades y tribulaciones de tu espíritu.

Al recibir la sagrada absolucion, considera que se abren los Cielos para perdonarte Dios; póstrate con la intención hasta el polvo, y di con toda reflexion y el más vivo dolor el acto de contricion: "Señor mio Jesucristo, etc."

Despues que te retires del Tribunal Sacrosanto, rinde humildes gracias á Dios inmediatamente, renueva tu dolor y tus buenas resoluciones, y pídele la perseverancia final.

ORACION DE SAN ALFONSO LIGORIO, PARA DESPUES  
DE LA CONFESION.

¿Qué gracias no os debo yo, Dios mio, no solo por haberme criado, redimido y traído

al seno de vuestra Santa Iglesia, sinó lo que es más, por haberme excitado y esperado á que me volviese á Vos, cuando tan alejado andaba vagando por las sendas de perdicion del pecado, por haberme perdonado tantas veces, como espero que lo habeis hecho hoy, preservándome además de tantas otras caídas como hubiera dado, si con vuestra mano piadosa no me hubiéseis sostenido?

Pero mis enemigos no cesarán de tentarme hasta la muerte, y si Vos no me ayudais, bien pronto, ¡ay de mí! tornaré á ofenderos más gravemente que nunca.

Concededme, pues, por los méritos de mi Señor Jesucristo, la preciosa gracia de la perseverancia final. Este Señor nos lo ha dicho: «que todo lo que en su nombre os pidiéramos será concedido.» Por tanto, os pido, poniéndoos por delante cuanto sufrió por nosotros, hagais que no os vuelva yo á olvidar más. Tengo la mayor confianza de que si con insistencia os pido esta gracia, me la querreis conceder; porque me habeis prometido oír nuestras súplicas. Pero tiemblo, Se-

ñor, y me estremezco de piés á cabeza al considerar que en el momento ménos pensado, puedo, si llego á olvidarme de que dependo de Vos, y dejo de imploraros, volver á caer en el abismo de mis miserias.

Concededme, pues, Señor, que en todas mis tentaciones pueda recurrir al instante á Vos, invocando los sagrados nombres y los Corazones de Jesús y de María. Y pueda yo, con su amparo, alimentar la dulce esperanza de vivir en vuestra divina gracia, y de veros cara á cara, y amaros para siempre en el Cielo, á donde estaré ya seguro de que nada podrá separarme nunca de Vos, y nadaré, hasta consumirme, en el fuego de Vuestro Santo Amor, viviendo en él, sin embargo, por toda la eternidad.—Amen.

ORACION PARA OFRECER LA PENITENCIA.

¡Dios y Señor mio! Os ofrezco la penitencia que me ha sido impuesta, y que voy á cumplir. Yo la uno á la infinita satisfaccion que por mí os dió Jesucristo, nuestro divino

Salvador. Concededme que los abundantes merecimientos de Vuestro muy amado Hijo, y la inmensa hoguera de amor que vive en su Sagrado Corazon, puedan suplir la imperfeccion y debilidad de las buenas obras que voy á hacer, de los castigos que debo sufrir, y de las cruces que me enviáis, y que deseo aceptar resignado, todo por satisfacer á vuestra divina justicia. Amen.

Cumplida la penitencia, con el fin de atestiguar á Dios tu sincero arrepentimiento, entra dentro de tí, examina las causas de tus pecados, y piensa cómo puedes evitarlos. Indaga y propon huir de las ocasiones de recaer en los que has cometido. — ¿Te es perjudicial el trato con una persona? Pues retírate de ella. — ¿Es contraria á tu inocencia la concurrencia á tal ó cual sociedad, tal lectura ó tal diversion? Pues promete al Señor huirlas en adelante. — ¿Tienes costumbre de murmurar? Pues proponte no hablar de lo que pueda herir la reputacion de tu prójimo. — ¿Domina la ira en tu corazon? Pues haz al Señor un sacrificio de ella; prométele no exaltarte por las injusticias, ni calumnias.

Bueno será que te impongas á tí mismo alguna penitencia si quebrantas alguna de estas santas resoluciones; y cumple lo que prometas, que es á Dios á quien lo prometes, y Él ve tu corazón y recibe tus promesas.

DE SAN BERNARDO, PARA PEDIR PERDON.

Señor mio Jesucristo! en union de tu dolor, con el cual tomaste sobre Tí la causa de mi dolor y la enmienda de mi vida; reunido al coro de todos los que sufren, de los sinceramente arrepentidos, y de los que te buscan con verdad, confieso delante Tí todos mis pecados, todo el mal que he hecho, todo el bien que he dejado de hacer. Confieso tambien todo aquéllo en que haya delinquido, ó por falta de pureza y rectitud en la intencion, ó por tibieza y descuido en los medios; todo, Señor, segun esté en tu divina presencia en número, peso y medida. Igualmente confieso y te someto, segun Tú los sabes, todos los dias perdidos de mi vida, en que no te amé ni glorifiqué como debiera; en que de Tí, que eres el sumo Bien, me

alejé, aun sin saberlo, ó en que atraje á mi prójimo á algun peligro, ó inadvertidamente le puse en ocasion de pecar.

Recibe, Señor, para Tí los dias y los años que me quedan de mi pobre vida. Y por aquellos que perdí viviendo, porque los viví sin tino, no desprecies, Dios mio, este corazon contrito y humillado. Pasaron ya aquellos dias, para siempre, y no han de volver más, aunque los llame; pero á lo ménos, déjame que piense y recapacite sobre ellos en la amargura de mi alma.

El abismo de mis miserias profundísimas invoca, Dios mio, el abismo de tus altísimas misericordias. No refrene tu enojo el curso de tus piedades, ni permitas que el exceso de mis pecados seque las fuentes de tu compasion. Obra soy de tus manos, y Tú no has aborrecido á ninguna cosa que de ellas ha salido; ántes, en virtud de la penitencia, disimulas y perdonas los pecados de los hombres. ¡Sí, Dios mio! tuyo es el perdonar. ¡Ten piedad de mí! que aún es tiempo de propiciacion y de misericordia.

Pues á la enmienda ha lugar,  
Hazme gracia del perdon;  
No sea que al expirar,  
Sin poderla revocar,  
Me hiera tu maldicion.

Haz que abandone los malos hábitos de mi vida; que en todo y por todo, solo haga y quiera lo que Tú quieres; y que el estudio y afan que hasta aquí puse en el pecado, mediante tu divina gracia le ponga en conocer y cumplir tu voluntad. Así, donde abundó el delito, sobreabundará la gracia.

Te lo pido, Señor, por Ti mismo; por el amor de tu Madre Santísima, dulce Madre mia, y por el de todos tus Santos, los que contigo reinan y los que todavía luchan en el mundo: perdona mis pecados y mi negligencia; perdona lo que yo no sepa ó no alcance. No me pierdas con mis iniquidades, ni las reserves para ponérmelas delante indignado cuando te rinda cuenta de mi vida.

¡Dulce Jesús mio! No es propio de Ti perder ni á uno solo de cuantos te entregó tu Padre. Lo que sí es tuyo, es compadecer

y perdonar; salvar á todos; no perder á nadie. Viniste al mundo enviado por tu Padre, no para juzgar al mundo, sino para que tengamos vida en Ti. Tú, pues, has de estar en nuestro favor; no en contra nuestra. Debíamos, si; pero Tú has pagado: pecamos, si, pero Tú has satisfecho. Descuidos padecemos, es cierto; pero Tú los has suplido.

Sírvame, pues, Dios mio, ahora y en la hora de mi muerte, aquella amplísima y hasta excesiva paga y satisfaccion que Tú diste por mis culpas, tu amarga muerte, el precio inagotable de tu vertida Sangre, el MISTERIO SACROSANTO DE TU CUERPO Y DE TU SANGRE, que tantas veces al dia ofrece tu Iglesia por la salvacion de los fieles. En ese augusto sacrificio de amor, Tú eres el Sacerdote y la Victima; el que ofrece, el ofrecido, y aquel á quien se ofrece. Pues bien; aunque yo nada merezco, aunque lo desmerezco todo, ¿cómo me podrás negar lo que me mandas pedir, y lo que es mio, porque con este precio me lo has comprado, tu gracia ahora, y despues tu descanso y tu gloria?

Tus ojos, Señor, mejor que los míos, ven todas mis imperfecciones. Pero tú eres piadoso, eres misericordioso; y más puedes Tú perdonar que yo pecar. No me condenes, pues, al suplicio eterno; no me condenes, Dios mío; que todo lo has ordenado al bien, al sumo y completo bien, en tu inagotable perfección, con los abismos insondables de tu sabiduría. No me borres del libro de la vida. Antes, dame la parte que me cabe en tu herencia, por precio de tu pasión sacratísima, con la cual hiciste al hombre coheredero tuyo en la Patria de los que viven.

Muévate, Dios mío, á piedad y misericordia la consideracion de mi suma fragilidad. Mejor que yo sabes el barro de que me formaste; pero para algo me trajiste á la vida. Conserva á esta obra de tus manos. ¡Mira cuánto te ha costado! ¿Y habrá de ser todo en vano? ¿Será perdida tanta sangre, y SANGRE TUYA, como por mí derramaste?

No, Dios mío, no. Tú que purificas á los pecadores, limpia, borra mis manchas; ilumina mi alma; dame un corazón nuevo.

Que yo te conozca, que hácia Ti tienda, á Ti aspire, que á Ti llegue en suavísimo abrazo, á Ti, que con DIOS PADRE, Y EN LA UNIDAD DEL ESPIRITU SANTO, vives y reinas, DIOS Y SEÑOR, por los siglos de los siglos.

## SAGRADA COMUNION.

### PREPARACION PARA LA VÍSPERA.

¡ Divino Salvador mio! Verdaderamente es incomprendible el amor que me tienes. Tú te das, Señor, á mí, y deseas en tu divino Sacramento colmarme de todas tus bendiciones.

Quieres criarme y alimentarme como Padre; apacentarme como Pastor; conducirme como Guía; curarme como Médico; ampararme como Protector; instruirme como Maestro; como amigo y como confidente escucharme. Deseas, Señor, vivir en mí, y quieres que yo viva en Ti. La más señalada muestra de amor que diste al Discípulo amado, fué permitirle que reclinase su cabeza

en tu seno. ¡Oh Dios mio! Pues tu bondad es tan grande que te dignas venir al mio, reina en él Tú solo, y cierra sus puertas á todo amor que no sea el tuyo.

¡Si, Dios mio! Ya que tu bondad es tan inmensa, yo quiero que mi amor á Ti no tenga limites. Pues es eterna, quiero que mi amor no tenga fin. Pues es siempre la misma, quiero que mi amor tampoco tenga sombras, ni conozca alteracion; antes bien, Dios mio, crezca más y más ardiente cada dia, hasta consumirme con su ardor. Tú lo quieres, Señor, Tú lo mandas; y yo, obediente, vengo á tu banquete. Aquí me presento entre tus huéspedes, para tomar asiento entre los hijos, y participar en tan santa compañía, del Pan de los Angeles.

Pero, Señor, ¿qué es lo que vas á hacer? ¿Has olvidado que eres mi Rey, y yo el más vil de tus esclavos? ¿No temes, Dios mio, que ó pueda olvidarme de quien soy, viéndome tan enaltecido, ú olvidarme de quien Tú eres, viéndote tan humillado? Más no, Dios mio, no: con el auxilio de tu gracia, nunca

olvidaré ni el colmo de tu grandeza, ni el abismo de mis miserias; nunca perderé de vista que yo no soy más que polvo y ceniza, y que Tú, en medio de tan profundas humillaciones, eres el Santo de los Santos, y el Dios de toda majestad.

Lejos, pues, de insultarte, de hoy en adelante, lo que quiero es unirme intimamente á Ti. Yo haré que reines en mi *memoria*; porque día y noche estaré recordando tus beneficios. Yo te pondré sobre el trono de mi *entendimiento*, porque á todas horas meditaré que estoy en tu divina presencia. Yo te daré el cetro de mi *voluntad*, porque á la tuya ajustaré en un todo la mia, y porque á Ti solo aspiraré con los más dulces y tiernos sentimientos de mi corazón. ¡Oh Jesús! ¡Oh Rey mio! Reina como Señor en mi alma, que tuya es; y pues solo la criaste para Ti, empieza á ejercer sobre ella tu señorío.

Habla, Señor, y serás oído. Lo que tú condenares, yo lo condenaré. Si algo prohibieres, yo lo evitaré; si algo mandares, yo lo ejecutaré. Completa en todo será mi obe-

diencia; más Tú, Dios mio, Tú me volverás los bienes que he perdido. Tú me echarás una mirada de misericordia, y tendrás por bien de aceptar mis servicios, y de ampararme y defenderme contra los enemigos de mi salvacion. De Ti, Señor, espero; á Ti pido la paz que el mundo no puede darme; aquella paz, que solo se halla en tu Reino.

Tú me dices, Señor, como á Zaqueo: «hoy quiero habitar en esta casa.» ¡Oh qué felicidad! ¡oh cuánta honra! Pero al mismo tiempo, ¡qué motivo de inquietud para un pobre tan miserable! Porque, ¿á dónde te hospedaré yo, Señor, ni qué cabida hay para tanta grandeza en mi alma, tan miserable?

Mas, pues los Reyes de la tierra envian delante de sí á sus aposentadores, cuando van á casa de algunos de sus vasallos, hazlo así, Señor, como quieres y puedes: hazlo por tu amor. Envia á tus Angeles, para que me dispongan con santas inspiraciones; diles que preparen y enriquezcan mi alma y mi corazon, cuando venir á ellos quisieres. Y en el

tiempo que conmigo te dignares quedarte, fórmente una córte como la que tienes en el Cielo. Dame toda la inocencia y santidad; toda la modestia y recogimiento; toda la fé y respeto; toda la gratitud y todo el amor que tienes derecho á esperar de mi alma, que siendo toda tuya, hoy se entrega á Ti toda y sin reserva alguna. Amen.

#### ASPIRACIONES Á LA COMUNION.

¡Divino Redentor mio, á quien adoro, velado bajo esos débiles accidentes! ¿es posible que á tal estado te hayas reducido por visitarme? ¡Y en él, para atraerme á tu sagrado convite, me prometes colmarme de bendiciones? ¡Oh Dios mio! ¿porqué no soy todo espíritu para comprender tu misericordia; todo corazon para agradecerla; todo lengua para ensalzarla?

¡Oh bondad infinita! Los Ángeles y Bienaventurados no se cansan de contemplarte. Pues ¿cómo no ardo yo en deseos de recibirte, cuando á mí te dignas descender? Permí-

teme, ¡oh Dios mio! que ponga á tus piés mi pobre corazon.

Ven ¡oh Sol divino de Justicia! y disipa las tinieblas que ofuscan mi inteligencia. Ven ¡oh caritativo Médico de mi alma! Mi estado es harto peor que el de aquel paralítico á quien preguntaste si queria ser curado.—¡Sí, Dios mio! ¡yo lo quiero con todo mi corazon! Mira, Señor, mis llagas, cura mis heridas; mira el tédio que me corroe, el fastidio que me devora, esta disipacion continua, esta tibieza, que me tiene helado y como muerto el corazon. Pero Tú eres poderoso para derretir esta nieve, y para hacer brotar lágrimas de penitencia de la roca insensible de mi pecho.

Enfermo estoy, Dios mio; ven á asistirme, Tú, que eres el mejor y el más generoso de los amigos. Poderosos contrarios se han levantado contra mí; mis pasiones me mueven cruda guerra: mi propia flaqueza me affige. ¡Sálvame, Dios mio! que estoy á punto de perecer. No tardes, Señor, en darme la mano, ó al ménos manda á las olas, que amenazan devorarme, y por medio de ellas me abrirás pa-

so hasta Ti. Por ventura, ¿no eres tú mi aliento, mi fuerza, mi esperanza, mi luz, mi consuelo y toda mi salvacion?

¡Ven, Dios mio, ven! tráeme tus tesoros, adórneme con tus virtudes, torna en fuego el hielo de mi pecho; y sobre todo, Jesús mio, abrásame en tu amor!

No haya nada, ni en la vida ni en la muerte, que pueda separarme de Ti. Amen.

#### OFRECIMIENTO PREPARATORIO DE LA SANTA COMUNION.

Este ofrecimiento contiene las principales intenciones con que debemos ofrecer la Santa Comunión y el Santo Sacrificio de la Misa. Á ellas puede añadir el devoto las especiales que más convengan á su situacion.

Debe este ofrecimiento hacerse por vía de preparacion, la víspera de la Comunión, sin perjuicio de renovarle en la misma mañana en que ésta se recibe.

¡Soberano Señor de todas las cosas, Dios Omnipotente, Santo por esencia, y digno de

adoracion infinita! Yo te ofrezco esta Comunion, juntamente con todos los méritos de mi Señor Jesucristo, tu muy amado Hijo, y del amor infinito de su adorable Corazon. Tambien en union de los merecimientos y del amor del Sagrado Corazon de Maria; y finalmente, en union con las almas bienaventuradas, que gozan de tu gloria en el Cielo, y de los justos que aún viven sobre la haz de la tierra.

Deseo, oh Dios mio, por serte más aceptable en esta Santa Comunion, acercarme á ella con aquella viva fé, aquella humildad profunda, aquella pureza de conciencia, aquel incendio de amor con que te recibia tu Santisima Madre despues de tu gloriosa Ascension á los Cielos, y con que se sienten inflamadas tantas almas santas al acercarse á tan sagrado banquete. Acepta, oh Señor, este deseo; y con tu misericordia, suple lo que á mí me falta.

Esta Comunion, esta Misa te ofrezco para rendirte la honra y la gloria que á Ti solo se debe tributar. ¡Hágolo, oh Dios de Majestad,



para satisfacer á tu justicia, que he provocado con tantos pecados; para darte gracias por tus innumerables beneficios y para obtener de tu divina misericordia todas las gracias me son necesarias, y en particular la de someter la pasion de... (*se expresará cual sea*) que más me domina: la de adquirir las virtudes de la humildad, de la fé, de la caridad, de la pureza, de la resignacion, y de la... (*se expresará*), que es la que mayor falta me hace, y especialmente la gracia de una santa muerte.

Te ofrezco ¡oh Padre mio! esta Santa Comunión en memoria de la sagrada Vida, Pasión y Muerte de tu muy amado Hijo mi divino Redentor: para entrar en sus miras y designios, cumplir su santa voluntad, y amarle con más ardor y perfeccion. Deseo además ofrecer á tu Sagrado Corazon una reparacion pública y solemne por todas las Comuniones sacrilegas, irreverencias y profanaciones que contra Él se han cometido en este augusto Sacramento de su amor; y en especial ¡ay de mí! por aquellas en que

directa ó indirectamente he tenido parte.

Tambien te ofrezco, ¡oh Dios de eterna y suma liberalidad! esta sagrada Comunion, para darte gracias por todos los beneficios que has dispensado á tu Santísima Madre la Virgen María, á los Ángeles y á los Santos, y especialmente al Ángel de mi Guarda, y á mis Santos Patronos, á quienes profeso singular devocion. Te agradezco, Señor, particularmente los que has dispensado á las personas de mi mayor cariño, á quienes has llamado de esta vida mortal para gozar de tu divina presencia, ó que están predestinadas á gozarla un dia, en pasando de las cadenas y miserias de este mundo, ¡Oh Señor! Pues tanto me amaron sobre la tierra, y pues tanto me aman ahora en Ti, haz que te pidan que en Ti vuelva á recobrarlos, con aquel amor que no conocen los hombres, y para no volverlos á perder jamás!

Te pido, Señor, ofreciéndote esta Sagrada Comunion, por el triunfo de nuestra Santa Religion, nuestro Santísimo Padre el Papa, y nuestros Prelados; la gloria y propagacion

y la unidad de la Iglesia; el bien del Estado, la salud de su Jefe, y el acierto de su Gobierno; por la conversion de los infieles, y especialmente por la de aquellos, que sin haber echado de su corazon tu santa ley, se dejan arrastrar de alguna mala pasion que puede traerles su ruina.

Te la ofrezco, en fin, por mis Padres, por mi esposo ó esposa, por mis hijos, por mis hermanos; por los que me están más intimamente unidos; por aquellos á quienes he inducido á pecar; por mis bienhechores, mis amigos, y especialmente por mis enemigos, que me han hecho ó querido hacer mal, y á los cuales perdono y amo, porque son mis hermanos, y Tú me los mandas amar. Da, Señor, perseverancia á los justos, salud á los enfermos, guia á los caminantes, luz á los que van errados, alivio y descanso á las benditas Animas del Purgatorio, sobre todo, á las de aquellos por quienes tengo más obligacion de pedir, las más próximas á gozarte, y las más desamparadas y solas.

Asimismo te pido por el alma de los que

me han proporcionado hacerte este ofrecimiento; por su intencion, y por las almas de las personas por quienes piden y deben pedir.

Señor; deseo y tengo intencion de ganar todas las Indulgencias que corresponden á la Bula de la Santa Cruzada; á todas las Hermandades, Asociaciones y Cofradías á que pertenezco; á las festividades y al tiempo en que estamos, y á las solemnidades y devociones que practico; y todas las aplico por la remision de las penas que he merecido por mis pecados, y por el descanso de las benditas ánimas que he nombrado.

Y finalmente, aspiro y deseo recibir esta Sagrada Comunión, como Viático, y como si fuera la última vez de mi vida; pidiéndoos, Señor, que me deis tiempo para recibirla en vuestra santa gracia, al salir de esta vida mortal. Mas si así no fuere, deseo que conste, y os pido y os ruego me concedais que me sirva ésta, como si en aquel terrible momento la hubiera recibido; pues desde este suavísimo abrazo que me dais al venir á mi pecho,

deseo caer en vuestros brazos por toda la eternidad. Amen.

ORACION DEL ANGÉLICO DOCTOR SANTO TOMÁS,  
AL SALIR DE CASA PARA IR Á GOMULGAR.

Omnipotente Dios y Señor mio, á buscar corre mi corazon, y vuela á recibir con suma ánsia y reverencia, al Sacramento de tu Hijo mi señor.—Voy Dios mio, como el ciervo, á la fuente de las aguas; como el ciego, á buscar la luz; el pobre, á buscar el socorro; el necesitado de todo, al todo rico, al todo poderoso, todo liberal y todo misericordioso. Suplicote, pues, por esa liberalidad y largueza sobre toda largueza y liberalidad, cures mis enfermedades, sanes mis heridas, laves mis manchas, alumbres mis tinieblas, socorras mis necesidades, vistas mi desnudez, gobiernes mis potencias, sentidos y facultades.

Concédeme, Señor, que dignamente reciban este Pan de los Ángeles, Rey de Reyes, Señor de los señores, Criador de lo criado, gozo, consuelo y remedio de todas las criatu-

ras. Recíbate yo, Señor, con tanta reverencia y humildad, con tan grande contrición, con tan pura intención, con tan tierna devoción, con tan constante fe, con tan cierta esperanza, tan ardiente caridad y profunda humildad, que mi alma sea sana y salva.

¡Oh misericordioso Dios! Concédeme el Cuerpo, Alma, Divinidad y Humanidad de tu Hijo Jesucristo Señor mio. Dame en Él, con Él y por Él, los tesoros de tu gracia y las prendas de la gloria. Concédeme á Aquel mismo, que nació y salió del tálamo virginal de su Madre beatísima, María. Concédeme que con Él eternamente me una, me estreche, me enlace, me incorpore, y entre sus espirituales miembros sea en la gloria contado. Concédeme con tu Hijo preciosísimo el don santo de la perseverancia en lo bueno, y una eficaz gracia de apartarme y resistirme á todo lo malo. Concédeme que á este mismo Jesús, Señor y bien de mi alma, que ahora he de recibir Sacramentado, le vea en la gloria manifiesto, alabado y ado-

rado de todas las criaturas, por todos los siglos de los siglos. Amen.

## PREPARACION INMEDIATA.

ACTOS Y ORACIONES PARA ANTES DE LA COMUNION.

### *Acto de fé.*

¡Oh mi Dios y mi Señor! Creo que real y sustancialmente, en esencia divina, en Cuerpo y Alma, como estais en los Cielos, estais presente en el Santísimo Sacramento del Altar, como verdadero Dios y como verdadero hombre. Yo lo creo, porque Vos mismo, que sois la verdad por esencia, lo habeis dicho; y lo creo más que si con mis propios ojos lo viese. ¡Sí, Jesús mio! Creo que sois el verdadero Hijo de Dios vivo, el Verbo hecho carne por la salvacion del mundo. Al recibirte, pues, recibo tu adorable Cuerpo que por mí padeció, y murió, y resucitó triunfante y glorioso. Recibo tu preciosa Sangre, que fué derramada por la salvacion del género humano. Recibo tu Alma Santísima,

obra maestra de la Omnipotencia divina. Recibo tu Sagrado Corazon, en quien Dios tiene todas sus complacencias, fuente benéfica de todas las gracias, asiento de todas las virtudes; que está siempre ardiendo de amor hácia mí. Recibo en fin, Señor, á tu adorable Divinidad; á Ti mi amable Salvador, á Ti mismo, y á Ti mismo todo entero. Lo creo así, por tu gracia: ¡cuán feliz si pudiese sellar con mi sangre la verdad de mi creencia!

*Acto de admiracion.*

Alma mia, ¡qué milagro! ¡qué portentoso! Jesús, el Soberano Señor de todas las cosas, el Rey de la gloria y de toda magestad, el Dios Omnipotente y de toda santidad, oculta el esplendor de su gloria bajo las débiles apariencias del pan y del vino. Él se reduce, y por decirlo así, se anonada por mí: trastorna todas las leyes de la naturaleza, y obra los más estupendos prodigios por el amor que me tiene. ¡Oh Dios mio! mi alma no puede dejar de contemplar admirada

tantas maravillas: mi acento no basta á expresar el asombro de que siento penetrado mi corazon. Y éste asombro le tienen tambien los Ángelés y los Santos. ¡Oh Señor! ¡cuán cierto es que habiendo-amado siempre á los tuyos, en el fin de tu vida mortal muy especialmente los amaste, pues instituiste este Santo Sacramento! ¡Oh sabiduría infinita! ¡Oh poder sin límites! ¡Oh amor! ¡oh abismos de amor y de ternura! ¡quién podrá comprenderos! ¡quién nunca suficientemente alabaros ni admiraros!

*Acto de adoracion.*

Con el más profundo respeto y reverente humillacion adoro ¡oh divino Jesús! vuestra Suprema Grandeza, oculta bajo esos débiles accidentes, y rindo á vuestra Majestad el más humilde homenaje. Yo adoro, y tributo mil gracias á tu infinita sabiduría, por haber inventado medios tan sublimes, imprevistos é incomprensibles, para alimentarme con tu adorable Cuerpo y darte enteramente á mi. Adoro, alabo, amo con to-

das las fuerzas y la ternura de mi alma, á tu adorable Corazon, y ese infinito amor que por mí ha puesto en accion todo tu poder y toda tu sabiduría, para ejecutar una obra digna de Tí solo. Adoro tu adorable Cuerpo, tu preciosa Sangre, á tu Alma Santísima, que voy á recibir de tu liberalidad, de tu amor y de tu magnificencia. ¡Oh Jesús! ¡oh dulce Jesús mio! Verdaderamente eres Dios, Dios de toda grandeza y de toda admiracion; Dios omnipotente y de toda sabiduría; Dios de la Santidad, Dios de toda perfeccion. ¡Sí, Dios mio! en verdad eres el Dios de la bondad, el Dios del amor, el de la ternura, el de todas las misericordias! ¡Yo te adoro en este misterio, y te adoro con todas tus infinitas perfecciones! ¡Dóblese en tu presencia toda rodilla! ¡alábente y bendigante todas tus criaturas! ardan en tu amor, y ardan, por siempre, todos los corazones!

*Acto de humildad.*

¿Quién soy yo, ¡oh Dios mio! para que Tú te humilles hasta el punto de venir á

visitarme? Polvo y ceniza, y ménos que nada. Yo, tantas veces rebelde á tus soberanos mandatos; tan inaccesible á tu amor y á tus beneficios; tan cargado de vicios y defectos, ¿cómo me atrevo á ofrecerte mi corazón para que vengas á habitarle? ¿Qué alianza puede existir entre tu grandeza y mi bajeza; entre tu santidad y la depravacion de mi pobre alma? ¡Ah Señor! No soy digno, ni merezco ni la más mínima de tus gracias, ¡cuanto ménos la más grande de todas, que es la que hoy te dignas dispensarme!

Así, pues, humildemente postrado en tu presencia, reconozco, Señor, los abismos que de Ti me separan. Pero, por ventura, ¿no lo sabes Tú mejor que yo; y sin embargo, me invitas á venir á Ti, y á recibirte? Voy, pues, Señor, á Ti, que tú lo quieres; y más poderoso eres Tú para salvarme, que yo para perderte. Voy, pues, porque si mi indignidad me hace temblar, tu bondad alienta mi esperanza. Tú lo sabes, Dios mio; Tú lo puedes, Tú lo quieres; suple Tú lo que me falta.

En cuanto á mi, no sé más que postrarme delante de tu Sagrado Corazon. Confieso, Señor, el abismo de mis miserias. Nada tengo, Señor, nada puedo por mi; pero si Vos quereis, lo puedo todo. ¡Otro corazon, Jesús mio! ¡dadme otro corazon conforme al vuestro; un corazon puro, que se abraza de amor, y sólo busque vuestra gloria!

*Acto de amor.*

¡Oh Jesús mio! ¡Cómo pagaré yo tanto amor, sinó amándoos con todas las fuerzas de mi corazon! ¡Haber nacido por mi! ¡Por mi morir! ¡á mi entregarse enteramente! ¡Oh amor! ¡oh divino amor! Prende, inflama, abrasa este corazon mio; y aunque yo no merezco la dicha de amarte, dámela, Señor, siquiera por tu Sagrado Corazon, que todo lo merece.

Fuego viniste á poner sobre la tierra, ¿cómo no has de querer que arda mi pecho? ¡Toma, Señor, posesion de él desde ahora y para siempre! No piense yo, ni hable, ni obre, sinó por tu amor; por tu amor viva, y

en tu amor muera, en el tiempo y en toda la eternidad. Amen.

*Acto de esperanza.*

¡Divino Salvador mio! vienes á mi alma, y vienes con todos tus tesoros. Eres Dios, que nunca faltas, y me has prometido ampararme. Eres el Dios de la sabiduría; con que ves patentes, y aun mejor que yo, sabes mis necesidades: Dios omnipotente, que así como las ves, puedes remediarlas. Pues ¡oh Dios mio! mientras mayores sean mis miserias, más espero yo en tus misericordias. ¿Qué no podrás Tú si lo quieres? Y ¿qué no querrás para mí, Tú, que te me das á Tí mismo?

¡Oh! ¡feliz momento el en que entres en mi pecho! Toma, Señor, entera, perfecta y tranquila posesion del mismo. Sé luz para sus oscuridades; tesoro para mi pobreza; fortaleza para mi debilidad; consuelo en mi cruz; mi aliento para combatir; mi fuerza para vencer: en Tí busco mi remedio. Dame, Señor, ¡sediento vengo! dame del agua que salta hasta la vida eterna. Amen.

*Acto de deseo.*

¡Ven, date priesa, amor mio, no tardes!  
 ¡Apresura el momento que mi corazon an-  
 hela! Suspiro, ansio, me desvanezco de amor  
 y de ternura, contemplando que voy á re-  
 cibirte. ¡Ven, amado mio! ¡Ven... y no tar-  
 des más! ¡Alma de Cristo purisima, santi-  
 ficame! ¡Corazon de Cristo, enciéndeme!  
 ¡Cuerpo de mi Señor Jesucristo, sálvame!  
 ¡Sangre preciosisima de Cristo, embriágame!  
 ¡Agua Sacratísima del Costado de Cristo, lá-  
 vame! ¡Pasion de mi Señor Jesucristo, con-  
 fórtame! ¡Oh buen Jesús, sáname: entre tus  
 llagas escóndeme! ¡Ponme junto á Ti, Dios  
 mio, y de Ti no me separes! ¡Defiéndeme del  
 enemigo! ¡Llámame en la hora de mi muerte!  
 ¡Y ahora, ven á mí, Dios mio, y mándame  
 ir á tus brazos! ¡Oh Señor! ¡Oh Jesús mio!  
 ¡Cuándo seré todo tuyo, y cuándo vendrás á  
 ser mio! ¡Desprende, Señor, desata mi co-  
 razon de todos los amores y de todas las afi-  
 ciones de la tierra! ¡No tenga yo ni un pensa-  
 miento, ni un deseo, ni un solo latido en mi

corazon, que no sea en Ti, por Ti, y por Tu amor! ¡Hé aqui, Jesús mio, mi corazon! Dame Tú el tuyo, para que en él me esconda, y en él me pierda, y de él nunca salga; sino que en él pida, en él ame, en él adore; allí viva y allí muera, para no morir nunca, y vivir siempre en Ti; viviendo de tu amor y muriendo en tu amor, ¡oh Señor, Padre y Esposo mio, mi corazon, mi Dios y mi todo!

*(En los momentos de comulgar.)*

¡Ya viene, ya llega! ¡Madre mia! ¡Virgen Santisima! ¡Angel de mi guarda! ¡Gloriosos Arcángeles! ¡Santos de mi especial devocion! ¡Almas queridas, que me estuvisteis ligadas con los vinculos del cariño, y ahora gozais de su presencia, venid á acompañarme! Dadme luz; dadme amor, dadme dolor... solo por Vos, solo por ser quien sois!... ¡Oh Jesús! ¡Oh Dios mio! ¡Yo me postro, yo te adoro, yo te amo con todo mi corazon!

Dicho esto, repitiendo de todo corazon las más vivas aspiraciones que se puedan formar,

solo resta poner la boca en el costado de Cristo, cuando llegue la Hostia consagrada, y con el más humilde respeto y profunda adoracion...  
COMULGAR!

Al recibir al Señor, dirá mentalmente:

«¡Bendita sea mi alma, que aquí se ha unido con su Dios! ¡Aquí halló su remedio y la vida eterna! ¡Con Él estaré yo siempre por toda la eternidad!»

Despues, y en tanto que se tenga en la lengua la SAGRADA FORMA, se procurará no pegarla al paladar, ni ménos tocarla con los dientes; sinó conservarla en la lengua, y ya humedecida, pasarla con el mayor recogimiento. Lo cual verificado, el que comulga dirá por tres veces al entrar el Señor en su pecho:

«¡ALABADO SEA EN TODO MOMENTO EL SANTÍSIMO Y DIVINÍSIMO SACRAMENTO!»

Ofrezca al Señor el homenaje de su entendimiento, de su memoria y de su voluntad; entréguele las llaves de su corazon; háblele íntima y dulcemente; que presente está; y lo que al Señor más agrada es el lenguaje del corazon. Este es el tiempo precioso de recibir todas las gracias, y como los mejores de todos los obsequios son la humildad y el amor, dígame con el

Publicano aquellas palabras que hallaron misericordia:

¡Ten piedad de mí, Señor;  
Que soy grande pecador!

Despues de estar así algun rato, dando rienda suelta á los anhelos del alma y á los abrazos del Huésped dulcísimo que la llena; si por acaso no encuentra palabras bastante dulces, excítese á devocion con las oraciones siguientes; advirtiendo que si alguna de ellas hiere su corazon, de suerte que de él broten la compuncion y las lágrimas, allí se pare y siga contemplando y amando, pues esta será verdadera oracion, y las que aquí se ponen, solo son, ó señuelos ó andadores para sostener al devoto, ó para guiarle.

DESPUES DE LA SAGRADA COMUNION.

¡Oh amor! ¡oh exceso de amor! ¡oh inmenso amor de bondad y de misericordia! ¡Dios de majestad y de gloria! ¡con que tengo la dicha de poseerte!

¡Yo te amo, yo te adoro, yo me postro humildemente ante Ti!

¡Oh Jesús, Jesús mio! ¡Eres Tú! ¡Son tus

infinitas perfecciones lo que tengo dentro de mi corazon! ¡Qué ternura, qué bondad... haber venido hoy á visitar este pobre pecador! ¡No, nunca, nunca lo podré olvidar! Un corazon es poco, Señor, para amarte; una lengua, corta para publicar tus misericordias! ¡Vengan el cielo y la tierra á tomar parte en mi alegría, y á colmarte conmigo de alabanzas.

¡Bendice, alma mia, al Señor! y todas las criaturas sensibles é insensibles bendigan su Santo Nombre! ¡Benedicid al Señor sus obras todas! ¡Y en todo lugar de su señorío, mi alma bendiga al Señor, acordándose de sus beneficios! Alabemos á Dios, á quien alaban los Ángeles, adoran las dominaciones, tiemblan las Potestades, y los Querubines y Serafines claman: ¡SANTO! ¡SANTO! ¡SANTO!

¡Oh cuán grande, cuán alto es el beneficio que me acaba de hacer!

¡Mi Dios á mí!... ¡Y yo para Él!

¡Sí, Dios mio, tuyo soy, y á Tí solo me entrego y consagro desde hoy más. No tenga yo un pensamiento, ni un deseo, ni un latido,

ni una voluntad, ni un amor, que en Tí y para Tí no sea!

¡Oh amor! ¡Oh amor de Jesús! ¡No ceses nunca de arder; no tengas calma, ni sufras vacilacion! ¡No, no quiero yo vivir; quiero que Jesucristo viva en mí!

¿Cómo viví sin amarte? ¿Cómo he podido ofenderte? ¡Oh cuánta amargura! ¡Oh qué profundo dolor! ¡Y sin embargo... has venido á mi, Señor! ¡Tú... á mi! ¡Tú solo puedes amar así; Tú solo obrar tales milagros! ¿Y no te amaré yo, Señor? ¿Y pondré límites á mi amor?—No, no: ¡primero morir!

Hallado hé mi tesoro, mi alegría y todo mi consuelo, que es Jesús; que es tu Sagrado Corazon. Sí, este Corazon es mio: Tú eres quien me lo ha dado;

¡Corazon de Padre tierno, (1)  
De Maestro cuidadoso,  
De Redentor generoso,

(1) Estos versos son de S. M. la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia.

De tierno guía y Pastor!  
 ¡Yo te rindo en don eterno  
 Mi adoracion y mi amor!

Tan amable y tan amante ¿cómo no eres  
 tambien el más amado? Quita, arranca, mu-  
 da este corazon tan tibio para amarte, y  
 dame otro, que pueda volverte todo amor,  
 por tanto amor.

Pues has hecho de amor tantos milagros,  
 Este tambien completa:

¡Ay! ¡dame un corazon nuevo,  
 Que en tu amor se inflame y arda,  
 Y no entienda de acabar;  
 Y en amarte halle su cebo,  
 Su delicia y su afanar!

¡Virgen Santa! ¡Angeles puros!  
 ¡Santos que en el Cielo estais,  
 Vosotros, que tanto amais,  
 Venid, dad gracias conmigo!  
 ¡Alabad, cantad, amad!

Orad conmigo y por mi  
 Á vuestro dulce Maestro,  
 Que es tambien mio, que es nuestro,  
 Que dentro en mi pecho está!

¡Sí, ya le veis, es Él mismo!...  
 El autor de vuestra dicha,  
 La fuente de vuestra gloria  
 En el Cielo,  
 Es ahora en mi destierro,  
 Toda mi fuerza, mi luz,  
 Mi delicia y mi consuelo!  
 ¡Cuándo te veré sin velo,  
 Oh Dios de mi corazón!  
 ¡Cuándo serás todo mío,  
 Y yo seré para Tí!  
 ¡Llegará el feliz momento,  
 Y piensas que le veré,  
 En que te ame sin desvío,  
 Sin término ni medida,  
 Con la esperanza cumplida,  
 Sin necesitar de fé?  
 Tal ventura ¡cuánto tarda!  
 Y ¡cuánto sufre el que aguarda!

. . . . .  
 Pero ¡qué gracias no puedo  
 Pedir ahora á mi Jesús?  
 ¡Eres, Dios, tan poderoso  
 Para darme cuanto quieras!  
 ¡Eres tan rico de amor,  
 Tan liberal, tan Señor,

Magnífico y dadivoso!  
 ¡Y yo, pobre pecador,  
 Tan vil y menesteroso!

Haz sea mi corazón,  
 Tan lleno de imperfecciones,  
 Y que tanto vicio afea,  
 Uno de esos corazones  
 En que tu gracia campea:  
 Hazle, Señor, á tu imagen,  
 Y conforme al tuyo sea.

.....

Dame tu amor, y al mismo tiempo dame  
 El amor que me pides, y en mí quieres;  
 Yo quiero dártelo todo  
 Sin reserva ni mudanza;  
 ¡Todo para Tí desde hoy!  
 ¡Mi ser, mi amor, mis placeres,  
 Mi consuelo, mi esperanza!  
 ¡Todo cuanto tengo y soy!

Amen.

*Actos de fé y de adoracion.*

¡Divino Jesús mio! Creo firmemente que  
 he recibido y poseo dentro de mi corazón tu  
 Cuerpo, tu Sangre, Tu alma y tu Divinidad.  
 Lo creo porque Tú mismo, que eres la ver-

dad por esencia, eres quien me lo ha revelado. Y por lo tanto, humildemente postrado ante tu santa presencia, te confieso y adoro mi Dios y mi Señor, y uno mis oraciones y homenajes á los que te son tributados en el cielo. A tí pertenecen, Señor, la gloria, la honra, la salvacion y la bendicion. Tú eres el Rey legitimo y Señor absoluto de todas las criaturas. Como á tal te adoro; como á tal te rindo mis más profundas adoraciones, y deseo que fijes tu Reino inalterable para siempre, en todos los corazones. Fijale, Señor, sobre todo en el mio, que hoy, mediante tu divina misericordia, te has dignado escoger por tu morada. Amen.

*Actos de admiracion y alegria.*

¡Soberano Señor de Majestad infinita! ¿Cómo te has dignado venir á visitar á la última de tus criaturas, y abatirte hasta el abismo imponderable de mis miserias? ¡Tú, gran Dios, ante quien tiemblan los Ángeles! Y que aún ahora, en estos mismos momentos en que tengo la dicha de poseerte dentro de

mi corazón, eres confesado y honrado con la más humilde y profunda adoración, por los más altos Serafines y por todos los dichosos habitantes del cielo! ¡Tú, Dios inmortal, Santo, Omnipotente y Eterno, venir á morar en el corazón de un tan miserable pecador! ¡Penetraos, cielos, de asombro; y tú, alma mía, entrégate sin reserva á los más vivos transportes de admiración y de júbilo! Suba tu tierna gratitud y tu fervorosa oración delante del Señor, como un perfume suavísimo, y une tus alabanzas y bendiciones con las de los Ángeles y los Santos. Amen.

*Acto de acción de gracias.*

¡Cuán grandes son, Dios mío, tus misericordias para conmigo! Verdaderamente son incomprensibles. ¡Oh PADRE ETERNO! Tú me has dado á tu Hijo muy amado, el único objeto de tus divinas complacencias. ¡Oh VERBO hecho carne! Tu adorable Cuerpo y preciosísima Sangre han venido á ser el alimento de mi alma: Tú me das tu adorable Corazón, y el inmenso tesoro de riquezas

que contiene. ¡ESPIRITU SANTO! Tú te dignas bajar á mí, é inundarme con tus dones y gracias! ¡Oh bondad infinita! ¡Oh caridad inmensa! ¿Cómo no me deshago yo en acciones de gracias, y me consumo de amor?

¡Alma mía, bendice al Señor que ha obrado en tí tales y tan estupendas maravillas! Unanse todas las potencias de mi alma para glorificar su Santo Nombre; no pierda yo ni un instante la memoria de tan grandes beneficios. Cante mi lengua, complácese mi corazón en celebrar sus magnificencias, mientras me durare la vida. Y ya que mi gratitud no puede ser infinita, concédeme ¡oh Dios mio! que pueda ser eterna como lo eres Tú á quien se dirige. Amen.

*Acto de amor.*

¡Oh Jesús! Merced á tu amor incomprendible, te has dignado padecer y morir por mí, y descienes todos los dias á sacrificarte sobre nuestras aras, para apaciguar la ira del Padre, justamente irritado. Pues te has dignado, Señor, apacentarme con tu adora-

ble Cuerpo, de hoy más sólo viviré para Ti. Concédeme que pueda ser enteramente tuyo, no amar nada que no seas Tú, ó que no tenga relacion contigo, ni nada que pueda separarme de Ti.

¡Sí, Dios mio! yo te amo sobre todas las cosas, con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todo mi entendimiento. ¡Oh quién pudiera mandar en los corazones de todos los que no te aman! Quisiera yo consagrarlos todos á las delicias de tu amor. Mas ya que esto no pueda, te ofrezco en recompensa, el amor de todos los que te aman en el cielo y en la tierra. Así destruya en el mio el fuego de tu divino amor todo cuanto pueda detener ó impedir la intima union con que á Ti quiere estrecharse, como su único y soberano bien. Tu amor, Jesús mio, tu amor y tu gracia son los únicos favores que te pido, en el tiempo y para la eternidad. Amen.

*Actos de confianza y de súplica.*

¿Qué me podrás negar ¡oh Padre Eterno!

habiéndome dado á tu Hijo Santísimo? ¿Qué podré pedirte que no sea infinitamente inferior á tan soberano don? Es verdad, Señor, que no merezco ser oído; pero tu divino Jesús lo merece por mí, y Él es quien en mi favòr te implora. Sus súplicas, sus adoraciones, sus homenajes, su Sagrado Corazon, son los que te presento. Dígnate, Señor, por ellos, ahora que está dentro de mí, perdonarme todos los pecados de mi vida; fortifícame con tu divina gracia para en adelante, á fin de que no tenga la desdicha de perderte. Haz que en todo cumpla tu voluntad y cumpliéndola, muera en el abrazo suavísimo de tu amor.

Y tú, Jesús mio, que reposas dentro de mi corazon, y no me inspirarías el deseo de pedirte tantas cosas, si no le tuvieras mayor de concedérmelas; mira el momento propicio de desplegar los tesoros de tu fidelidad. Yo rindo, Señor, homenaje á tu poder, y confieso que no hay flaqueza alguna que Tú no puedas fortalecer; mal tan incurable que Tú no bastes á sanar; corazon tan manchado, que

Tú no sepas purificar; ninguno tan pobre, que no puedas enriquecer; tan frío, que no seas poderoso á inflamar; tan afligido, que no bastes á consolar; tan solo y abandonado, que no alcances á aliviar.

Desnudo estoy ¡ay de mí! de toda virtud. No tengo paciencia, ni humildad, ni caridad. La más pequeña ocasion me seduce, y me hace olvidar en breve mis mejores resoluciones. Soy indiferente, remiso, tibio, inconstante en tu santo servicio: mi corazon y mi entendimiento son cada momento teatro y liza de mil debilidades y pasiones. ¿Cómo; pues, Maestro dulcísimo de mi alma, podrás ver tantas miserias, sin que sobre ellas llore tu corazon? ¡Oh Padre! ¡oh divino Salvador mio! Ten compasion de este miserable esclavo, redimido con tu preciosísima sangre. En tus manos tienes mi remedio; y por lo mismo espero mi curacion, pues conozco tu bondad y sé cuánto me amas.

Dame, Señor, lo que sabes que más necesito, y será para tu gloria. No te pido, Jesús mio, ni las riquezas, ni las prosperida-

des del mundo: dame, al contrario, el menosprecio de este, y sumo desprendimiento de aquellas. Dame tambien humildad profunda, gran pureza de corazon, de cuerpo y de alma; concédeme inalterable dulzura, paciencia invencible; entera y completa sumision á tu santa voluntad; ódio santo y perfecto aborrecimiento de mi mismo y de mis pasiones; espíritu y fortaleza para subyugar estas, y en particular la de..... (*Se expresará la que sea.*) Dame, Señor, sobre todo, tu divino amor. Dame, sobre todo, tu santo amor, y con él todo lo demás se me dará de añadidura. Esto te pido, esto imploro de Ti, para todo el curso de mi vida, pero más principalmente para la hora de mi muerte. Amen.

Renueva aquí tus peticiones con mayor instancia y fervor. Persuádetes de que tanto más agradarás al Señor, cuanto sean más numerosas, mayores, y hechas con más ardor y constancia. Este es el momento propicio de las gracias y las misericordias.

Aquí, puede repetirse el ofrecimiento de la Comunion, pág. 250.

## OFRECIMIENTO Á DIOS TODOS LOS DIAS.

*(Esta oracion es de San Ignacio de Loyola.)*

Recibe, Señor, toda la libertad que me has dado. Recibe mi memoria, mi entendimiento y mi voluntad. De tu mano me ha venido todo cuanto tengo y poseo. Yo te lo vuelvo todo y sin reserva, y lo entrego todo, y me entrego á mi mismo á disposicion de tu santa voluntad.

Dame, Señor, tu amor; dame tu gracia para que ande en tu presencia. No te pido más, sino que abriéndome una buena muerte las puertas de la verdadera vida, descanse en tu seno por toda la eternidad. Amen.

## OFRECIMIENTO DE LA FAMILIA Á DIOS, QUE TAMBIEN DEBE HACERSE TODOS LOS DIAS.

Os ofrezco, Señor, mi familia, mujer ó marido, hijos, parientes, amigos, criados.

Vos me los disteis, y os doy las gracias. Vuestros son, y los pongo á vuestros piés:

así á aquellos que me habeis llevado, como los que habeis tenido por bien dejar aún conmigo. De todos ellos y de mí, os hago entero sacrificio, para que dispongais de nosotros segun vuestro agrado, como de cosa que tanto os pertenece.

Echadnos vuestra bendicion, que de salvacion sea á... (*Aquí se expresarán los nombres de los adultos que hayan muerto, nombrándolos por su orden en la obligacion y el cariño*); y á nosotros dé salud, dé paz, dé union, dé misericordia y dé gracia. Mandad á vuestros Angeles y á... (*los nombres de los párvulos de la familia que hayan fallecido*) que nos visiten y asistan; á aquellos en medio de los fuegos purificadores del Purgatorio; y si hubieren descansado, como piadosamente espero, con los mismos, á nosotros, en los peligros del alma, cuerpo, honra y vida.

No permitais que entre nosotros habite el enemigo, ni reine el pecado. Antes nos vea muertos en gracia, que vivos en culpa. Libradnos, Señor, de la saeta que vuela en

el día, del negocio que cruza por la noche, y del demonio que tienta al medio día.

A este fin os hago entero sacrificio de mi corazón, como Job, para que sus hijos no cayeran en alguna maldad. A este fin dirijo mis oraciones, ejercicios, súplicas y lágrimas; á que os sirvamos todos en pureza de vida, y logremos una dicha eterna. A ello mismo cooperaré en cuanto pueda, con mi persuasión, cuidado y buen ejemplo. Será mi ejercicio la piedad, hablarles con afabilidad, enderezarlos con amor, corregirlos con blandura, sufrirlos con paciencia, y sobrellevarlos con conformidad.

Mi protectora será la sagrada familia, JESÚS, MARÍA, JOSÉ, JOAQUÍN Y ANA; bajo cuyo amoroso patrocinio pongo yo la mía, y me pongo también, para que cuiden de nuestras almas, y juntos aquí viviendo, nos veamos juntos gozando. Amen.

No te contentes solo con estos ofrecimientos generales. Antes, en cada Comunión, escudriña y haz á Dios el sacrificio de alguno de tus de-

fectos. Este será el medio de que en breve plazo puedas llegar á gran perfeccion.

Pide á tu divino Maestro que hable á tu corazon y te enseñe á conocer su voluntad. Oye con gran recogimiento las palabras de vida que Él te dirija, y cumple gustosamente los sacrificios que te imponga.

Puedes decirle: "Habla, Señor, para que tu siervo oiga;" y tambien con el Real Profeta:

"Dime Tú ahora

Qué senda es la que quieres

Que siga; pues en Tí suspensa el alma,

No anhela más placeres

Que gozar de tu vista en dulce calma.

¡Ay! dame este consuelo;

Que yo sepa, y me enseñes, en tan varios

Sucesos de la vida

Cuál es tu voluntad; que yo la vea.

Y luego obedecida,

Pues que Tú eres mi Dios al punto sea."

A estas palabras del Salmo puedes añadir la siguiente

ORACION.

Muy justo es, Dios mio, que pues te has

dato enteramente á mí, yo á Ti me entregue todo y sin reserva alguna; y que despues de haberte presentado tantas peticiones, no niegue yo las que te dignas hacer á este tu humilde esclavo.

Sí, ¡Dios mio! yo te sacrifico de buen grado mi carácter impetuoso y altivo, mi vanidad, mis liviandades; mi inclinacion á poner á los demás en ridiculo, ó á murmurar de cuanto en ellos veo. Te sacrifico mis comodidades y deseo del bienestar, que siempre repugnan el menor freno y contrariedad; mi poco sufrimiento en no tolerar nada que me incomode; mi aborrecimiento al más leve desprecio ó humillacion; mi inmoderada impaciencia en cualquier achaque ó contra-tiempo; estos miserables respetos humanos, que tantas veces han hecho malograrse mis mejores disposiciones; mi mundana prudencia; mi insensibilidad para con el pobre y con el affligido; mi tibieza y olvido en tender á la perfeccion de mi estado. ¡Cuán tibio he sido en el cumplimiento de mis deberes religiosos! ¡Cuán disipado y distraido en las

cosas de tu santo servicio! Pero todo, Dios mio, te lo sacrifico, y muy particularmente la pasion y defectos que en mi predominan, y son origen de tantas imperfecciones. (*Aqui exprese cada uno lo que á su caso particular concierne, segun su conciencia.*)

Tales son, Jesús mio, mis sinceras resoluciones. ¿Por ventura, el corazon que Tú pides y llamas á Ti, puede arredrarse de sacrificarte cuanto quieras? ¿En Ti solo no ha de hallar todas las bendiciones del cielo y de la tierra? ¿Ó podrá ser digno de Ti un corazon dividido entre tu amor y el amor del mundo? ¿Ni qué reposo ni felicidad le será dado alcanzar?

Dígnate, Señor, amable Salvador mio, dígnate confirmar estas santas resoluciones que acabas de inspirarme. Te pido este favor, por tu Sagrado Corazon, y de tu amor espero conseguirlo. Amen.

## LA SANTA MISA. (1)

*Al principiar la Misa.*

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Júzgame ¡oh Señor! según tu misericordia, y no me trates como á los impios; destruye en mi corazón el imperio del demonio, del orgullo y del amor propio, á fin de que, iluminado por tu luz, purificado con la gracia é inflamado con tu amor, pueda con confianza acercarme á tu sagrado altar. (*Aquí la confesion.*)

*Al Introito.*

Tu Iglesia ¡oh Señor! se prepara para el sacrificio de la Misa, alabándote é imploran-

(1) Está tomada y traducida por el Excmo. señor Cardenal de la Puente de un devocionario inglés, al Sagrado Corazón de Jesús, impreso en Dublin en 1820.

do tu misericordia. Úneme á tu divino Cora-  
 zon, para que con él pueda alabar dignamen-  
 te á tu Eterno Padre, y recibir el sello de su  
 bondad paternal.

*Al Kyrie Eleison.*

¡Oh dulce Jesús; apiádate de mi miseria!  
 No me rechaces, Señor, de tu presencia;  
 y aunque pecador, no cesaré de repetirte  
 humildemente: ¡Señor, Señor, Señor!...  
 ¡Ten misericordia de mí!

*Al Gloria in excelsis Deo.*

¡Rendimoste, oh Señor, la gloria, que á  
 Ti solamente se debe tributar! Concédenos  
 aquella paz y alegría, que provienen de per-  
 fecta caridad. ¡A Ti bendecimos, á Ti rendi-  
 mos gracias! Reconocemos que nada somos,  
 nada valemos, nada podemos hacer digno  
 de Ti, sino por medio de tu adorable Hijo,  
 que contigo es el solo Santo, el solo Altísi-  
 mo, el único Señor, en unidad del Espiritu-  
 Santo, que con Vos sea honrado y glorifica-  
 do por los siglos de los siglos! Amen.

*En la Colecta y Oraciones.*

Toda la Iglesia te ruega, ¡oh Dios mio! por boca del Sacerdote. Yo me uno con ella para implorar de Ti las gracias de que más necesitamos. Cierto es que no merezco ser oído; pero considera el fin para qué te pido estas gracias, y con quién te las pido, deseando sobre todo que se cumpla tu voluntad santísima ahora y siempre, por toda la eternidad.

*A la Epistola.*

Señor, ilumina mi alma, y dame á conocer tus divinas Escrituras: inspirame amor y respeto hácia tu santa Ley. Ayúdame á guardarla en todos sus puntos, y condúceme á Jesucristo, tu Santísimo Hijo. ¡A Él solo deseo conocer, escuchar y seguir!

*Al Evangelio.*

Nunca me avergüence yo, ¡oh Salvador mio, de tu Evangelio ni de tu Cruz! No tema nunca profesar ante todo el mundo lo que creo firmemente en el fondo de mi co-

razon; y produzca en nosotros tu divina palabra frutos de gracia y de salvacion. ¡Concédeme, Jesús mio, el valor necesario para cumplirla, ya que me inspiras firmeza para creerla!

*Al Credo.*

Profeso con todo mi corazón y pronuncio con mis labios que creo en Ti y en todo lo que tu Santa Iglesia, cree y confiesa, en cuya fé y creencia, y en el seno de la misma Iglesia, deseo vivir y protesto morir.

Se dirá el *Credo*.

*Al Ofertorio.*

Recibe ¡oh Padre santísimo! á tu Hijo Jesús, nuestro divino Redentor. Nosotros te le presentamos como el holocausto más agradable y digno de tu grandeza. Acuérdate de sus trabajos, de sus padecimientos y del amor ardiente que inflamaba su Sagrado Corazón por nosotros, cuando murió por salvarnos en el árbol de la cruz; y acoge favorablemente nuestro sacrificio para gloria de

tu divina Majestad y utilidad de todos los fieles. Dignate ¡oh mi Dios! permitirme asimismo que te consagre todos mis pensamientos, todos mis deseos, todas mis palabras y todas las acciones de mi vida. Yo me someto enteramente á tu divina voluntad, y úno el sacrificio que te hago de mí mismo al perfecto sacrificio que tu Hijo te ofreció en la cruz y te continúa ofreciendo todos los dias por la salud del mundo. Yo le tomo por mi modelo. Dignate, Señor, aplicarme sus méritos.

*Al Lavabo.*

Purificame más y más ¡oh Dios mio! de los pecados que he tenido la desgracia de cometer. Los detesto con todo mi corazón, porque te desagradan. Te suplico por los padecimientos de tu Hijo, me los perdones, y me des la inocencia y santidad que requiere el Cordero sin mancha que aquí se inmola.

*Al Orate fratres.*

¡Oh Dios mio! sea este sacrificio para ex-

tender la gloria de tu santo Nombre, para mi santificacion, y para atraer tus bendiciones sobre tu Iglesia.

*Al Prefacio.*

¡Despréndenos, Señor, de todas las cosas terrenas; levanta nuestros corazones al Cielo, y fijalos únicamente en Ti! En virtud de la union que en este momento se hace entre la Iglesia triunfante y la militante, entramos en espiritu, ¡oh divino Salvador! en el Santuario de tu sagrado Corazon. ¡Consúmanos allí el fuego de tu santo amor! en tanto que unidos para alabarte con los coros celestiales, clamamos ¡Santo, Santo, Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria! ¡A vos, la bendicion, la sabiduría, la honra, las gracias, y el honor, y el poder, ahora y siempre, por los siglos de los siglos! Amen.

*Al Cánon.*

¡Adorámoste, oh Padre de las misericordias, y ofrecémoste á Jesús, nuestra santisi-

ma víctima, en oblation! Nosotros te le ofrecemos por mano del Sacerdote, por nuestra santa y católica Iglesia, por nuestro Santo Padre el Papa, por nuestro Prelado, por nuestro Rey ó Jefe superior. Te pedimos, Señor, muy particularmente por nuestra Nación, para que le concedas la conciliacion de los ódios, la dispensacion de tus beneficios, y que no falte de ella nunca el sagrado depósito de tu fé. Tambien te pedimos por todos nuestros parientes, allegados, bienhechores, amigos y enemigos, y todos aquellos por quienes estamos obligados á pedir. Rogámoste que concedas perseverancia al justo, consuelo al afligido, salud al enfermo, resignacion al moribundo, descanso á las benditas ánimas del Purgatorio, arrepentimiento para los pecadores, luz para los infieles, conversion para los malos católicos. ¡Oh Jesús! que por todos viniste al mundo, que por todos moriste, á todos acoge! ¡Salva, Señor, á todos! Dales tu gracia, tu amor y la vida eterna. (*Nombre aquí cada uno á las personas de su obligacion.*)

*Al extender la mano sobre el cáliz.*

¡Señor! pues que la imposición que hace el Sacerdote con sus manos denota la posesión que toma de tu Víctima, que va á ser ofrecida por nosotros, ya no debemos considerarnos sinó como víctimas destinadas á morir! Concédenos, pues, gracia para morir continuamente dentro de nosotros mismos, consagrándote todos nuestros pensamientos, palabras y afectos, para que vivamos en un continuo espíritu de sacrificios, en honra y gloria de tu santo nombre!

*A la Consagración.***TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO.**

El pan y el vino se convierten, en virtud de estas palabras sacrosantas, en el adorable Cuerpo y preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Haz, Señor, que también nosotros nos transformemos en Tí! de suerte, que seamos contigo un solo espíritu, un solo corazón,

una sola voluntad! Esto le pido uniéndome á tu Sagrado Corazon y ofreciéndosele.

*Al alzar la Hostia.*

¡Adorámoste, Hostia de salud, que nos abres las puertas del cielo! ¡Jesús, Víctima santa, Dios y hombre verdadero, yo te amo! ¡yo te adoro! ¡ten piedad de mí!

*A la elevacion del Cáliz.*

ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE.  
 ¡Adorámoste, Sangre preciosísima de mi Señor Jesucristo, fuente de gracia y de salud! Corre sobre mi corazon, ¡oh manantial de la vida! Apaga el fuego de mis pasiones, y lávame de todas las manchas del pecado.  
 ¡Dios mio! ¡Dios mio! tened misericordia de mí!

*Despues de alzar.*

¿Qué no podré yo esperar conseguir por medio de esta Víctima sin mancha, que se

sacrifica por nosotros en este Altar? Por Cristo, nuestra Víctima, y por los méritos de su Sagrado Corazon y preciosa Sangre, nos atrevemos á pedirte y á esperar el perdón de nuestros pecados, espíritu de penitencia, profunda humildad, caridad ardiente, y la perseverancia hasta el fin!

*Commemoracion de los Difuntos.*

Rogámoste, Señor, por los méritos de tu Pasion y santísima muerte, ahora que estás sobre el altar, que libres del Purgatorio á las almas allí detenidas, y en particular á las de nuestros Padres, hijos, consorte, hermanos, amigos, enemigos y bienhechores, y á aquellos por quienes estamos obligados á pedir. (*Aquí se citarán sus nombres.*) Concédeles, Dios mio, el reposo eterno por el que suspiran.

*Al nobis quoque peccatoribus.*

El cielo, donde reinan tus Santos, es tambien herencia nuestra. JESÚS, nuestro amantísimo JESÚS, nos lo ha conquistado derra-

mando su Sangre, y al presente te la ofrece en este Altar, para que nos concedas el perdón de los pecados, que nos cierran las puertas de la bienaventuranza. Oye, Señor, la voz de esta preciosa SANGRE, que desde el ara de tu altar, pide misericordia para nosotros: ¡oye los gemidos de este adorable Corazon! ¡Perdónanos y concédenos que reinemos eternamente con tus santos!

*Al Padre nuestro.*

Te voy á pedir, Señor, con la oracion que Tú nos enseñaste para pedir. Haz que la diga con entera meditacion, á fin de que pueda obtener tus bendiciones. (*El Padre nuestro.*)

*Al Agnus Dei.*

¡Cordero de Dios sacrificado por mí, ten piedad de mí! ¡Victima adorable de mi salud, sálvame! Divino intercesor, ¡oh buen Jesús! alcánzanos de nuestro Eterno Padre la gracia, y dáenos la paz.

*Al Domine, non sum dignus.*

No soy digno, Señor, de que entres en un alma tan miserable como la mia. Pero mis miserias y necesidades urgentes me hacen desear el comer de este pan celestial. Hambre tengo, Señor, hambre de recurrir á la ternura de tu Corazon paternal, para obtener de aquella divina abundancia con que suplir todas mis necesidades, y con que llenar el vacio de mi alma. Ven, pues, ¡oh Jesús! á tomar posesion de mi corazon, y á hacerle digno de recibirte.

Si el que oye la misa no va á comulgar, debe hacerlo espiritualmente; para lo cual, en vez de esta oracion, podrá decir las siguientes:

*Acto de deseo.*

Ven, ¡oh Divino Jesús, generoso Redentor mio!... ven, amado de mi alma, ven, y toma posesion de mi corazon! El ciervo sediento no suspira con más ardor por el refrigerio de una fuente, que yo por el dichoso mo-

mento de recibirte! Y si hoy no soy llamado á la dicha de poseerte real y verdaderamente, dame al ménos, ¡oh Señor, las migajas que caen de tu mesa! ¡Dáme aquella profunda humildad que en mí debe producir la contemplacion de mi nulidad! ¡Nada soy, nada valgo sin Ti! ¡Visteme con la túnica nupcial de la caridad, para que pueda entrar con el justo en la sala del banquete y comer el pan de los ángeles! ¡Dáme un ardiente deseo de esta comida, y aparta todos los obstáculos que retardan mi felicidad y me impiden participar de tu sagrada mesa!

*A las últimas Oraciones.*

Concédenos, ¡oh Dios mío! la gracia de vivir y morir en JESUCRISTO, que se ofrece á sí propio en estos divinos misterios. Concédenos que recibamos y conservemos el fruto del augusto sacrificio que hemos ofrecido á tu soberana Majestad. Así te lo suplicamos por la intercesion de la Santísima VIRGEN, de los ángeles y de los santos, á quienes la Iglesia honra particularmente en este dia.

*A la Bendicion.*

En el nombre del Padre y del Hijo y del  
Espíritu Santo.

Derrama sobre nosotros, ¡oh Eterno Padre! tus abundantísimas bendiciones, y haz que oigamos de la boca de tu divino Hijo en el día de la justicia estas consoladoras palabras: «¡Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde la creación del mundo!

*Al Evangelio último.*

¡BENIGNO JESÚS, VERBO adorable, sin principio ni fin! concédenos la gracia de conocerte, de oírte, de amarte é imitarte durante toda nuestra vida, para que eternamente te adoremos y contemplemos con tu PADRE en la unidad del ESPÍRITU SANTO. Amen.

ACTOS DE FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

Creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo,  
creo en Dios Espíritu Santo, creo en la San-

tisima Trinidad, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. Creo en nuestro Señor Jesucristo; esto es, que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que es el Hijo, se hizo hombre en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen María, concebida sin mancha de pecado original, y siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto. Creo que nuestro Señor Jesucristo recibió muerte y pasión por salvar á nosotros pecadores; que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre Todo Poderoso. Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos; á los buenos para darles gloria porque guardaron sus santos mandamientos, y á los malos penas eternas porque no los guardaron. Creo que nuestro Señor Jesucristo, al partirse de los hombres, queriendo darles una muestra de su amor, instituyó el Santísimo Sacramento del Altar, en el cual les dejó su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad. Creo y confieso cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Apostólica Ro-

mana, debajo de cuya fé y creencia quiero vivir y morir. Y lo creo y confieso porque Vos mismo me lo habeis dicho, Señor y Dios mio, que sois la Verdad por esencia; que no quereis ni podeis engañaros ni engañarme.

Espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espiritu Santo, espero en la Santisima Trinidad, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero; espero en mi Señor Jesucristo, por cuyos merecimientos, la intercesion de la Virgen Santisima y mis buenas obras, espero que me habeis de perdonar mis culpas y pecados, dándome la gracia y despues la gloria. Y así lo espero porque Vos me lo habeis dicho, Señor y Dios mio, que sois la Verdad por esencia, que no quereis ni podeis engañaros ni engañarme.

Amo á Dios Padre, amo á Dios Hijo, amo á Dios Espiritu Santo, amo á la Santisima Trinidad, tres Personas distintas y un solo Dios verdadero. Amo á mi Señor Jesucristo; amo á la Virgen Santisima. Amo á mi Dios, y le amo sobre todas las cosas, por ser Él quien es, y por ser mi Criador, mi Padre y

mi Redentor. Amo á mi Dios; amo á mi Dios; amo á mi Dios!!

Pequé, Señor... habed misericordia de mí!... Péame de haber pecado; tened misericordia de nuestras almas! Amen.

### PREPARACION BREVE PARA COMULGAR

CUANDO NO HAY TIEMPO PARA LAS ANTERIORES.

#### *Intencion.*

¡Oh sumo y omnipotente Dios! En gloria y alabanza de tu suprema majestad; en memoria de la Santísima Vida, Pasion y Muerte de Jesucristo, mi dulce Salvador; en accion de gracias por todos los dones y beneficios que á mi, el más vil de todos los pecadores, y á toda tu Iglesia te has dignado conceder; en expiacion de todos mis pecados; en sacrificio impetratorio por mi salvacion, la de mi familia y de mis prójimos, y en alivio de las Animas del Purgatorio, y en particular de las de (*aquí expresará cada uno las de su mayor obligacion*); yo, el más indigno pecador, vengo á celebrar y recibir los

Augustos Misterios de tu Sagrado Cuerpo y Preciosísima Sangre. En verdad, Dios mio, que solo en Ti se halla cuanto puede saciar el deseo de mi corazon. Porque ¿qué otra cosa he de buscar en el cielo sinó á Ti? Y sin Ti ¿qué tengo que desear en la tierra?

*Acto de Contricion.*

Pero al ofrecerte el sacrificio de tu Cuerpo y de tu Sangre, tambien te ofrezco ¡oh Dios mio! humildemente con ellos, el sacrificio de mi corazon contrito y de mi espíritu atribulado. De lo más íntimo de mi alma me duelo de haberte ofendido tantas veces con mis pecados, á Ti, Dios mio, que eres el Sumo Bien, tan lleno de bondades para conmigo, y que me reparas tantas veces por medio de tu Santo Sacramento! En particular me duelo de mis pecados de (*aqui expresará uno de los más graves que haya cometido en el espacio de aquella confesion, ó en el curso de su vida*). Tú lo sabes bien ¡oh Señor! que escudriñas los corazones; pero yo, pobre pecador, te los confieso con dolor en la amar-

gura de mi alma. ¡Oh, si nunca te hubiese yo ofendido! Pero no despreciarás, Señor, un corazón contrito y humillado; Tú, que por amor de nosotros entregaste á tu Hijo Unigénito, para que con su sangre lavase nuestros pecados.

*Acto de Fé.*

¡Sí, Jesús mio! creo firmemente y profeso con viva fé, que Tú, igual en gloria y potestad á Dios Padre, verdadero Dios y verdadero Hombre, estás real y verdaderamente presente en este Augusto Sacramento; Tú, que enviado del cielo, viniste á la tierra á buscar y salvar lo que era ya perdido. Y por tanto, habiendo nacido de Madre Virgen, padeciste, fuiste crucificado, y moriste, dejándonos en este Divino Sacramento tu Cuerpo y tu Sangre, en memoria de tu amor.

*Acto de esperanza.*

Y ¿qué no habré de esperar yo en Ti, oh Suprema esperanza y única salvacion de mi alma? ¿A dónde me acogeré sinó á Ti, Jesús

mio, que eres mi único refugio? Porque Tú eres el que has dicho con tus sagrados lábios: «Venid á mi todos los que trabajais y estais cargados; que yo os daré refrigerio.»

¡Oh cuán dulces son tus palabras!, ¡oh Dios mio! más que la miel á mi paladar. Vengo, pues, con humilde confianza á tus altares, en donde te recibo lleno de esperanza. Y en verdad, si á Ti te tengo, ¿qué es lo que no tengo? Porque Tú lo tienes y puedes todo, y eres la bondad por excelencia.

El Señor es el que me gobierna, y á mí nada puede faltarme. Él me colocó en un lugar abundoso, en la dehesa en que se halla Él, como buen pastor, que dió la vida por sus ovejas; y el pasto que nos da no es otro que su Sacrosanto Cuerpo y su divina Sangre.

¿Qué no darás Tú al hombre, puesto que le das á Ti mismo? No, no consentirás Tú, Señor, que me falte para mi salvacion alguna cosa, cuando tantas veces te recibo, y tengo á Ti mismo que eres el autor de la salvacion. Para eso te llamas Jesús y es tu nombre Salvador.

*Acto de caridad.*

Si, ¡es verdad que eres mi Dios, mi Salvador, y el bien sobre todos los bienes! Y por eso te amo, Señor, con tanto amor; puesto que por amor de mí viniste á tomar carne mortal, y me amaste hasta morir, quedándote Tú mismo en el Sacramento, en prenda de amor. Yo te amo, sí, más que á mi vida, más que á mi honra, más que á mi alma, más que á mí mismo, más que á todos y que á todas las cosas; ó á lo ménos, así es como quiero amarte; así deseo con todo mi corazón unirme á Ti. Sea, pues, por virtud de este inefable Sacramento, tanta la union de amor entre Ti y entre mí, que nada pueda ya separarme de la caridad de Cristo.

*Propósito de la enmienda.*

Yo, Señor, todo lo que es contrario á este mi deseo y á tu soberana voluntad, y cuanto me impide saborear la dulzura de este Maná celestial, otro tanto, y señaladamente (*aquí se expresará la pasion ó vicio, defecto ó incli-*

*nacion que más cautiva nuestro corazon y nos aleja de Dios, aunque este sentimiento sea licito, como el amor conyugal, ó como el amor paternal, si por su exceso nos aleja de Dios, ó nos hace que á Dios, prefiramos alguna de sus criaturas.)* Todo cuanto de mi te separe, formalmente quiero y maduramente resuelvo arrancarlo de mi corazon, solo por tu amor. ¡Ojalá, Señor, tu gracia eficaz y abundante, en virtud y por la union con tu Sacramento, venga en apoyo de mi pobre voluntad. ¡Tú lo sabes, Señor!... tan débil y quebradiza. Tus ojos ven mis imperfecciones; pero Tú eres mi robustez y mi fuerza; contigo lo puedo todo, sin Ti no puedo nada.

*Acto de humildad.*

Mas ¿cómo me atrevo á llegarme á Ti?—¿No eres Tú mi Dios y mi Señor, mi Criador y mi Redentor, Rey y Dominador del Cielo y de la tierra?—Y yo ¿quién soy? Vil gusanillo de tierra, polvo y ceniza, y ménos que nada, y lo que es peor que todo, un pecador villano, desobediente é ingrato hácia su Dios.

—No soy digno, Señor, no merezco que entres en mi pobre morada, mas por vuestra santísima palabra, mis pecados me sean perdonados, y mi alma sea sana y salva.

Acuérdate, Dios mio, que siendo Señor de todo, tomando forma de esclavo viniste á nosotros, y trataste y viviste familiarmente con los publicanos y pecadores; hasta que por último te humillaste hasta morir. Muévate tanta humildad para que no desprecies mi humildad; y pues á mí vienes clemente, acójeme cuando á Ti voy tan humillado.

*Acto de peticion.*

¡Oh Señor! ¡Oh Dios mio!

En nombre de aquel amor, que te arrancó de los Cielos, y que te hizo Hombre por los hombres;

En nombre de aquel deseo sobre todos los deseos, que sentiste ántes de la última Cena;

En nombre de tu Pasion y de tu Cruz;

Por tu Corazon y el Corazon de tu Madre;

En nombre de aquel abismo de amor, que sólo en Ti pudo haber idear, de darnos en

memoria de Ti y en prenda de la Gloria, tu Sagrado Cuerpo y tu Divina Sangre;

Por ellos, por Ti, á quien voy á tener dentro de mi pecho, y abrazado con mi alma;

¡Dirigeme con tu gracia; dame fé; dame amor; dame dolor; para que en Ti viva, en Ti espere y en Ti muera; para no morir nunca, y vivir sólo en Ti y para Ti en toda la eternidad!

Te pido, Señor, tambien por los que me has dado, y me mandas amar; sea que vivan ya en Ti, sea que todavía peregrinen sobre la tierra. Te pido por los que advertidamente ó sin intencion me han hecho mal; por las benditas ánimas del Purgatorio, que penan por Ti, especialmente por las más próximas y las más lejanas, por las más desamparadas y solas. Acuérdate de los que el mundo olvidá, puesto tanto te aman, y tanto te costaron!

Te ruego igualmente por la unidad y exaltacion de la Fé, por las necesidades de la Iglesia y del Estado; porque vuelvan á penitencia y se conviertan á Ti los que andan ex-

traviados ó presos en los lazos del mundo; y finalmente, por las almas y la intencion de los que me han facilitado que yo te dirija esta súplica.

Señor, cuando sea yo feliz, bendice esta prosperidad, que sólo la quiero de tu mano.

Si soy desgraciado, bendice mis infortunios y santifica mi dolor.

Puesto que Tú me la deparas, yo me abrazo con mi cruz; haz que con ella pueda ir en tu seguimiento. Y lo que por debilidad no alcanzare, súplalo tu gracia y la superabundancia de tus méritos.

*Acto de ofrecimiento á Dios.*

¡Dios mio de mi corazon! ¿qué te daré yo por tanto como me has dado?

En verdad todo soy tuyo, no tanto porque me criaste, cuanto porque me has redimido. ¡Oh! si pudiese serte mi cuerpo hostia viva y agradable. ¡Oh, si mi alma viviese sólo para amarte y servirte! Aquí tienes, Señor, mi corazon. Dispuesto está á cuanto quieras y ordenes. Da lo que mandes; y manda lo que

quieras. Tú, que ves lo más íntimo de mi alma, no desprecies á este pobre esclavo. Lo que tengo eso te doy; mi cuerpo, mi alma, mi libertad, mi voluntad; no deseches el don. Tú me lo diste, yo te lo devuelvo redimido por tu Sangre, y santificado por tu Pasión.

*Acto de sacrificio con los méritos de Cristo.*

Y sobre todo, á Ti mismo, tus méritos, tus obras, tu sacrificio, es lo que yo te ofrezco! Une la nada de los míos con el precio infinito de tu obediencia y de tu caridad, para que así los ofrezcas juntos á Dios Padre.

*Presenta al Padre los méritos del Hijo.*

Y Vos, Santo de los Santos, Dios y Señor y Juez de los vivos y los muertos, mira el rostro de tu HIJO.

Hé aquí á tu Hijo muy amado, en quien tienes todas tus complacencias. Hé aquí el que diste por precio de la salvación del mundo. Él es nuestro abogado; Él es nuestro mediador.

Supla su abundancia por nuestra insufi-

ciencia, y por el amor del Hijo admite el rendimiento y perdona la vileza del esclavo.

*Invocacion de tus Santos Patronos.*

Pedidlo conmigo, ¡oh Santos Patronos míos! y vosotros á quienes tanto amé, y que estais en su presencia. Tú, sobre todo, Hija, Madre y Esposa; Virgen, Reina, Pura, Madre de Dios y de los hombres!

Vosotros, que ya le gozais libres de las cadenas del mundo y de los lazos de nuestra mortalidad, amad por mí, por mi pedid! Para que creyendo yo y esperando y amando en esta vida, reparando mis fuerzas con esta Sagrada Comunion, que es mi intencion desde ahora recibir como Viático, y como si la recibiera en el último trance de mi vida, ganando en ella todas las gracias é Indulgencias á que por los méritos de mi Salvador y la piedad de su Iglesia puedo aspirar, y que es mi intencion ganar, llegue el dia de la posesion, en que, no por espejo ni en enigma, sinó cara á cara, vea á mi Salvador, y viva siempre,

sin saciarme nunca, en la verdadera Pátria, mientras Dios sea Dios, por toda la eternidad!

## ORACION

JACULATORIA PARA PEDIR UNA BUENA MUERTE.—  
 COMPRENDE LOS ACTOS DE FÉ, ESPERANZA Y  
 CARIDAD, Y DEBE DECIRSE TODOS LOS DIAS.

Omnipotente y Santísima Trinidad, mi Dios y mi Señor, concédeme la gracia de vivir y morir bien. En tus manos encomiendo mi espíritu.

Yo creo en Ti, espero en Ti, y te amo con todo mi corazón, por ser quien eres, mi Dios, mi Criador, y mi Redentor; y porque Tú solo eres digno de mi amor. Yo te adoro, doy gracias, y me someto á tu voluntad en todas las cosas.

Detesto todos mis pecados, porque te desagradan. Perdónalos, te ruego, por los méritos de Jesucristo, tu muy amado Hijo. Yo perdono con todo mi corazón, por tu amor, á todos los que me han ofendido.

Jesús, sé Tú mi fuerza y mi consuelo en

la hora de mi muerte. Ahora, y en aquel trance terrible, sé siempre para mi mi Salvador.

Sagrados Corazones de Jesús y de María, sed mi refugio y salvacion durante mi vida y en la hora de mi muerte.

Vivir en Vos y morir en Vos, es el más ardiente deseo de mi corazon,

Glorioso San Miguel, Santo Ángel de mi Guarda, y vosotros, Santos Arcángeles, asistidme durante mi vida, especialmente en la hora de mi muerte.

Patriarca San José, Santos patronos míos, y todos los Santos del Cielo, obtenedme la gracia de que pueda amar y alabar á mi Dios con vosotros por eternidad de eternidades.

Amen.

## VISITA Á LOS SANTOS SAGRARIOS

EL DIA DE JUEVES SANTO (1).

ORACION AL PRINCIPIAR LA VISITA.

¡Soberano Señor! ofrezco con todo rendimiento á vuestra Divina Majestad todo lo que en este santo ejercicio hiciere, que sea de agrado vuestro, y á mi, por vuestra bondad, de algun mérito. Lo aplico principalmente por la intencion, fines de la Iglesia y del sumo Pontífice; y deseo ganar todas las muchas indulgencias concedidas á tan piadosos ejercicios. Lo ofrezco asimismo en remision de mis pecados y penas merecidas por ellos, y por las personas de mi mayor obligacion, segun el órden de caridad ó justicia, ó como más agradable fuere á vuestra santísima voluntad.

(1) Tambien pueden visitarse con este ejercicio las Santas Cruces, y si se hace en comun por varias personas, se pondrán en plural las oraciones.

### Primera Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! y te bendecimos; pues por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Alma, ven, y considera  
Este abismo de dolor!  
¡El Juez el suplicio espera,  
Y le dicta el pecador!

✓ ¡Rompa el llanto y el gemir,  
✕ Porque es Dios quien va á morir!

Considera, alma, en esta primera estacion que es la casa de Pilatos, donde fué rigorosamente azotado el Redentor del mundo, coronado de espinas, y sentenciado á muerte.

*Respóndese: ¡Alabado seais, mi Dios!*

*Medítese con el mayor recogimiento, por algunos momentos.*

*Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Suplicote, Señor, que por vuestra mansedumbre mortifique yo mi soberbia, para que sufriendo con humildad las afrentas de esta vida, logre gozaròs en la eterna gloria.

Amen.

¡Bendita y alabada sea la Pasion y muerte de nuestro Señor JESUCRISTO, y los dolores de su bendita Madre! Amen.

Encomiendo en esta estacion particularmente el alma de... (*expresará su nombre*).

*Así en todas las demás estaciones, sin otra diferencia que la de los versos, meditacion y oracion respectiva, que en cada una de ellas se expresan.*

### Segunda Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

¿Quién te puso esa corona?

Esa cruz ¿quién te cargó?

¡Ah! piedad ¡Señor! perdona;

Que pecando lo hice yo!

y. Rompa el llanto y el gemir, etc.

Considera, alma, en esta segunda estacion, el lugar donde á Jesús le pusieron en sus lastimados hombros el peso de la Cruz.

*Breve pausa y meditacion.*

Rogámoste, Señor, por tu Cruz, que hagamos abrazemos gustosos la nuestra, para que te sigamos y veamos en el cielo. Amen.

Encomiendo á Dios á... *(se expresará)*.

*Padre nuestro etc., y lo demás de la primera estacion.*

### **Tercera Estacion.**

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

De la Cruz rendido al peso,  
Cae en tierra el Redentor:  
¿Cuál es mayor en su exceso,  
La ingratitud, ó el amor?

Y. ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta tercera estacion, el lugar donde, caminando el SEÑOR con la Cruz á cuestas gimiendo y suspirando, cayó en tierra.

Rogamos, Señor, que por tu caída nos levantemos de la culpa, y que permanezcamos siempre firmes en el cumplimiento de tus mandamientos. Amen.

Pido á Dios por... *(se expresará)*.

*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

### Cuarta Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

¿Porqué te alumbra la luz,  
Oh calle de *amarga* hiel!  
¡EL HIJO VA CON LA CRUZ,  
Y LA MADRE DA CON ÉL!

y. ¡Rompa el llanto y el gemir, etc.

Considera, alma, en esta cuarta estacion, como es el lugar donde, caminando el SEÑOR con la Cruz á cuestas, se encontró con su Santísima MADRE, en la calle de la Amargura.

¡Oh Señora, la más afligida de las mujeres! por el cruel dolor que traspasó tu corazón viendo á tu Hijo, te rogamos, que pues fuimos la causa de tus dolores, los lloremos amargamente. Amen.

Pido á Dios por... (*se expresará*).  
*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

### Quinta Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

Si llaman al Cirineo,  
 No es que se van á ablandar;  
 Que vivas es su deseo  
 Para poderte matar!

ý ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta quinta estacion, el lugar donde alquilaron á Simon Cirineo, para que ayudase á llevar la Cruz á nuestro Redentor, temiendo no se les muriese en el camino.

Suplicámoste, Señor, que hagas que nos abracemos con la Cruz de la abnegacion de nosotros mismos, para que siguiendo tus pasos, consigamos los eternos gozos. Amen.

Encomiendo á Dios á..... *(se expresará).*

*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

### Sexta Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

A la Verónica imprimes  
 Tu rostro sobre el cendal:  
 ¡Oh qué copias tan sublimes!!...  
 ¡Qué pintor... ¡qué original!!...

Y ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta sexta estacion, el lugar donde salió la mujer Verónica, que viendo al SEÑOR fatigado y su rostro oscurecido con la Sangre, el sudor, polvo y salivas, se quitó un lienzo con que le limpió.

Te suplicamos, SEÑOR, que estampes en nuestras almas la imágen de tu santísimo rostro, y la conservemos para siempre.

Encomiendo á Dios á..... *(se expresará).*  
*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

### Séptima Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

Segunda vez cae en tierra  
 Con la Cruz el Redentor:  
 ¡Y no tiembla, y no se aterra  
 Al mirarle el pecador!

Y. ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta séptima estacion, el lugar de la puerta judiciaria, en donde cayó el

SEÑOR segunda vez, por habérsele hecho en el hombro una llaga muy grande y mortal.

Suplicámoste, SEÑOR, que nos hagas conocer el inmenso peso que tienen nuestros pecados, y nos des tu gracia, para que no nos arrastren á la eterna pena. Amen.

Pido por el alma de..... *(se expresará).*  
*Padre nuestro y Ave-Maria, etc.*

#### Octava Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

Siguenle, los ojos fijos,  
Las mujeres, con piedad.  
¡Llorad sobre vuestros hijos!  
¡Sobre vosotras llorad!

y. ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta octava estacion, el lugar donde las piadosas mujeres, viendo al SEÑOR á quien llevaban á crucificar, lloraron amargamente de verle tan injuriado.

Concedenos, SEÑOR, que con fervorosas lá-

grimas de contrición lavemos nuestras culpas, estando siempre en tu gracia. Amen.

Pido por el alma de.... (*se expresará*).  
*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

### Novena Estacion.

Adorámote, ¡oh JESUCRISTO! etc.

¡Otra vez yace postrado!  
 ¡Tres veces Jesús cayó!...  
 ¡Tanto pesa mi pecado!  
 ¡Y tanto he pecado yo!

y. ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta novena estacion, el lugar donde cayó el SEÑOR tercera vez, hasta llegar con su santa boca al suelo, y queriéndose levantar, no pudo; antes volvió á caer de nuevo.

Suplicámote, Dios mio, que suframos las injurias de nuestros enemigos, y que teniendo paciencia en nuestros trabajos, te gocemos en los eternos contentos. Amen.

Pido por el alma de.....

*Padre nuestro y Ave María, etc.*

**Décima Estacion.**

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

¡Amarga mirra te dieron  
Los crüeles á beber:  
Tus labios no la quisieron,  
Sedientos de padecer!

ý ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta décima estacion, el lugar donde habiendo llegado el SEÑOR al monte Calvario, le desnudaron y le dieron á beber vino mirrado con hiel.

Te rogamos, SEÑOR, por estos dolores, y por el que sentiste cuando te ofrecieron el vino mezclado con hiel, haz que no bebamos los deleites, que mezclados con hiel de culpas, nos ofrece el mundo!

Pido por..... ó por tal necesidad.

*Padre nuestro y Ave María, etc.*

### Undécima Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

Clavado en la Cruz aqui  
 Vedle entre ladrones dos:  
 Ese que padece... es Dios,  
 ¡Dios que padece por mi!

Y ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta undécima estacion, el lugar donde fué clavado el SEÑOR; y oyendo su Santísima Madre el primer golpe del martillo, quedó como muerta del dolor; volviéndole á poner la corona de espinas los verdugos.

Rogámoste, Señor, por tu inefable caridad, hagas que no extendamos nuestros pies y manos á la maldad, sinó antes vivamos crucificados en tu santo servicio.

Pido por..... ó por tal necesidad.  
*Padre nuestro y Ave María, etc.*

### Duodécima Estacion.

Adorámoste ¡oh JESUCRISTO! etc.

La Cruz levantan en alto  
 Para dejarla caer:  
 ¡Rudo choque, horrible salto,  
 Que hace el cuerpo estremecer!

y ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta duodécima estacion,  
 el lugar donde ya crucificado el SEÑOR, le de-  
 jaron caer de golpe en el agujero de una peña.

Rogámoste, Señor, que sanes nuestras al-  
 mas; y solo á Ti amemos, á Ti queramos, y  
 por Ti muramos. Amen.

Pido por N..... ó por tal necesidad.  
*Padre nuestro y Ave-María, etc.*

#### Décimatercia Estacion.

Adorámoste, ¡oh JESUCRISTO! etc.

¡Ya murió! ¡TORNO á SU PADRE!  
 De la Cruz le bajan ya:  
 Vedle en brazos de su MADRE;  
 ¡Esa MADRE!... ¡cuál está!

y. ¡Rompa el llanto y el gemir! etc.

Considera, alma, en esta décimatercia estacion, el lugar donde José y Nicodemus bajaron el Santo Cuerpo de la Cruz, y le pusieron en brazos de la Santísima Virgen.

Te suplicamos Señora, nos alcances gran dolor de haber ofendido á tu Hijo y nuestro Redentor, y compasion de tus muchas penas. Amen.

Pido por los que me han proporcionado hacer estos ejercicios y por su intencion.

*Padre nuestro y Ave-Maria, etc.*

**Décima cuarta y última Estacion.**

Llegad al sepulcro yerto  
 Con mudo asombro y dolor:  
 AQUÍ YACE DIOS, QUE HA MUERTO  
 POR SALVAR AL PECADOR!

Y. ¡Oh SEÑOR, no más vivir!

R. ¡Dios acaba de morir!

Contempla, alma, en esta última estacion, cómo la Virgen MARÍA puso el Cuerpo de su querido HIJO en el Santo Sepulcro.

Os suplicamos nos alcances de su Divina

Majestad que ablande nuestros duros corazones, y coloque en ellos un amor grande, para amarle y servirle. Amen.

Pido á Dios por..... y por tal necesidad.

*Padre nuestro y Ave-Maria, etc.*

*Despues se dice:* BENDITA Y ALABADA SEA LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO, Y LOS DOLORES DE SU SANTÍSIMA MADRE! Amen.

*En la última estacion que se visite, se dice:*

¡Bendito sea Jesús, mi Salvador, que tanto quiso padecer por nosotros! Haced, Dios mio, que siempre meditemos vuestra sagrada Pasion y muerte, como lo he hecho en este santo ejercicio, en memoria y representacion de ella. No permitais que se pierda el fruto de vuestra preciosísima sangre; ántes bien, mantenednos firmes en la fé, alentad nuestra esperanza, y sostened y animad nuestra caridad, para que, procediendo siempre como hijos vuestros y de vuestra dolorosísima MADRE, merezcamos gozaros en la vida eterna. Amen.

*Se reza un Credo y una Salve por la inten-*

*cion del Sumo Pontifice y las necesidades de la Iglesia y del Estado, y se concluye con*

**Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento, etc.**

## VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

SACADA DE LAS DE SAN ALFONSO DE LIGORIO.

*Himno al Espíritu Santo, pág. 7, y el Acto de Contrición.*

### ORACION.

Presente estás ¡oh divino Salvador mio! sobre ese Altar, en el Augusto Sacramento, en Cuerpo y Alma, con toda tu Divinidad como estais en los Cielos. Vos me decís: «quien tiene sed venga á mí;» y yo, como dice Isaias, *vengo con gozo á buscar agua en las fuentes del Salvador.*

¡Oh Jesús mio, amabilísimo! Bien sabiais cuando instituisteis este Santo Sacramento las ingraticudes y desacatos que habiais de recibir de los hombres; pero mayor fué vues-

tra caridad que nuestra maldad: venció el grande amor que nos teneis y el ardiente deseo de nuestro amor.

Venid, Señor; entraos dentro de mi corazón, y cerrad para siempre su puerta á todo amor que no seais vos. Hablad, Señor; que vuestro siervo escucha. Mandad, que quiero obedeceros. Nada quiero, sino lo que vos quereis; dadme fuerza para formar y sostener esta resolucion. Procure el mundo otros bienes; yo no amo ni deseo sinó á Vos, y lo que Vos querais darme; esto solo pido postrado á vuestros Pies.

¡Gracias, Dios mio, por mi creacion; gracias por mi conservacion; gracias por mi redencion; gracias por mi vocacion á ser cristiano y católico en una nacion católica; gracias por la situacion en que me habeis hecho nacer y colocado en el mundo; gracias por haberme llamado á penitencia y conversion; gracias por haberme apacentado con vuestro Cuerpo y Sangre en el Santo Sacramento del Altar; gracias, en fin, por mi salvacion, que de Vos espero, por vuestros

méritos é intercesion de vuestra Madre Santísima y mis pequeñas obras!

*Se rezará la Estacion y una Salve á la Virgen.*

### ORACION

PARA GANAR LAS INDULGENCIAS CONCEDIDAS Á LA VISITA DE LAS CUARENTA HORAS.

Dulcísimo y benignísimo Señor, de quien son excelso trono los Serafines: yo, el mayor pecador de cuantos imploran vuestra misericordia en este templo, con la más profunda humildad os suplico; que así como concedisteis remision de todos sus pecados al buen ladrón, é indulgencia á la Magdalena; del mismo modo, no atendiendo á la pobreza de mi espíritu, me lo concedais á mí, para que sea satisfaccion de mis culpas, y sirva tambien su mérito á todos los fieles católicos, por cuya salud espiritual y temporal la aplico; como así mismo por la exaltacion de nuestra Santa Fé católica, paz y concordia entre los principes y pueblos cristianos, extirpacion de las herejias, prospe-

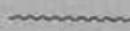
ridad de nuestro católico reino, salud y acierto en el gobierno de la Iglesia al Sumo Pontífice y á nuestro Prelado á quienes como á mí, sirva de medio para estrecharse con Vos con un amor puro, y gozar de vuestra vista por eternidades de gloria. Amen.

Por siempre sea alabado y adorado el Santísimo Sacramento del altar. Amen.

FIN.



## SUMARIO DE INDULGENCIAS.



*Los Emmos. Sres. Cardenales y los Excmos. é Ilmos. Arzobispos y Obispos que á continuacion se expresan, han concedido los dias de indulgencia que se dirán, por todas y cada una de las oraciones contenidas en el Libro de los Consuelos, para todos los que las leyeren ú oyeren leer, ó practicaren alguno de los ejercicios que en su primera parte se contienen, rogando por los fines de Nuestra Santa Madre la Iglesia.*

Dias.

---

### EMINENTÍSIMOS SEÑORES

Cardenal de Wiseman, Arzobispo de Westminster.....	100
Cardenal D. Fr. Cirilo de la Alameda y Brea, Arzobispo de Toledo.....	100
Cardenal de la Cuesta, Arzobispo de Santiago.....	80
Cardenal de la Puente, Arzobispo de Búrgos	80

## EXCELENTÍSIMOS É ILUSTRÍSIMOS SEÑORES

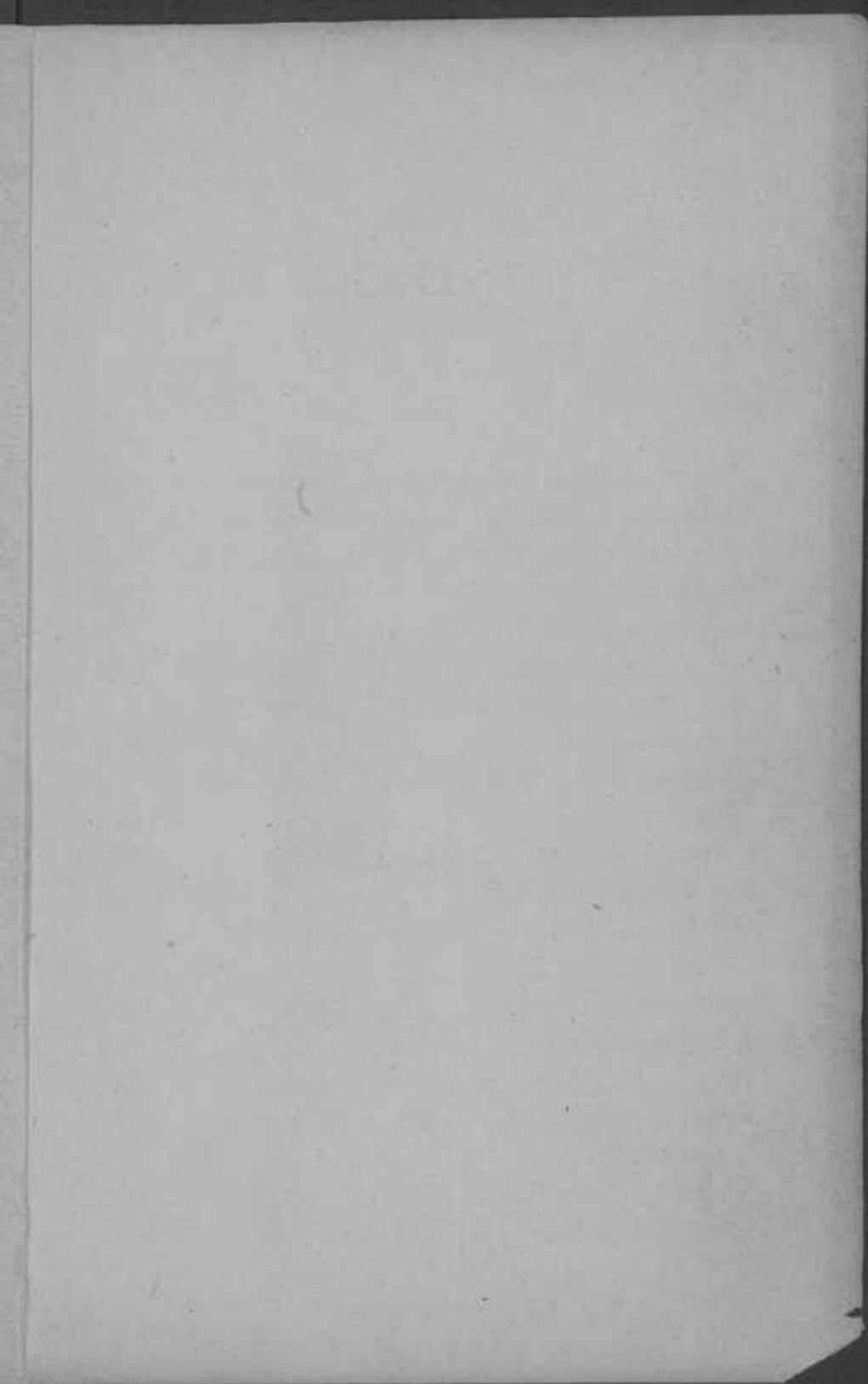
D. Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba.....	80
Arzobispo de Tarragona.....	80
Obispo de Guadix y Baza.....	40
» de Coria.....	40
» de Ávila.....	40
» de Calahorra y la Calzada.....	40
» de Segorbe.....	40
» de Cádiz.....	40
» de Santander.....	40
» de Orihuela.....	40
» de Salamanca.....	40
» de Orense.....	40

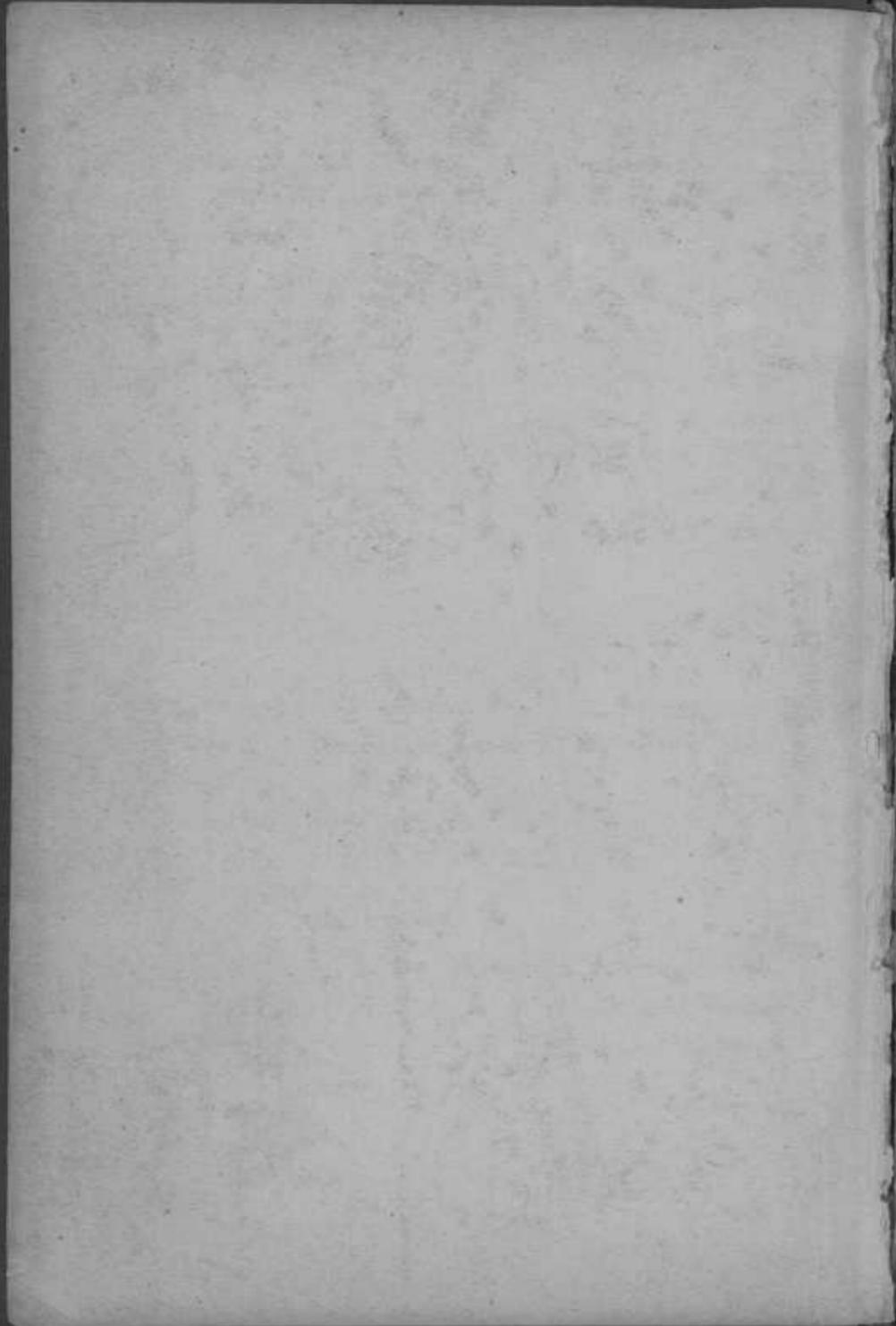
**Indulgencias concedidas á la visita  
de las Cuarenta Horas.**

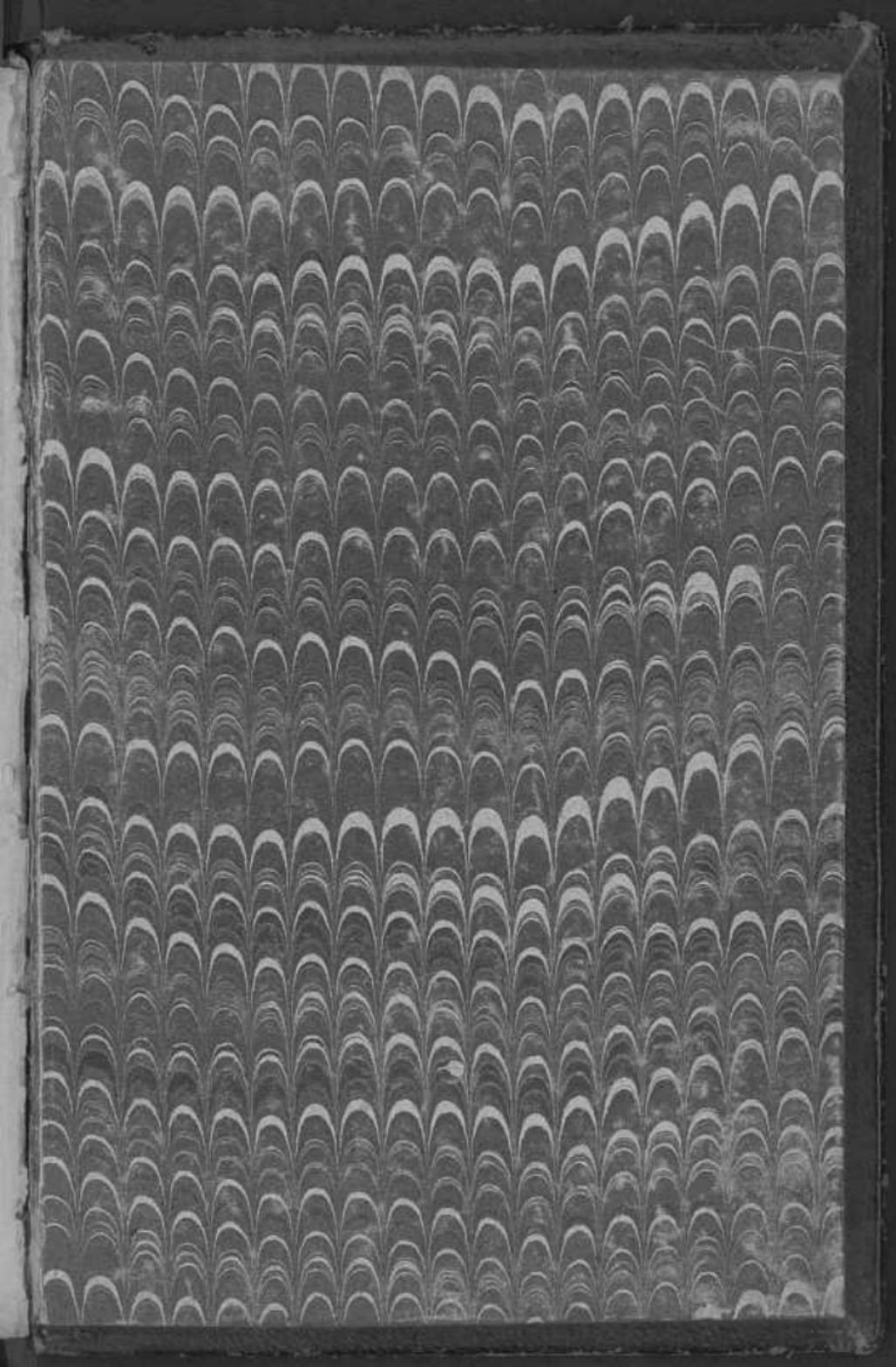
Plenaria, en una visita que hagan los fieles, confesados y comulgados, en la Iglesia en que se halle el Jubileo, y otra de diez años y diez cuarentenas por cualquier otra visita al mismo, con propósito de confesarse.

# INDICE.

	Páginas.
Himno al Espíritu Santo.....	7
El Espíritu Consolador.—Ejercicios para todos los días del mes.....	11 á 203
Oracion final para todos los días.....	206
Confesion y comunión.....	207
Exámen de conciencia.....	212
Oraciones para antes y después de la Confesion.....	224
Sagrada Comunión.—Preparacion para la víspera.....	244
Ofrecimiento de la Comunión.....	250
Preparacion inmediata.....	258
Oraciones para después de la Comunión.....	268
Santa Misa.....	287
Actos de fé, esperanza y caridad.....	300
Preparacion breve para la Comunión..	303
Oracion para pedir á Dios una buena muerte.....	314
Visita de Sagrarios.....	316
Idem del Jubileo de las Cuarenta Horas.	331







13

EL LIBRO  
DE LOS  
CONSUEJOS

13.566